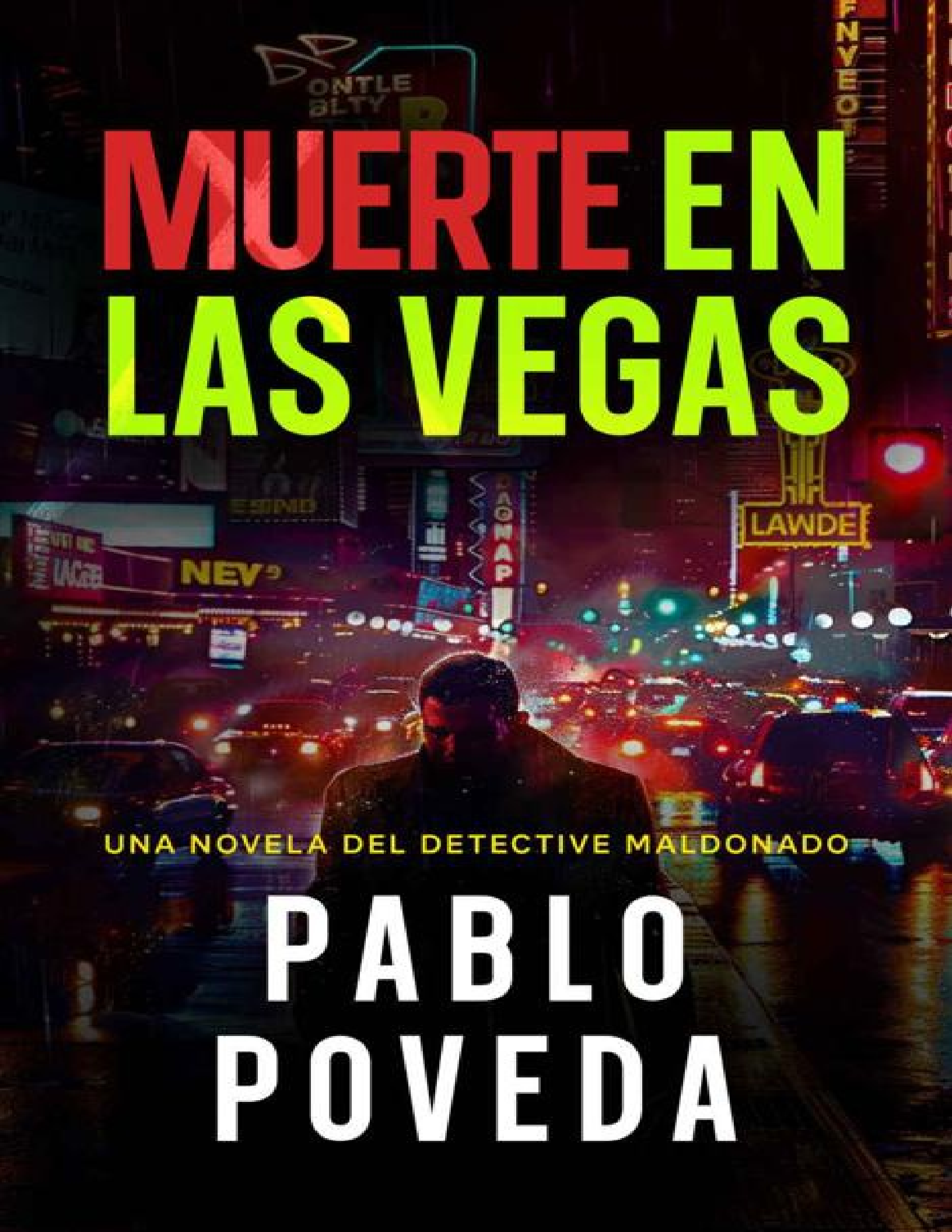




MUERTE EN LAS VEGAS

UNA NOVELA DEL DETECTIVE MALDONADO

PABLO
POVEDA

Muerte en Las Vegas

Una novela del detective Maldonado

Pablo Poveda

Copyright © 2024 por Nova Illice Media Pub



Corrección: Ana Vacarasu

ISBN: 9798321002834

Imprint: Independently published

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Martes.

Ante un salón de belleza con el letrero de Yulio's Peluqueros destacando en la fachada, Maldonado daba las últimas caladas a su cigarrillo light, antes de ponerse en marcha. Armado y preparado para lo que pudiera acontecer esa tarde, estaba convencido de que nada sería bueno. La primera señal era la puerta, sellada de tal manera que impedía ver el interior. Lo esperaba, no le sorprendió.

Exhaló y percibió cómo las miradas provenientes de los edificios cercanos lo acechaban. Destacaba demasiado en ese lugar. No era su barrio, ni siquiera estaba en el centro de la ciudad. Se encontraba en Felipe Castro, uno de los callejones que descendían desde Marcelo Usera, en el corazón del Chinatown madrileño. Esto lo convertía en un extraño.

Al lado del salón, en la esquina, estaba el bar Felipe, igualmente gestionado por chinos. En la entrada, dos hombres fumaban y conversaban en mandarín, echando ojeadas al detective.

«Al diablo», musitó, arrojando al suelo la colilla y apagándola con un pisotón.

Si algo podía ir mal, así sería, pensó.

Pulsó el timbre del salón hasta tres veces sin obtener respuesta. La impaciencia comenzaba a apoderarse de él. Después de una semana, había dado con el paradero de la persona que su cliente le había encargado encontrar.

Volvió a tocar y la puerta se abrió.

Tras ella, surgió una joven de origen asiático. Era delgada, atractiva y, estimó, menor de edad.

—*Nǐ hǎo* —saludó el detective, esforzándose por recordar lo aprendido—. *Wǒ zài zhǎo Zhūliàng.*

—*Tā bù zài zhèlǐ* —respondió la chica, reticente.

«¿Qué demonios significa eso?».

Agotadas sus frases y sin comprender mandarín, supuso que su expresión revelaba su desconcierto, cuando la joven intentó cerrar la puerta, pero él lo impidió con el pie. Recordaba a los dos hombres en la esquina, aún fumando y charlando, mientras lo vigilaban.

—Espera... Es importante.

—Un momento.

De pronto, apareció una mujer de mayor edad que la primera, con un elaborado peinado lacado. Parecía la encargada del salón y de los negocios clandestinos que allí se gestaban.

—¿Sí?

—Tengo un mensaje para Julia. Eso es todo.

—Zhūlìyà no está —dijo ella, con un acento inesperadamente claro y los brazos cruzados, mostrando su desaprobación. De reojo, Maldonado la vio mirar hacia los hombres de la esquina. El detective introdujo la mano en el bolsillo de su abrigo Barbour y extrajo un sobre amarillo abultado. Al notar sus intenciones, ella le indicó que se detuviera.

—No, está bien. Pasa.

La puerta se abrió de par en par y él siguió a la mujer al interior. Para su sorpresa, el lugar no guardaba relación con lo que le habían contado, aunque era de esperar. Cinco mujeres, incluida la que lo había recibido, atendían a otras cinco clientas, todas de origen asiático. Manicuras, cortes de cabello, tratamientos faciales... pero ahí no acababa todo. El aroma a tabaco, procedente de la trastienda, se entremezclaba con el olor penetrante de los productos cosméticos. Un cortocircuito podría hacer que el salón saltara por los aires.

—¿Dinero?

—Primero, Julia.

La mujer negó con la cabeza.

—Primero el dinero. O no hay Julia.

Extrajo el sobre del bolsillo de su abrigo y se lo entregó.

—¿Quiénes son esos hombres?

—Policía.

—No parecen policías...

—Policía china. —La mujer tomó el sobre y contó el dinero. Como había anticipado, los siete mil euros que portaba esa tarde fueron suficientes para eliminar obstáculos. Ella se dirigió hacia el fondo del salón y él la siguió hasta una puerta. Entonces, la mujer pulsó el timbre y esperaron.

Lo curioso para el detective era que la puerta tenía una mirilla, siendo esta la primera vez que veía algo así en una trastienda.

Desde el interior apareció un hombre de mediana edad, más bajo que él y con un semblante poco amigable. El aroma a tabaco ahora se intensificaba.

La mujer y el hombre intercambiaron unas palabras en su lengua materna mientras Maldonado los observaba con serenidad. Tras contar el dinero, el hombre le hizo una leve reverencia y le permitió el acceso. Una densa nube de humo lo envolvió. El olor era intenso, mezcla de cigarrillo y espacios sin ventilación.

«Demonios... Si me quedo mucho tiempo aquí, saldré ahumado».

La sorpresa le sobrevino al atravesar el umbral.

La puerta se cerró tras él y, por un instante, presintió que su salida no sería pronta. Delante de él había tres mesas desgastadas y baratas, cubiertas con mantelitos verdes y rodeadas de sillas con tapicería de baja calidad. Alrededor de estas, hombres asiáticos jugaban, fumaban y consumían refrescos o bebidas energéticas.

«Menuda pocilga», pensó al notar el suelo cubierto de servilletas usadas y las papeleras desbordadas de paquetes vacíos de cigarrillos y latas de bebida.

—¿Bacará? —preguntó el hombre, señalando una silla vacía. Los juegos variaban entre bacará, cercano al Black Jack, el Mahjong, un juego de mesa tradicional, y el Sic Bo, basado en la suerte con dados.

Lamentablemente, no había ido a apostar y temía que algo no hubiera salido según lo previsto. Quizá un malentendido lingüístico o un error considerable. La impaciencia crecía en el detective al no ver ninguna mujer en el lugar.

—Julia, Zhūlìyà... o como sea, ¿dónde está?

—Zhūlìyà —confirmó el hombre, asintiendo, y apuntó hacia la mesa de bacará—. ¿No jugar?

—No... Busco a Julia. Tengo un mensaje para ella.

El malentendido no impidió que el hombre captara la insistencia del detective.

«Por fin nos entendemos».

Vigilando la mesa, el hombre se acercó a otro y le murmuró algo. La mirada penetrante del segundo se fijó en el detective.

—Por aquí —indicó, guiándolo hacia el fondo del establecimiento. Maldonado sospechaba que la cafetería y el salón estaban interconectados y que habría más estancias similares al otro lado del muro. Sin embargo, su propósito no era denunciar el lugar, sino encontrar a una mujer que aún no había aparecido.

El hombre abrió una puerta que daba a un patio de luces, permitiendo ver los balcones de las viviendas adyacentes.

«Finalmente, un respiro de aire fresco».

—¿Qué hacemos aquí?

—Dinero.

—¿Julia?

—Sí, pero primero el dinero.

Maldonado extrajo el sobre y los ojos del hombre se fijaron en él. El detective sonrió ante esa codicia tan evidente. «El poderoso señor dinero, capaz de arrastrar a cualquiera hacia la oscuridad».

Dividió el dinero en dos partes.

—Te daré la mitad ahora. La otra, cuando vea a Julia.

—Sí —aceptó y contó los billetes. De la suma, extrajo un par para sí—. Espera aquí.

—Espera, espera... Llevo media hora esperando...

El sujeto se esfumó por la puerta. Maldonado lanzó una mirada al deprimente panorama del patio interior, escasamente visible desde su posición. Una pared en ruinas separaba el patio del edificio de enfrente.

Sacó un light y lo encendió para hacer más llevadera la espera. A la segunda calada, dos siluetas aparecieron por la puerta.

«Oh, no. Maldición...», pensó al reconocer a los dos individuos previamente vistos en el bar de la esquina.

—No habéis encontrado a Julia, ¿eh? —les inquirió, retrocediendo al intuir sus intenciones.

En ese momento, Maldonado comprendió que no hallaría a la joven allí y que aquellos dos no revelarían su paradero. También lamentó haber aceptado el caso, en tiempos de bonanza, cuando menos lo necesitaba. Pero a veces, quienes han vivido entre tormentas se sienten desorientados en la calma.

Desechó el cigarrillo y se cruzaron miradas desafiantes. Uno de ellos lanzó un puñetazo rápido que el detective esquivó hábilmente. El otro se aproximó por detrás, sujetándolo bajo los brazos para facilitar el golpe de su cómplice.

El segundo impacto lo alcanzó directamente en el estómago.

—¡Maldita sea! —exclamó, dolorido. El agresor lo registró y le quitó el resto del dinero.

Luego le espetó algo incomprensible.

—Os dejaré como rollitos de primavera.

El hombre le asestó un tercer golpe, dejándolo sin aire. Si la zurra continuaba, Maldonado se imaginó acabando como uno de esos patos laqueados de los restaurantes. Contrario a su expectativa, su adversario no mostraba habilidades en artes marciales, sino en técnicas de pelea callejera.

«¿Eso es todo, Bruce Lee?»

Entonces, la agresión cesó y los tres quedaron en silencio. Maldonado pensó que le daban un respiro para hablar, aunque no sabía qué decir, especialmente sin entenderse. Pero no era así.

Para su sorpresa, el hombre sacó una navaja de su bolsillo. La mirada del detective se fijó en el arma.

—¿Es de Albacete? Son las mejores...

Pero su intento de desconcertar fue en vano.

Miró al suelo, observando la punta de sus zapatos, los del hombre que lo sujetaba y el zócalo de la pared. Inspiró profundamente y se armó de valor.

Uno.

Dos.

Tres.

Arrojó un grito y se lanzó hacia atrás con todas sus fuerzas. El empujón derribó al que estaba detrás y lo aplastó contra la pared.

Se escuchó un fuerte crujido y el gemido del hombre al impactar contra el cemento. Maldonado aprovechó el momento para enfrentarse al que blandía la navaja. Agarró al herido y lo giró, usándolo como escudo. Un alarido de dolor resonó cuando su compañero lo apuñaló accidentalmente en la espalda. Ahora, el herido trataba de liberarse del cuchillo.

El detective los apartó con fuerza, buscando una vía de escape. Inesperadamente, las sirenas de la policía sonaron al otro lado del edificio. Los dos hombres comenzaron a vociferar en un idioma desconocido para Maldonado, quien pasó a un segundo plano.

—¡Alto, policía! —se oyó desde el interior del salón de belleza.

Aquellos sí que eran problemas graves, pensó, pues no tenía tiempo, ni ganas, de explicar qué hacía allí, ni tampoco la suerte que necesitaba para salir airoso. Sin pensarlo dos veces, tomó carrerilla y se lanzó contra la pared contigua para escalar el muro. De un salto, subió y cruzó al otro lado, dejando a los hombres atrás.

Del otro lado, sintió la tensión de la redada policial en marcha.

«Por los pelos...», se dijo, antes de lamentar la pérdida del dinero.

Entró en lo que parecía la cocina de un restaurante ecuatoriano. El cocinero, sorprendido, lo miró fijamente.

—Yo nunca estuve aquí —comentó y observó una olla—. Eso huele muy bien.

Salió del establecimiento bajo las miradas de los presentes, que no cuestionaron su presencia. Luego entendió por qué. Al llegar a la calle trasera, la atención se concentraba en el operativo policial cerca de la cafetería y el salón de belleza. Las luces azules iluminaban el inicio de la calle mientras anochecía. Debía alejarse antes de ser buscado.

Cruzó las callejuelas del barrio, diluyéndose entre el fulgor de los restaurantes de hot pot, las tiendas de comestibles y los locales clandestinos de manicura, hasta alcanzar la estación de metro de Usera, donde se desvaneció entre las escaleras.

Miércoles.

Se encontraba irritado, frustrado consigo mismo por haber caído en una estafa de principiantes y por haber perdido el fruto de tres meses de trabajo. No obstante, la vida continuaba, y él con ella.

Sentado ante la barra del Óskar en la plaza de Santo Domingo, esa mañana acababa su café y la media docena de churros que había pedido para desayunar. Al renunciar a comprar el café para llevar de la franquicia situada bajo su oficina, se concedió ese capricho calórico para mitigar el disgusto de la noche anterior. Tomó el periódico matutino, doblado sobre la barra, y se puso a leer las noticias.

«La policía desmantela dos casinos ilegales en Usera», leyó y examinó la fotografía. En ella se mostraban la peluquería y el bar que había visitado la tarde anterior. Optó por no seguir leyendo, ya que conocía el desenlace y lo sucedido. Eso era lo que más le hería. Ojeó sin gran interés las páginas de sucesos y consultó el horóscopo, consciente de que lo redactaba alguien con formación universitaria, pero con la misma capacidad adivinatoria que él.

«Esta semana tomarás decisiones importantes con alguien de tu pasado».

Lo primero que le vino a la mente fue el rostro del inspector Berlanga. Hacía tiempo que no se comunicaban, quizás más de una semana, un lapso considerable en comparación con el contacto casi diario que solían mantener. Era solo cuestión de tiempo que la policía de Usera se pusiera sobre la pista de lo ocurrido, que un informante facilitara su descripción y que esta llegase a oídos de Berlanga. Después de todo, Madrid era un pueblo grande.

Antes de concluir, revisó las noticias deportivas sobre su Atleti y los desafíos con el «Cholo» Simeone, y finalizó con la contraportada, en busca de una columna de opinión que le levantara el

ánimo. No era el día, concluyó, al ver que habían sustituido al columnista habitual por un anuncio de una agencia de viajes.

—Malos tiempos para vivir de la opinión... en un mundo en el que todos tenemos una — reflexionó y se detuvo en el avión del anuncio.

—Viaja a Estados Unidos por muy poco —leyó en voz baja.

—¿Pensando en una escapada? —le inquirió el camarero, al percatarse de su interés en la publicidad.

—No sé para qué... Cóbrame el desayuno, por favor.

—Si es por probar hamburguesas, aquí las preparamos mejor que en América. ¡Y con un huevo frito encima del pan!

Al llegar a la oficina, abrió la puerta y percibió que el cerrojo estaba echado. Marla no se encontraba allí. De hecho, llevaba días sin acudir a la oficina y su ausencia, aunque nunca lo hubiera imaginado, le provocaba un vacío profundo. Al abrir la puerta, detectó su perfume, su esencia aún suspendida en el aire, adherida a las paredes. Cerró y colgó su Barbour en el perchero de la entrada. El despacho yacía en silencio, sin la radio de fondo y sin el teclear de la secretaria. Probablemente, era la primera vez que Marla se ausentaba por un período tan largo y nunca había pensado que su falta se le haría tan notable. Claro está, era un sentimiento que jamás admitiría y, menos aún, le confesaría a ella. Pero, por más que intentara ocultarlo, la realidad era evidente. El despacho no era el mismo, ni antes de su llegada, ni ahora. Sin embargo, concederle unas semanas de vacaciones era lo más adecuado, tras los últimos sucesos.

Aunque ella no lo había solicitado, el último caso la había dejado agotada. Una problemática familiar, vinculada a la salud de su padre, había sido motivo suficiente para que el detective le otorgara unas vacaciones forzadas, alejándola del trabajo y de la oficina. Las cosas marchaban bien últimamente y, después del caso de Pedro Marín y algunos encargos sencillos, había conseguido ahorrar lo suficiente para cubrir su salario, aunque no estuviera trabajando.

«Son solo dos semanas», se repetía, a pesar de que ya había transcurrido una y la segunda parecía eternizarse. Por su parte, ella, agradecida, se había esforzado por mantener el contacto y ofrecerle ayuda a distancia.

—En estos momentos, tu trabajo es estar con tu familia —le había dicho él, de manera firme, para que se desentendiera del despacho. Y eso había bastado para tranquilizarla, hasta cierto punto. A pesar de todo, ambos eran conscientes de que Maldonado no se quedaría inactivo. Él desconocía el concepto de vacaciones, así como lo que significaba tener una vida normal.

«Las vidas normales no existen y, si existen, carecen de significado».

Entró en su despacho y abrió la ventana para ventilar.

Olía a tabaco, pues había fumado. Era uno de sus placeres prohibidos en ausencia de Marla. Abrió el cajón pequeño del escritorio y extrajo una cajetilla de Marlboro Light. Luego, abrió el cajón grande y sacó una botella de Terry y una taza de café, que colocó sobre la mesa, donde había también un periódico atrasado y varias carpetas con casos recientes. Al ver el nombre de la carpeta que tenía delante, se enfureció. Se sirvió un trago de brandy de Jerez y dio un sorbo para entrar en calor. Después, encendió un cigarrillo y fumó. Abrió la carpeta y examinó la fotografía de una mujer china.

—Julia... —murmuró, observándola atentamente, hasta que cayó en la cuenta del engaño. No existía ninguna Zhūliyà, o quizás había muchas con ese nombre y rasgos similares, pero lo cierto era que había seguido una pista falsa. Su cliente, un supuesto empresario chino, le había contratado para localizar a su hija desaparecida en la ciudad, porque temía que estuviera en manos de mafias. Inocente y osado por su parte, Maldonado había aceptado el caso sin consultar a Marla.

Lo había tomado porque parecía sencillo y porque el dinero siempre era bienvenido. Con lo que le pagaría el cliente, podría subsistir un mes y medio, sin necesidad de recurrir al salario de Marla.

A pesar de haber trabajado durante muchos años en Leganitos, no sabía mucho sobre quién mandaba en el distrito de Usera, pero el empresario le había dado instrucciones muy claras sobre el paradero de su hija: encontrarla y pedirle que regresara a casa, porque su madre estaba enferma. Supuestamente, la tal Zhūliyà, se había ido con un novio que le había lavado el cerebro. El problema era que estaba en su derecho y el padre no podía presentarse allí, si no quería que lo molieran a palos. Cosas de jóvenes, pensó y vio el caso como un trabajo sencillo.

«Por supuesto, señor Wáng. Encontraré a Julia y hablaré con ella», le aseguró.

El hombre le entregó un sobre con siete mil euros dentro, a modo de gastos para el caso. El detective pensó que había más que de sobra para hacer su trabajo, hasta que el cliente le indicó que los necesitaría para convencer al novio de su hija de que la dejara en paz.

«Me han dejado en paz por mucho menos».

El resto era historia. Preguntó a los viejos contactos del Chinatown del centro, de Leganitos, de Plaza de España y de los alrededores de los Mostenses y se plantó allí, frente al salón de belleza, esperando a encontrar a la muchacha de la fotografía. Más tarde, sentado frente al escritorio, con la fotografía en la mano y la cara de Wáng en su conciencia, comprendió que el empresario chino

lo había utilizado como un títere, para golpear a la mafia competidora. No había sido una casualidad que la policía se hubiese presentado allí, el mismo día que él. Y se cercioró de ello en cuanto el teléfono dejó de sonar y el señor Wáng desapareció por completo.

«Eso te pasa por intentar timar a un chino», se dijo y le dio un trago al brandy, que sabía fuerte esa mañana.

Rompió la foto en pedazos y la tiró a la papelera, lamentando la pérdida del dinero. Pero, después de todo, era algo que se podía recuperar.

«El dinero se va y vuelve, pero la salud y la vida no tienen segundas oportunidades».

El teléfono sonó y él esperó unos segundos a que Marla lo atendiera, pero recordó que no estaba allí.

«Ahí tienes el dinero, volviendo a ti», pensó al oír el timbre.

—Javier Maldonado, detective privado —anunció.

—Buenos días, ¿podría pasarme con el señor Maldonado? —le preguntó una voz masculina, educada y algo seria.

Maldonado notó cierta penumbra en ella.

—Podría.

—¿Es usted?

—Eso dicen. ¿Con quién hablo?

—Verás, no sé si te acordarás de mí, Javier...

—Puedes empezar con un nombre. Eso ayudará.

—Soy Cristóbal.

—¿Colón?

—No... Laureano —le aclaró y la broma se desvaneció. Algo en su interior le advirtió de la noticia que iba a recibir—. El hijo de Antonio. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero...

El detective no le dejó terminar.

—¿En qué te puedo ayudar, Cristóbal? —le preguntó, usando el tono que emplearía para hablar con un joven familiar—. ¿Está bien tu padre?

—De eso mismo quería hablar contigo. Necesito tu ayuda. ¿Podemos reunirnos para comer hoy?

—Sí, claro. Lo que necesites.

—Gracias. Te lo explicaré todo más tarde.

Colgó y se quedó sin palabras y sin aliento.

Tomó la taza de brandy y la terminó de un trago. La llamada no traía buenas noticias. Antonio Laureano había sido como un hermano para él durante sus años en el Cuerpo, hasta que se retiró. Sin embargo, llevaba más de un año sin tener noticias suyas. No se lo había echado en cara, pues el inspector se había retirado a vivir con su esposa a la vivienda unifamiliar que habían comprado con esfuerzo en Fuenlabrada, de donde era originalmente. Aunque se prometieron olvidar sus asuntos profesionales después del Cuerpo, Laureano y Maldonado se hicieron una promesa al decir adiós a la policía. Ahora, el detective debía cumplir con su palabra.

Lo había citado en Lhardy, un restaurante caro y legendario en el corazón de la ciudad. Aunque nunca había comido allí, sabía que era conocido por todos como algo más que un simple establecimiento. Se levantaba como un testimonio del tiempo, custodiando los secretos de la cocina clásica madrileña. Durante décadas, había sido el punto de encuentro para la élite, escritores y políticos, quienes hallaban en sus salones la privacidad y el lujo deseados. Por esa razón y por muchas otras, era su primera vez.

Maldonado no sabía qué esperar del encuentro. La última vez que vio a ese muchacho, era un joven adolescente que aún no se afeitaba. Estaba inquieto, la llamada le había conmocionado, especialmente después de tanto tiempo sin noticias sobre Laureano. Había dejado atrás aquel episodio relacionado con la policía, mucho más allá de lo que iba con los asuntos de Berlanga, Ledrado, y todos los enredos en los que se había visto involucrado.

Bajo un cielo plomizo que amenazaba con desatar su furia sobre Madrid, Javier Maldonado avanzaba por las calles adoquinadas. Su figura se reflejaba en los charcos que marcaban el camino. Al entrar al restaurante, fue envuelto por el murmullo de conversaciones de la cafetería que se anticipaba al salón. El tintineo de la cristalería le supuso un cambio drástico respecto al caos de las calles. Un camarero vestido con impecable elegancia lo recibió con una reverencia discreta.

—Señor Maldonado, ¿verdad? —preguntó con voz suave. Tras confirmar su identidad, fue guiado a través de un laberinto de mesas meticulosamente dispuestas en un salón y lo condujo hacia un rincón apartado del restaurante.

La mesa, redonda y vestida con un mantel de lino blanco, se encontraba junto a una ventana que ofrecía vistas a la calle, ahora iluminada por una luz tenue que se filtraba a través de las

nubes. Maldonado se sentó de espalda a la pared, lo que le permitía tener una clara visión de la entrada. El lugar había sido escogido no solo por su privacidad, sino por la posibilidad de observar a todos los que entraban y salían, un hábito que nunca abandonaba, incluso en momentos de aparente sosiego.

—¿Desea tomar algo, el señor?

—Un doble, si es tan amable.

—Claro... —le respondió, arqueando las cejas. El expolicía no entendió qué mosca le había picado, como si allí no sirvieran dobles de cerveza. Era un comportamiento habitual que ocurría en todos los ámbitos y que él había observado con el tiempo.

«Algunos camareros se meten tanto en su trabajo, que olvidan de dónde vienen y creen ser uno más de la mesa».

Mientras esperaba, su mente vagaba, contemplando los posibles desenlaces de este encuentro. ¿Qué habría ocurrido para que el hijo de Laureano se pusiera en contacto con él? ¿Cuál sería el verdadero motivo? No entendía nada. Maldonado jugueteaba con la copa de agua frente a él, fijándose en la calma de su superficie, contrastando con el torbellino de pensamientos que lo asediaba.

El sonido de la puerta al abrirse lo sacó de su reflexión. Observaba, evaluando, a cada persona que entraba, hasta que sus ojos se posaron en un hombre que parecía buscar a alguien en el restaurante. Había algo en su mirada, una combinación de determinación y vulnerabilidad, que lo identificaba de inmediato como el hijo de Laureano.

Al acercarse, el individuo lo reconoció, tal vez por el recuerdo de los años anteriores o quizás por la expectativa que Maldonado irradiaba.

—Don Javier... —dijo, con su voz teñida de curiosidad.

—Llámame Javier, simplemente —respondió y se levantó para estrechar su mano—. Qué bueno verte de nuevo, supongo.

El hombre asintió, tomando asiento frente a Maldonado. Hubo un momento de silencio, un breve lapso en el que cada uno parecía valorar al otro, buscando indicios de confianza o engaño.

—Gracias por venir —inició el hijo de Laureano, rompiendo el silencio—. No sabía a quién más acudir.

Maldonado asintió y su semblante se suavizó.

—Entiendo que es un asunto serio.

—Me temo que sí.

—Un asunto relacionado con tu padre.

—Así es.

—En ese caso, has hecho bien viniendo a mí... Pero, debo reconocer que me tienes en vilo desde que he recibido tu llamada. Antes de ayudarte, necesito que me expliques de qué va todo esto.

El hijo de Laureano conservaba aquel rostro de empollón que lucía en su adolescencia, aunque el paso del tiempo parecía haberle favorecido en cuanto a su apariencia. El sabueso intuyó que debía profesar en algún ámbito relacionado con la política, ya que nadie en la ciudad lograba obtener una mesa a última hora en ese restaurante, y él lo sabía bien. No obstante, allí estaba, transformado desde aquel adolescente que había conocido años atrás, acompañado de un sinfín de recuerdos ligados a su padre. Antonio colocó la servilleta sobre sus muslos. A continuación, el maître se acercó y lo saludó como a un viejo conocido, dejando en claro que era un cliente frecuente.

—Te gusta el cocido, ¿verdad?

—Por supuesto. Es muy reputado aquí.

—Este era uno de los restaurantes predilectos de mi padre.

—Lo sé.

En ese instante, el detective notó algo en el modo de hablar del hombre, que le remitía al pasado de su padre.

—Debo admitir que no esperaba tu llamada. Para ser franco, no imaginaba que tú o tu padre volveríais a contactarme.

—Tal como he dicho, no sabía a quién más acudir. No eres el primer detective que consulto.

La respuesta puso sobre alerta al detective. No quería ser grosero, pero empezaba a impacientarse. Nunca le gustaron los rodeos innecesarios, por muy protocolarios que fueran.

—¿Me vas a contar de una de vez qué está pasando?

—¿Cuánto tiempo hace que no tienes noticias de mi padre?

—Es una buena pregunta, pero no me das una respuesta satisfactoria.

—Verás, es complicado de explicar —prosiguió. A pesar de su aspecto y de mantener la formalidad, se comportaba como el joven que había conocido años atrás. Las personas cambian según a quién se dirijan y el detective era consciente de que él lo veía como al adulto que fue, no como la persona que era ahora. Al menos, alguien seguía mostrándole respeto, pensó—. No estoy seguro de si estás al tanto sobre las actividades de mi padre.

«No, y he preferido mantenerme al margen todo este tiempo».

Había pasado tiempo desde su último encuentro y, mientras intentaba rememorar algún detalle que pudiera aclarar la situación, la ausencia de la cerveza que había pedido al llegar y el servicio de los primeros platos en otras mesas le obligaron a centrarse en lo que decía, sin espacio para divagaciones.

—Mira, Cristóbal, no tengo ni la menor idea de lo que ha pasado con tu padre en estos últimos años, así que será mejor que empieces desde el principio, si esperas que te ayude.

—Mis padres se separaron poco después de que él dejase el Cuerpo de policía.

Aunque era un relato común que le resultaba familiar al detective, la verdad es que no creía que Laureano hubiera sido capaz de hacerlo, reflexionó.

—No logró retomar su vida habitual después de tantos años en la policía, aferrándose a una rutina. La relación se volvió insostenible para ambos.

—¿Conoces los motivos?

—¿De veras es necesario que profundice en el asunto?

—Entiendo. ¿Y después? Me refiero al divorcio...

—Mi padre se mudó a un antiguo apartamento que había pertenecido a mi abuela, en el norte de Chamartín, y mi madre se quedó en nuestra vivienda de Fuenlabrada.

—Para entonces, ya erais mayores de edad.

—Sí, fue por mutuo acuerdo.

—Vaya, he sido un mal amigo por no haberme interesado por lo que estaba pasando.

—Descuida, no se lo contó a nadie.

—Ya, pero... Sé lo que es estar solo, créeme.

—En realidad, ese no es el motivo principal por el que te he citado aquí.

«No me digas...».

—Te escucho.

—Mi padre está desaparecido desde hace unos meses.

—¿Estás seguro de que no se ha tomado unas vacaciones?

—Sí.

El maitre se acercó de nuevo y les consultó sobre el menú. Cristóbal Laureano le pidió que esperase un momento y, finalmente, optó por el cocido que siempre elegía. Ante la breve explicación que le había dado, el detective se mostró perplejo.

—Será mejor que vayas al principio. ¿Cuándo perdiste el contacto con él?

—Hace aproximadamente un año. Digamos que, cada vez, el contacto era menor. Sabía que estaba vivo porque leía los mensajes, pero eso es todo.

—Vaya. La vida nunca deja de sorprender. Pensaba que teníais una buena relación. De hecho, os consideraba una familia modélica...

Estaba mintiendo, pues conocía los problemas que el inspector Laureano tenía en casa, pero, por esa época, todos los tenían. Eran tiempos convulsos, de mucho trabajo en la comisaría y poco tiempo en el hogar. Habían aceptado aquello antes de entrar y no les cogía por sorpresa.

—Hace cosa de un año que no hablo con él —continuó, con un tono afligido—. Mi hermana está muy ocupada, ha tenido hijos y yo he tenido que asumir la responsabilidad de cuidar de la familia. Alguien en mi posición...

El detective reflexionaba sobre sus palabras. Su padre nunca se había quejado de su familia, y ahora se encontraba con un descendiente que parecía abrumado por la situación, ahogado en un vaso de agua.

—Debo reconocer que no te pareces mucho a tu padre.

—No sé cómo tomar eso.

«Cuantas más vueltas dé, mayor será el favor que te pida».

—Te has metido en la política, ¿eh?

Laureano reaccionó sorprendido. No le había comentado nada al respecto, todavía.

—Sí, bueno. Trabajo para el Ministerio de Industria, que es diferente.

—Tu padre nunca quiso que fueras policía. No quería esa vida para ti.

—Mi madre tampoco.

—Sin embargo, tampoco esperaba que te convirtieras en una de esas personas que solo piensan en el poder.

—Ya te he dicho que es diferente.

El otro se mostró ofendido y lo miró con desdén, intentando mantener la calma y no arrepentirse de haber acudido a la reunión. En realidad, a Maldonado le daba igual lo que este pensara; después de todo, estaba allí por su amigo.

—Mi padre perdió el control sobre sí mismo y también perdió el contacto con nosotros —añadió, señalando que hacía tiempo que no llamaba—. Yo solo me busqué la vida del mejor modo que pude. Sabía que no podía contar con él.

—Disculpa. En realidad, no te juzgo. No soy quién para ello.

—Decidí contactarlo para organizar una reunión familiar. Al fin y al cabo, tenía que conocer a sus nietos... y pensé que sería una oportunidad para solucionar nuestras diferencias. Mi hermana no estaba de acuerdo, pero...

Maldonado lo miró y pensó que intentaba justificar su error, ahora que la culpa cargaba sobre él.

—¿Qué hiciste para enfadarlo?

—¿Perdona?

—Una cosa es el divorcio y otra, muy diferente, enfrentar a la familia.

Cristóbal Laureano resopló.

—Está bien. Te lo diré. No lo invité a mi boda.

Maldonado lo miró, sorprendido.

—¿Cómo puedes hacerle eso...?

—Tampoco fue fácil para mí. Debía elegir entre mi madre y mi padre.

—Sin comentarios. ¿Qué pasó? —preguntó.

—Te puedes hacer una idea. No le sentó bien y perdimos el contacto después del enlace. Intenté aproximarme a él, sin éxito... y ahí fue cuando descubrí que había desaparecido. Eso es lo que pasó. No tenía ningún contacto con él y no había rastro en los últimos meses.

—Estuviste un año sin echarle el ojo a tu padre y no le invitaste a tu boda. ¿Qué esperabas?

—Fue su decisión. Dejó de atender las llamadas. Era consciente de que estaba perdiendo la cabeza... No quería un drama el día de mi boda.

—Un poco de respeto hacia él. Tu padre siempre tuvo la sesera bien amueblada.

—Por eso comencé a sospechar, a pesar de lo que dijera mi hermana y mi madre.

—¿Y bien, descubriste algo? Una novia, malas compañías, los vecinos... además del dolor que acumularía. Supongo que no, porque para eso estoy aquí —contestó Maldonado, avanzando la historia.

—Lo último que sé es que ha estado en los Estados Unidos.

De pronto, se quedó sin habla. El maître apareció con la botella de vino y sirvió dos copas. No les preguntó por el menú porque, al parecer, Cristóbal se había encargado de ello previamente.

—¿En los Estados Unidos? —le preguntó, finalmente—. ¿Qué carajo hace Laureano en los Estados Unidos?

—Eso es lo que he venido a preguntarte —contestó el hijo, preocupado.

—Muchacho, podría esperar al final de la comida para mentirte, pero no lo haré. No imagino a tu padre fuera de la M-30. De hecho, me sorprendió que os fuerais a Fuenlabrada. Con eso, te lo digo todo.

—No soy un crío, Javier. Deja de tratarme como tal.

—Lo sé. Ni yo soy uno de los meapilas con los que tratas a diario. Por eso estoy siendo franco contigo —aclaró—, y espero que tú también lo seas conmigo. Si estoy aquí, es porque me preocupa lo que le haya podido pasar.

—Veo que no conocías algunas de sus facetas...

Maldonado comenzó a incomodarse.

—No podemos saberlo todo. Hay cosas que tú tampoco sabrás de él.

—Mi padre hizo algunos viajes, después de retirarse. Al menos, durante los primeros años que mis padres siguieron juntos. Supongo que eso tampoco lo sabes.

—No.

—Me enviaba una postal cada vez que cruzaba la frontera. Le daba igual si regresaba unos días más tarde. En el fondo, siempre pensé que se las enviaba a sí mismo. Pero el divorcio lo torció todo... Sentía haber fracasado en la vida, retirándose tan joven e incapaz de mantener una familia unida.

—Crisis. Algunos se lo gastan todo en un Ferrari y dejan a la esposa por una veinteañera. Otros montamos un despacho de detectives.

El hombre miró al mantel, cabizbajo, y esbozó una sonrisa nostálgica.

—Ya veo. No erais muy diferentes.

—A menudo, tu padre solía decir que el escorpión es fiel a su naturaleza.

—Puede ser. Él fue incapaz de seguir con su vida normal, así que comenzó a involucrarse en ciertos trabajos que lo llevaron hasta allí.

—Siento ser tan directo, pero debes decirme qué piensas sobre él, si está muerto o crees que, simplemente, ha desaparecido. No puedo seguir con este juego de indirectas.

—No lo sé.

—Bueno, es un inicio... —dijo y resopló. Ahora entendía el motivo de la cita. Después le dio un trago a la cerveza, sin tocar la copa de vino—. No quiero ponerte en duda, pero...

—Ya lo estás haciendo.

—¿Cómo estás seguro de que tu padre no está en un pueblo de Segovia, disfrutando del campo y olvidándose de ti? Entiende que le hiciste un daño irreparable.

—Soy su hijo. Sé que cometí un error y que me dejé influir por mi familia. Si pudiera cambiar el pasado, créeme que lo haría, pero quiero pensar que no es del todo tarde y que un padre aprende a perdonar.

—¿Tú crees?

El otro soltó una risa nerviosa y tímida. En el fondo, era lo que hubiera preferido creer. Pero la verdad era otra.

Del bolsillo del interior de la chaqueta del traje, Antonio sacó una postal que le mostró y se la entregó. Tenía un mensaje escrito por él y, en el reverso, el famoso letrero de Las Vegas, con el fondo de los casinos.

Una postal de Las Vegas.

Eso era lo que Antonio Laureano le había dejado a su hijo.

Maldonado se fijó con detenimiento en la imagen. Era una fotografía genérica del famoso Strip de Las Vegas, con las luces de colores, los casinos más conocidos como el Caesar, la réplica de la Torre Eiffel, que emergía entre los enormes edificios y el famoso rótulo que aparecía en todas las películas, dando la bienvenida a los visitantes que buscaban horas de diversión. No pudo evitar pensar en las películas que había visto ambientadas en esa ciudad. Para él, los Estados Unidos de América quedaban lejos, muy lejos de Madrid, y se preguntó qué diablos se le habría perdido a Antonio Laureano en ese lugar.

—Dale la vuelta —le indicó el hijo del policía, para que leyera el mensaje que había en el reverso.

Al mirar, el detective pudo reconocer la caligrafía, al instante. La había visto durante años y, aun así, tenía dudas de que estaba escrita de su puño y letra:

«Querido Cristóbal:

Estoy bien, que eso es lo primordial.

Las Vegas brilla con luces que prometen sueños y a veces los cumplen. Es una ciudad de contrastes, no te voy a engañar, donde la esperanza y la desesperación caminan de la mano. Estoy aquí buscando justicia, siguiendo una pista que espero conduzca a la verdad. Toda la verdad que protege el guardián americano saldrá a la luz, y solo entonces limpiaré el honor de esta familia. Cada paso me acerca más, pero el camino es más tedioso de lo que imaginaba.

Recuerda siempre buscar la luz, incluso en los lugares más sombríos. Y si alguna vez te pierdes, sigue las estrellas; ellas te guiarán a casa o, al menos, hacia donde necesitas estar. Aquí, si te alejas hacia el desierto, las puedes ver.

Hasta pronto,

Papá».

Maldonado leyó la nota dos veces, absorbiendo cada una de las palabras que encontraba en ella. Sentía que había algo entre líneas, algún mensaje que Laureano había intentado transmitir a su hijo, pero pensó que, tal vez, solo fuese cosa de su imaginación y que su intención no fuera más que una triste despedida.

—¿Significa algo para ti? —le preguntó—. No parece el mensaje de un padre que odia a su hijo.

—No, no lo es. Es una despedida. No tengo la menor duda.

—Has mencionado que tu padre te solía mandar postales de sus viajes.

—Sí, pero no como esta. Era parco en palabras y nunca tan extenso. Además, después de todo lo que pasó entre nosotros, ¿a qué vendría algo así?

—¿Qué crees que buscaba en esa ciudad? No entiendo lo del guardián americano, la verdad...

—No tengo la menor idea, ya sabes cómo era.

—No, no lo sé. ¿Qué honor tenía que limpiar?

—De verdad que no tengo ni idea. Puede que se encontrara perdido, cuando la escribió. De ahí lo de «buscar la luz» y toda esa fantasía sobre la conspiración y el orden mundial... En serio, me pone la piel de gallina.

—A mí, más bien, me da mucha pena.

—¿Pena?

—Tu padre está pasando por un mal momento.

—Es un egoísta que no piensa en los demás. Solamente en él.

«¿Y tú, muchacho? ¿En qué estás pensando ahora mismo?».

Maldonado exhaló y le devolvió la tarjeta, pero su acompañante le dijo que se la quedara.

—Como quieras.

Terminaron la sopa y ahora daban paso al segundo turno del cocido, que estaba compuesto por la carne, las verduras y las legumbres.

El detective había acabado su cerveza, así que decidió empezar con el vino, al que había dejado intacto. Le pareció muy bueno.

Era un Château Margaux, muy rico, nuevo para su paladar de taberna, y muy lejos de los Coto que solía tomar en las barras de los bares.

—Necesito que lo encuentres. —le dijo Cristóbal, con voz seria. Ahora, el chico que conocía le hablaba como el asesor político mordaz que se enfrentaba a diario a los tiburones de la prensa o de la industria. Por su tono de voz, sospechó que estaba acostumbrado a dar órdenes y castigar a quien le llevara la contraria.

El maître les sirvió más vino y el detective se quedó impresionado por la vajilla de plata y la elegancia que se respiraba a su alrededor, por todo el salón. Lo cierto era que había apostado por un lugar seguro para hacerlo sentir bien y su comida allí no era una casualidad.

«Las personas son fáciles de seducir cuando las haces sentir importantes», pensó al darse cuenta de que la comida era también parte del agasajo. Por supuesto, tenía la seguridad suficiente para no dejarse impresionar por aquello. Había pisado sitios muy elegantes, pero también algunos muy mugrientos. Su motivación era otra.

Aguardó unos segundos para que el silencio se convirtiera en la tortura del otro y probó el cocido, que estaba muy bueno y suave. No echaba de menos una vida que jamás había tenido, pero, de llegar a comisario, en un futuro hipotético, no le habría importado que le hubieran invitado a comer más a menudo a sitios como ese.

—Acabas de reconocer que no tenías contacto con él, ni que te llevabas bien. ¿Qué ganas tú con esto ahora?

—¿Es que no te importa?

El sabueso dio un sorbo a la fina copa de cristal y se aclaró la boca con el vino.

—Mira, Cristóbal... No me faltes el respeto. Será mejor que no vayas por ahí, así que ahórrate los juegos, porque la manipulación no funciona conmigo... A decir verdad, me pone de muy mala leche.

—No entiendo por qué dices eso.

—Te hablo como detective y también como amigo de tu padre.

—Estoy preocupado por él. Un padre es un padre, ya te lo he dicho. Si me olvido de él, ¿quién lo recordará?

—Tu familia no quiere saber nada. Ni su exesposa, ni su hija.

—Me importa un cuerno lo que ellas quieran. ¡Yo, sí! —exclamó, levantando el tono, aunque no demasiado, y acompañando las palabras con un golpecito de los puños sobre el mantel. Laureano hijo reprimía la rabia. El golpe hizo vibrar la mesa y los cubiertos y levantó las miradas de los otros comensales. Educadamente, se disculpó. En ese momento, el detective vio a un hombre que se había guardado los sentimientos durante mucho tiempo, a causa de un trabajo en el que no se podía mostrar fragilidad. En el fondo, no era muy diferente a ser policía en los tiempos que él ejercía.

—Te he entendido.

—Correré con el viaje y con los gastos... además de pagar por tus servicios, claro. No te preocupes por eso.

—Eso no es suficiente.

—¿Cómo? —preguntó, ofendido—. ¿Qué más quieres?

—No me refiero al dinero, zoquete. Tienes que contármelo todo. Y todo es todo.

—Ya lo he hecho. Es todo lo que sé de él.

—¿Tenía deudas? ¿Estaba metido en alguna clase de problemas económicos? Ya sabes, esas cosas... —dijo y señaló la botella de vino—. Está muy bueno, por cierto. Quizá nos toque pedir otra.

—No, que yo sepa.

—Pero has comentado que empezó a hacer algunos trabajos para otra gente.

—Sí, pero eran meros favores, hasta donde sé. Nada preocupante, como los que haces tú. Necesitaba estar activo, ayudar como pudiera. Nunca pensé que fuera un asunto serio.

—Tu padre era inspector y uno de los buenos. ¿Qué esperabas? ¿Que jugara al Cluedo con la comunidad de vecinos?

El otro lo miró desdeñoso y no era la primera vez durante el encuentro. Se notaba que no estaba acostumbrado a que le hablaran de esa forma, pero a Maldonado tampoco parecía importarle.

—Mira, Javier. Este asunto me supera... —confesó y dio un largo suspiro—. Hasta ahora, nadie ha podido ayudarme.

—Te dedicas a contactar con aficionados... ¿Por qué no viniste a mí desde el principio?

Él miró hacia otro lado, pudoroso.

—Mi madre me dijo que no lo hiciera.

—Vaya. Todavía guarda un buen recuerdo de las compañías de tu padre.

—Si recurro a ti, es porque lo he probado todo y nadie ha logrado darme una respuesta clara. Ni siquiera han podido confirmar que está vivo, pero yo sé que está allí.

«Tú quieres creerlo, que es diferente».

—¿Quién diablos te ha sacado el dinero, chico?

—Eso da igual en este momento. Hasta donde sé, mi padre viajó hace tres meses a Las Vegas. Lo hizo desde Los Ángeles y, probablemente, llegó a Las Vegas en autobús o en coche, porque no hay registro de compra de ningún billete de avión con destino a la ciudad del juego. Sin embargo, el último cobro es de una reserva en el hotel Horseshoe.

—¿Hor-qué?

—La traducción es herradura. Es el antiguo hotel Bally's. No tiene pérdida...

—¿Has estado allí antes?

—Sí —dijo y chasqueó la lengua, mostrándose reticente a seguir por ese tema—. Pero el estado de Nevada cuida la privacidad de sus visitantes. Sin una orden, no puedes conseguir nada.

—Te recuerdo que no soy policía. Ni aquí, ni allí.

—Estoy al tanto de ello, pero debo reconocer que conoces a mi padre mejor que yo. En este momento, estoy desesperado y esto es todo lo que sé. Pero no tengo ni idea de qué hace allí, ni cuál es su interés. No ha habido movimientos en el banco, por lo que, o está muerto, o está moviéndose con efectivo.

—¿De dónde? Si no usa la tarjeta...

—No lo sé.

—Ya veo... —dijo y se frotó la barbilla. Había seguido los pasos de Laureano hasta el punto de presionar a los bancos. El hombre que tenía delante poseía influencia y contactos, no obstante, su padre era más listo que él. Por desgracia, el mundo funcionaba así, gobernado, no por los más listos, sino por los más ávidos.

Terminaron la comida y procedieron a los postres. Laureano encargó el suflé Alaska, que parecía ser el dulce estrella de la casa. Un bizcocho borracho, con el helado en lo alto y cubierto todo por una capa de merengue, al horno, y flameado antes de servirlo.

Mientras comían, el sabueso ganaba tiempo y consideraba la situación. A pesar de todo lo que le había contado, había demasiados flecos sueltos como para entender qué había llevado a su padre hasta allí. Pensó que quizá debería empezar por el apartamento en el que vivía. Después, hablaría con Berlanga sobre el asunto.

—Me vendría bien echar un vistazo a su apartamento.

—No es necesario —le respondió—. Ya lo he hecho por ti. No hay nada de valor.

—Tú no eres detective.

El otro arqueó una ceja.

—Antes de marcharse, se aseguró de no dejar rastro. Todo lo que encontré fue el recibo de la compra de una maleta de viaje y de un ordenador portátil.

—Entiendo.

—Escucha, Javier —le dijo, agotado, y juntó las manos antes de hablar—. Eres mi último recurso. Sé que te estoy pidiendo algo muy difícil... o casi imposible, diría yo, pero, si existe alguien que puede encontrar a mi padre, ese eres tú. Si no, lo daré por muerto.

—Espera...

—Puede que no haya sido el mejor de los padres, ni yo el mejor de los hijos, y tal vez haya estado ausente durante muchos años, pero, como hijo, después de lo que le hice, y tras recibir esta postal, solo quiero honrar su honor. No hay más motivos.

El detective lo observó mientras hablaba. Pensó que estaba siendo sincero, o le estaba mintiendo como un profesional. Sin embargo, era difícil juzgarlo a sangre fría, pues había un lado emocional que había despertado en él. En el fondo, se podría haber ahorrado el encuentro, la comida y el drama, pues Maldonado estaba dispuesto a ayudarlo, sin pedirle explicaciones. No obstante, ahora, estaba casi convencido de que su amigo necesitaba ayuda, y no por la familia que dejaba atrás, sino porque ocultaba algo que le hacía sospechar de sus acciones.

Se despidieron en la puerta del famoso restaurante, con un gesto sobrio de afecto.

—Te llamaré en unos días —le dijo el detective—. Necesito estar seguro de todo esto.

—Gracias. —Antes de marcharse, el hijo de Laureano le pidió que se quedara la postal de Las Vegas que su padre le había enviado desde allí, pensando que podría serle útil. El detective no estaba muy seguro de ello, pero las pruebas nunca estaban de más. Por último, le entregó una tarjeta de contacto—. Toma.

Maldonado la sostuvo y leyó lo que había escrito en ella.

—Cristóbal Laureano, Clarity Consulting. ¿Qué es esto?

—Abogamos por la transparencia... —respondió, como si fuera un eslogan manido—. Si vas a llamarme, será mejor que tengas un teléfono de contacto.

Sus caminos se separaron cuando Laureano caminó en dirección al Ritz y Maldonado tomó su rumbo hacia Sol. Toda una paradoja de lo que era la vida. Uno caminaba para reunirse con la élite y el otro hacia las calles de las tabernas donde se abultaba el populacho. Por suerte, al detective le gustaba el bullicio que le daba toda esa mundanidad y rehuía a menudo del recto mundo de trajes y corporativismo. Para él, lo salvaje era lo natural y, por ende, allí residía la esencia de lo que era verdaderamente humano.

Subió por la calle de Montera hasta la Gran Vía y se dejó caer por el bullicio habitual mientras pensaba y reflexionaba sobre la historia que le había contado. Al pasar por delante del edificio de su oficina, un pensamiento repentino le cruzó por la cabeza. Esa chica, Marla... Se preguntó cómo se lo diría, para no preocuparla. Por supuesto, la secretaria no iba a ir detrás de él, pero, en algún momento, se daría cuenta de que su ausencia era absoluta y no tardaría en buscarlo por la

ciudad. Si tomaba la decisión, necesitaba pensar en algo para no preocuparla más de lo que ya estaba.

Para él, lo de Laureano era un asunto serio, un gran caso y un buen pago, pero la idea de cruzar el charco y volar hasta América le generaba sus dudas. En lugar de alegrarse, le incomodaba la situación de moverse en un entorno totalmente nuevo y desconocido. No sabía nada de esa gente, más allá de lo que había visto en las películas. Chapurreaba el inglés, lo justo como para entenderse con los extranjeros que acababan en los calabozos de la comisaría, pero no era capaz de mantener una conversación fluida. Sin embargo, no disponía de tiempo para aprender idiomas, ni para tomar una decisión sopesada. Por otro lado, no podía acallar las voces que le empujaban a hacerlo. La vida de su amigo corría peligro, si es que seguía vivo. La incertidumbre de su estado era lo que más le corroía por dentro.

«Maldita sea, Antonio. ¿Las Vegas?». Encendió un light para paliar las ansias, agobiado por la situación e hinchado por la comilona de Lhardy, y se dejó llevar por el tránsito de la calle hasta Leganitos, con la esperanza de bajar la digestión y de encontrar a Berlanga allí. A esas horas, pensó que era probable que aún siguiera en la comisaría, si es que no se había tomado el día libre.

Cuando se acercó a la entrada, sus ojos se cruzaron con los del inspector Ledrado.

—Uno siempre regresa a donde lo tratan bien... —comentó el inspector con sorna—, incluso los invitados.

—¿Está Berlanga arriba? —le preguntó, ignorando su comentario y las risas de Miranda, que iba con él.

—Está ocupado. ¿Te han multado otra vez?

—No. ¿Serías tan amable de avisarle?

—¿Qué pasa, no puedes hacerlo tú? No mordemos, detective.

—No quiero coger una infección y volverme un blando.

—Entiendo tu preocupación —respondió y los dos se dirigieron a un coche policial—, pero, descuida. Este no es como esos sitios donde coges infecciones.

—Corta el rollo, Ledrado. Es urgente.

—También lo nuestro —dijo, abrió la puerta del coche y entró en él. Después arrancó y bajó la ventanilla—. Si no te importa, tengo que trabajar.

Se mostró indiferente y se echó a un lado de la acera para que el vehículo saliera. Ese día no tenía ganas de discutir con el memo de Ledrado. Hacía semanas que no lo enfrentaba y ahora su cabeza estaba en otro asunto.

Antes de cruzar el umbral de la comisaría, optó por la llamada telefónica, pero Berlanga la rechazó. Terminó el cigarrillo y se acercó a la garita para hablar con el agente que la custodiaba.

—¿Puedes avisar al inspector Berlanga? —le preguntó. El otro tenía aspecto de recién horneado de la academia de Ávila y, por su expresión, no parecía reconocerlo—. De parte de Maldonado.

—¿Me permite su DNI, por favor?

Estuvo a punto de soltar una queja, pero accedió y le entregó el documento para que lo revisara. Después el agente apuntó su nombre en un formulario y descolgó el teléfono. La llamada fue breve. Cuando le devolvió el carné, le pidió que pasara al interior, pero este se negó.

—Mejor, espero fuera.

—Si no le importa, le pediría que esperara en el banco. El inspector puede tardar un poco.

—Es que siento claustrofobia...

«O sarna, según el día».

El policía, paciente, suspiró y asintió.

—Está bien. Haga lo que quiera.

Regresó a la calle y echó un vistazo a su alrededor. Leganitos era uno de esos trozos de Madrid que seguía siendo igual, a pesar de los años: una vía estrecha con un vecindario envejecido y mezclado por la inmigración. Los bajos estaban ocupados por bares rancios y mugrientos, un club de alterne, junto a la comisaría, salones chinos de belleza y estética, tiendas de instrumentos musicales, bazares regentados por chinos, tiendas de alimentación china por y para chinos, y restaurantes chinos, uno tras otro. Una calle paralela a la Gran Vía, que conectaba con la plaza de España y con la de Santo Domingo y que tenía el Senado a las espaldas. Y, sin embargo, un Madrid alejado de los tópicos, con un ambiente más parecido a un barrio colindante al Manzanares que al que se respiraba en Callao. Minutos más tarde, vio los castellanos burdeos lustrosos de Berlanga asomando por las escaleras. Después, reconoció su inconfundible gabardina beige de Colombo y se fijó en el hombre repeinado y con andares de aristócrata de clase media que salía por la puerta.

—Espero que sea importante. He tenido que dejar colgado al comisario por ti.

Maldonado dio la última calada al cigarrillo y lo apagó en el cenicero de una papelería.

—Lo es. Cualquier cosa es más importante que hablar con el comisario.

—No me fastidies. ¿Qué ocurre?

—Laureano. —La expresión del inspector cambió por completo cuando escuchó el apellido del excompañero. No hacía falta decir más sobre el asunto para entender la magnitud del problema

—. ¿Un café?

—Claro. Un café nunca se rechaza.

Berlanga se había excusado en el poco tiempo del que disponía y en la urgencia por regresar a la comisaría para continuar con el trabajo. Sin embargo, no parecía importarle alejarse de la comisaría y caminar hasta el Café Varela, que estaba al otro lado de la plaza de Santo Domingo, en el comienzo de Callao. Los cinco minutos de travesía sirvieron para lubricar la conversación con los temas mundanos de siempre, sobre el estado de cada uno, la familia y el trabajo. Hacía semanas que no se veían y, aunque no había pasado nada extraordinario, para ambos era una sensación extraña, pero aliviadora, después de todo. Entraron en el Varela que, tras la reforma, se había convertido en el café literario del momento, aunando a escritores, columnistas, artistas en general y gente de la política y de la cultura. Berlanga, que no pertenecía a ninguno de esos mundos, disfrutaba pasando un rato entre rostros conocidos de actores, empresarios y gente de la farándula. Era su parque de atracciones, su dosis de pertenecer a algo diferente, por unos minutos, creyendo que formaba parte de la historia del país.

Entró con decisión, como si estuviera en su casa, y saludó al empleado de la entrada, que lo reconoció de otras veces. Maldonado se dio cuenta de aquello y es que, a su amigo le gustaba sentirse agasajado allá donde iba. Era algo que había llevado siempre dentro y que, desde que se había casado y mudado a la parte noble de Chamberí, había remarcado con fuerza.

Les ofrecieron una mesa de la cafetería que había a la izquierda del local y que separaba el bar del restaurante. Maldonado comprobó la hora y pensó que era todavía pronto para un trago.

—Un café.

—Que sean dos —dijo el detective.

Berlanga lo miró, extrañado.

—¿Te ocurre algo?

—Me he pasado con el cocido...

—Entiendo. —Berlanga dio una larga respiración, echó un vistazo a su alrededor y se fijó en su amigo—. Supongo que ha pasado algo grave.

—Más o menos.

—Te escucho... —dijo, pero el camarero los interrumpió para servir los cafés. Después de eso, el policía puso la atención en su compañero—. Supongo que es importante.

—Su hijo ha contactado conmigo. He comido con él en el Lhardy a mediodía. Al parecer, Laureano está desaparecido desde hace unos meses, pero el hijo no lo ve desde hace un año. Lo último que se sabe de él es que estuvo en Las Vegas y me ha pedido que lo encuentre.

—Es una broma, ¿no? —respondió Berlanga.

Maldonado lo notó sorprendido, como si no supiera nada del inspector, al igual que él y su hijo. Era algo extraño. Su amigo siempre estaba al corriente de lo que pasaba en la comisaría, tanto dentro como fuera de ella, por lo que le sorprendió que no estuviera conectado con los trabajos que Laureano había hecho a sus espaldas.

—Estaba convencido de que sabrías algo —le dijo Maldonado, intentando buscarle las cosquillas.

—Me gustaría decir lo contrario, pero no tengo ni idea, ¿en serio, Las Vegas?

—Así es. Le envió una postal desde allí y, al parecer, su hijo, que ahora trabaja para el ministerio de Industria, con bastante influencia, pudo hacer un rastreo de las cuentas bancarias y estas le llevaron hasta una reserva en el hotel de Las Vegas. Eso es todo lo que sé.

—¿No te ha dicho nada más? Por qué había perdido el contacto. La verdad es que resulta un poco sospechoso.

—Se había divorciado, algo que no sabía, y, bueno, se había vuelto un poco rarito. Pero Laureano siempre ha sido así.

—En eso se parecía bastante a ti, o a lo mejor es que tú aprendiste eso de él, quién sabe.

—No seas cretino. En cierto modo, fue un mentor y nos enseñó todo lo que sabemos.

—Eso es lo que tú quieres recordar, que es distinto.

Berlanga no tenía la misma opinión que él, pero lo cierto era que ambos habían crecido como policías, bajo la tutela y gracias a los consejos que Laureano les daba entre horas. Puede que Antonio Laureano no hubiera sido un inspector de homicidios, ejemplar para muchos, sobre todo, para los que buscaban expedientes exentos de faltas disciplinarias. Así y todo, había logrado cerrar con éxito más de cuatrocientos casos en los treinta años que había permanecido al frente de la unidad.

«¿Quién diablos es capaz de cerrar más de cuatrocientos casos sin acabar loco perdido?», se planteaba el detective. Ni él había conseguido lograr tal cifra.

A pesar de estar orgulloso de haber pasado la barrera de los cien, su palmarés quedaba muy lejos del de su maestro. Alguien tan bueno como él no podía pasar desapercibido, o eso pensaba el detective. Pero la razón por la que Berlanga no tenía tan buena opinión, y por la que Laureano había dejado el Cuerpo sin pena ni gloria, como cualquier otro inspector que pasa por allí sin llamar la atención, se debía a su manera de hacer las cosas y la mala reputación que se había forjado con los años. Para el inspector, había sido muy duro el período de Transición democrática, sobre todo, a la hora de trabajar. La muerte de Franco no solo fue un cambio para los españoles, sino una oportunidad para las potencias extranjeras. Por entonces, España ya vivía sumida bajo el aperturismo que los Estados Unidos le habían permitido, por lo que el dictador era mercenario del Tío Sam y de sus órdenes. Primero llegaron las bases militares a Madrid. Las colonias de americanos que se dejaban ver por el paseo de la Habana y la zona de Chamartín, sobre todo, en los clubes de alterne, desde Capitán Haya, pasando por Orense, hasta Doctor Fleming. Llegaron los Cadillacs a la ciudad y también el fervor de la comida «yankee». Maldonado llegó tarde a esa explosión de frescura que importó el cambio, pero Laureano la recordaba a menudo como si fuera un pasado reciente.

—¿Quién crees que ayudó a lo de Carrero Blanco? Es obvio que la CIA estaba detrás...

Pese a todo, las historias del experimentado inspector no impedían que hiciera su trabajo con eficacia cuando llegaba el momento. Según le contaba a Maldonado, él no había sido el más duro de los compañeros, ni el más cabrón con los ciudadanos, pero tenía ciertas libertades a la hora de cerrar las investigaciones, a diferencia del presente, que se había vuelto mucho más burocrático y corrupto. Más bien, reconocía ser uno de los más «amables», sin buscar más líos de los que ya le generaba el trabajo.

—Antes, los errores se pagaban caro y los aciertos sabían a gloria. Ahora, puedes cagarla y marcharte de rositas... o puedes no hacer nada, caerle mal a un fiscal y estar jodido de por vida —le explicaba a un Javier Maldonado que lo acompañaba como subinspector—. Poco a poco, el Cuerpo se convertirá en una manada de perros a merced del ministro del Interior, y se olvidará de que estamos aquí para proteger el país y a sus ciudadanos, no a sus gobernantes, como siempre ha sido...

De él, Maldonado aprendió a mirar donde el resto no lo hacía, a ser rápido con la toma de decisiones, a no dejarse vencer por la presión, a plantarles cara a los problemas cuando tenía la razón y a ganarse a la gente de la calle con favores, no como policía, sino como ese a quien

recurrir cuando realmente se necesita. De esa manera, el sabueso había tejido una red de contactos por los barrios de la ciudad, un sinfín de ojos a primera línea de la calle, y no desde las ventanas de los espaciosos despachos de la Castellana o de Ortega y Gasset, que observaban donde los suyos no llegaban, pero que lo mantenían en contacto con la realidad.

Por eso, estaba convencido de que Laureano llevaba algo entre manos y que su marcha no había sido en balde, ni tampoco una escapada de un majareta, como pensaba su familia. Laureano podía ser un tipo con defectos, pero tenía un sentido del deber muy claro y unas líneas bien marcadas en sus principios. Si había viajado hasta tan lejos y había dejado atrás todo lo que le importaba, significaba que era importante.

Estaba tan sumido en sus pensamientos, que Berlanga lo sacó del trance del recuerdo al chasquear los dedos delante de su cara.

—¿Hola? ¿Sigues ahí? —le preguntó, desconcertado—. Debes de haberte puesto hasta el gaznate en el Lhardy...

—Perdona, me he acordado de algo. Por casualidad, ¿sabes si Laureano trabajó en alguna operación en el extranjero?

Berlanga entornó los ojos y negó con la cabeza.

—Lo dudo. De hecho, me has sorprendido con lo de su viaje...

«Quizá esa fuera también una de sus tapaderas».

—Me refería aquí, en Madrid.

Berlanga se encogió de hombros.

—Es algo personal, ¿verdad?

Lo era. A pesar de que era su mejor amigo, el otro inspector también era un bueno al que juró no fallarle, llegado el momento. No podía confesarle el pacto que habían hecho en el pasado.

—Intento encajar algunas piezas, nada más. ¿Puedes echar un ojo?

—Sí, claro. Pero, te diré una cosa, Javier...

—Ya... Sé por dónde vas. No quieres que me meta en líos innecesarios.

—Eso, por una parte. Por la otra, sé que no me vas a hacer caso, así que seré sincero contigo, como amigo, no como policía.

—¿Acaso no lo eres siempre?

—Esta vez es diferente.

«La misma cantinela, Berlanga. Suenas a disco rayado».

—¿Porque es un expolicía?

—No. Porque estás planteándote subir a un avión con destino a América.

—¿No suena emocionante?

—No seas cretino. Una vez que subas al avión y llegues a los Estados Unidos, no podré hacer nada por ti.

—No te he llamado para que lo hagas.

—Lo sé, pero, como amigo, debo advertirte. A ti te preocupará eso, pero también nos preocupa lo que te pueda pasar.

—¿Nos preocupa? No lo dirás por Ladrado...

Berlanga movió los ojos en círculos.

—Me refiero a Marla, tu secretaria.

—Ah...

—¿Qué le vas a decir? A esa chica le importas, quizá casi tanto como a mí. ¿Has pensado en eso?

«Lo cierto es que no. Al menos, no de ese modo que planteas».

—Espera un momento, ¿quieres? Tómame un respiro —le dijo y le dio un sorbo al café, que estaba ya templado—. Todavía no he confirmado que vaya a hacerlo. ¡Maldita sea! He recibido la llamada esta misma mañana. Ni siquiera he tenido tiempo para pensar en ello...

—Ya.

—¿Qué?

—Al menos, es un progreso.

—¿El qué?

—Que hayas aprendido a manejar tus impulsos. De todos modos, piénsalo. No quiero ser el que haga de tu conciencia, pero considero que es toda una aventura con final desastroso, el hecho de ir hasta allí, a un lugar que no conoces, y buscar a Laureano en un nido de serpientes... No sé, Javier. Digiérela y medítala con la almohada.

—¿Puedes hacer eso por mí?

—¿Meditarlo con la almohada? Creo que mi opinión al respecto está más que clara.

—No seas mendrugo. Me refiero a su expediente. Quizá estemos sacando conclusiones erróneas y él esté allí visitando a un viejo amigo norteamericano.

Berlanga lo miró con cara de no creerse una palabra.

—No seas tan ingenuo... o tan patético con las mentiras.

—Es un escenario, Miguel —respondió, alzando el índice—. Que conste que te estoy dando mi opinión, y eso que no es de mi agrado... Lo histriónico sería que se hubiese ido hasta allí en

busca de un lío. Tan solo quiero asegurarle a su familia de que está bien y no se ha metido en un problema. Nada más.

Berlanga dio un respingo y se quedó unos segundos en silencio, mirándolo con atención.

—Dime una cosa...

—¿Sí?

—¿Es por dinero? Doy por hecho de que van a pagar bien, además del viaje.

Maldonado respondió decepcionado. No podía creer que, a esas alturas, le preguntara eso.

—No, no es por la pasta. Pensaba que sí, pero ya veo que no lo entiendes.

El inspector pidió la cuenta para que cobraran los cafés y comprobó la hora en el reloj. Después dio un suspiro y se dirigió a su amigo para despedirse.

—Sí, sí que lo entiendo. Más bien, te entiendo a ti, que eres quien me importa... —le contestó, se puso en pie y cogió su abrigo—. Veré qué puedo hacer y te diré cualquier cosa que encuentre. Hasta entonces, no te vayas muy lejos.

—Tranquilo, seguiré rondando como un buitre.

—Cuídate.

Berlanga se puso la gabardina de color crema y abandonó el Café Varela. Maldonado se quedó solo, mirando por el cristal cómo el inspector se alejaba en dirección a la comisaría de Leganitos. El encuentro lo había dejado con un sabor amargo y no era por el café, ni por el reflujo del cocido del Lhardy. Había algo en su interior que le urgía a tomar ese vuelo, a la vez que sentía otro motivo para no hacerlo.

Regresó a su apartamento con la esperanza de que el teléfono sonara, pero no ocurrió tal cosa. La conversación con Berlanga lo había dejado desconcertado. Entendía la preocupación de su amigo por el asunto. De hecho, era la primera vez que lo veía tan serio ante uno de sus disparates.

—Hasta entonces, no te vayas muy lejos —recordó, preguntándose cuánto de largo sería ese «hasta entonces», y si este se alargaría en el tiempo con tal de que su amigo no cometiera una estupidez. Al llegar a la calle de Ilustración, puso los ojos en la Taberna del Príncipe, que estaba abierta, como cada día, durante el turno de la cena. Era miércoles, no había fútbol en la televisión y había sido un día largo y agotador. Además, no tenía mucho apetito a causa de la pesada comida del mediodía.

Descartó la opción del bar y retrocedió hasta la única tienda de ultramarinos que había abierta a esas horas, en lo alto de la calle. Hacer la compra allí era una locura, pero muy poca gente se paraba a pensar en la horrible vida que llevaban los que estaban tras el mostrador a deshoras.

En el interior de la tienda, echó un vistazo a los productos e intentó recordar si le quedaba algo en la nevera.

—Esto bastará —se dijo, después de coger un par de botes de cerveza Mahou bien fríos, media docena de huevos, un paquete de pan de molde cortado a rebanadas y un sobre de jamón serrano.

Una vez en casa, dejó la bolsa de la compra sobre la cocina, se quitó el abrigo y se acercó al teléfono fijo que había a la entrada. El piloto rojo del contestador automático parpadeaba.

Lo pulsó, inquieto por escuchar los mensajes y con la esperanza de que fuera Berlanga, pero alguien había colgado tras la llamada, algo habitual cuando se disparaba el contestador. Encendió la televisión para que le hiciera un poco de compañía y se dirigió a la cocina para prepararse la cena. Abrió el primer bote, le dio un trago a la cerveza y colocó la sartén sobre el fuego de la

cocina. El detective no era lo que se decía un rey de los fogones, pero se apañaba a la hora de sobrevivir y la receta de los huevos fritos con jamón serrano, a pesar de que no llevaran patatas fritas ni pimientos de padrón, era uno de sus platos predilectos. Primero, calentó una sartén a fuego medio-alto y añadió un poco de aceite de oliva. Luego, colocó algunas lonchas de jamón en la sartén para que se calentaran y se volvieran ligeramente crujientes. Mientras las veía cocinarse, daba sorbos a la cerveza y pensaba en Laureano, en Las Vegas, y se imaginó allí, entre las luces de colores. Después, rompió cuidadosamente los huevos en la sartén caliente, procurando no romper las yemas. Cocinó los huevos durante tres minutos para que las yemas quedaran líquidas y la clara bien tostada. Mientras tanto, seguía con sus pensamientos.

—América —se dijo y dio vuelta las lonchas de jamón para que se doraran por ambos lados. Una vez que los huevos estuvieron bien hechos, a su gusto, los retiró de la sartén con una espátula de madera y los colocó en un plato. Sirvió los huevos fritos junto con el jamón caliente, los sazonó con sal y pimienta y los acompañó con una rebanada de pan de molde.

Llevó el plato, la bebida y los cubiertos a la barra de madera que separaba la estrecha cocina del minúsculo salón y se sentó en un taburete, de cara a la tele, mientras comenzaba a cenar. La cena le sabía a gloria. No entendía por qué tenía tanto apetito y se lo achacó al estrés por el que estaba pasando. Entre bocado y bocado, repasaba la conversación que había tenido con Cristóbal Laureano y con Berlanga, haciendo hincapié en los detalles. Luego, revisó la postal que le había entregado y leyó la nota de nuevo.

—Es como buscar una aguja en un pajar —se dijo al observar la magnitud de la ciudad que aparecía en la fotografía. Era probable que Las Vegas albergara miles de personas a diario. Aunque no había estado nunca allí, le pareció que tenía el aspecto de ser un Benidorm de tamaño industrial. Él detestaba esos ambientes, sobre todo, si el juego y las apuestas eran la manera de pasarlo bien. No es que tuviera nada contra el juego, pero temía que acabara divirtiéndose demasiado en ese lugar.

—Puede que esa fuera tu intención —se dijo, pero las frases de la nota le hicieron cambiar de parecer.

«Estoy aquí buscando justicia, siguiendo una pista que espero conduzca a la verdad».

Terminó de cenar y fregó la cocina. Después, se encaminó hacia su habitación y buscó una caja de madera en el armario de una de las estancias. Era una pequeña caja de puros en la que guardaba recuerdos del pasado. Maldonado no era un nostálgico, pero, con los años, había guardado algunos objetos con cierto valor sentimental: una vieja entrada a un concierto de Los Rodríguez en la plaza de toros de Las Ventas, un mechero Zippo con el escudo del Atlético de

Madrid, una fotografía de juventud, junto a Berlanga, cuando aún era un policía decente, y un sobre sellado.

Observó el sobre, con detenimiento, lleno de nostalgia. Recordaba cómo había llegado hasta allí. Laureano se lo había entregado el día de su retirada.

—Esto es para ti, pero no lo abras hasta que no sea necesario —le indicó.

Jamás le respondió cuándo sería necesario.

El sobre había permanecido cerrado durante años, hasta el punto de que se había olvidado de su existencia.

—Supongo que ahora es el momento —murmuró en soledad y lo abrió.

En el interior había una nota, nada más.

Cuando fue a leer su contenido, de pronto, el teléfono móvil sonó. Meneó la cabeza en ambas direcciones, en busca del aparato, hasta que lo encontró.

—¿Sí?

—Soy yo —le dijo Berlanga—. ¿Estás ocupado?

—Siempre lo estoy. ¿Sigues en la comisaría?

—Estaba a punto de cerrar el despacho... —le explicó y resopló, produciendo un ruido por el aparato—. Tenías razón respecto a Laureano.

—¿En qué sentido?

—Pero no te hagas ilusiones. Solamente colaboró en un asunto entre embajadas, nada más. Una cobertura para la visita de Clinton a Madrid, en el noventa y siete.

—Eso fue poco antes de que llegáramos nosotros.

—Lo sé. Es el único informe que he encontrado. Figura la participación de un tal Thomas Hatford, un detective del FBI, pero eso es todo.

—No me suena el nombre, ni que Laureano lo mencionara.

—Es probable que fuera una cobertura policial protocolaria, entre países. Ya sabes cómo son los americanos para estas cosas.

—Entiendo. Gracias.

—Oye...

—¿Sí?

—¿Le has dado una vuelta al asunto?

—Honestamente, me he hecho unos huevos fritos con jamón.

—Necesitarás la ESTA para ingresar en el país.

—No había pensado en ello.

—De todos modos, espero que no lo hagas —explicó el inspector—. Sé que he sido un poco severo esta tarde, pero es que Laureano nunca me gustó del todo, Javier. Sé que lo tenías como un modelo a seguir, pero...

—Eso fue en el pasado.

—No dejes que los sentimientos decidan por ti. Su vida era un desastre, tenía vicios, acumulaba faltas por mala conducta y siempre estuvo metido en asuntos de mierda —expuso—. No me sorprende que haya desaparecido, pero tampoco que lo hayan tirado en una cuneta, en el desierto.

—Ya —contestó él, con voz seria.

—Perdona, tenía que decírtelo.

—Está bien, Miguel. Supongo que debía escucharlo.

—Puede ser —le dijo y dio un suspiro—. En fin, es tarde. Tengo que regresar a casa. Mi mujer me espera para cenar.

—Eres un suertudo. A ti siempre te espera alguien.

—Lo sé. Tú también podrías serlo, si quisieras...

Aunque no lo mencionó, Maldonado sospechó que se refería a la secretaria.

—Dios dirá si algún día.

—Claro, algún día. Buenas noches, Javier. —Berlanga colgó y lo dejó más confundido de lo que estaba antes de atender la llamada. Pensó en Marla, por un instante, y en qué le diría, en caso de marcharse.

Finalmente, leyó el reverso.

«Para J.M. de A.L. Abrir en caso de urgencia».

«Dios no lo quiera, pero, si un día alguien pregunta por mí, abre esta carta, ¿entendido?», recordó sus palabras y abrió el sobre. Después leyó lo que había escrito en el papel:

«Javier,

Si estás leyendo esto, el camino que una vez recorrimos juntos me ha llevado más allá de lo que jamás imaginamos. Eso, o que te has visto en la tesitura de echarme una mano. Búscame en la ciudad que nunca duerme, donde las luces ocultan más de lo que revelan. Recuerda, el pasado es la llave que desbloquea el futuro. No dejes que mis sombras se pierdan en vano.

Con la esperanza de que este mensaje te encuentre cuando más lo necesito, Antonio».

—Decir tanto y a la vez nada —murmuró, confundido por lo abstracto que era el mensaje, pero lo suficientemente claro como para convencerlo.

Acto seguido, buscó la tarjeta que Cristóbal Laureano le había entregado y lo llamó por teléfono.

Aquella nota lo cambió todo para él.

A falta de entender todo su significado, se dijo que tendría tiempo para pensar en ello en el avión. Lo único que tenía claro, era que debía cumplir con su palabra. Por él y por su amigo. Así que, tan pronto como terminó de leer la nota, le confirmó al hijo de Laureano que tomaría el caso. Este le advirtió sobre el permiso para cruzar la frontera y le indicó cómo conseguirlo. En veinticuatro horas, los Estados Unidos de América habían aprobado la visita de Maldonado. No sabía si tanta rapidez se debía a la suerte o a la influencia del asesor del ministerio y sus contactos en las embajadas. Sea como fuere, prefirió no contarle nada sobre la nota, ni acerca de su contenido. En el mensaje, era obvio que Laureano pedía auxilio, aunque sin marcar una fecha concreta. Sin embargo, no se habría dado cuenta de ello, si la hubiera leído en otras circunstancias.

Laureano hijo, ahora su cliente, le hizo una transferencia por adelantado, con tal de cubrir los primeros gastos del viaje.

—Si necesitas más dinero, pídelo. Pero encuentra a mi padre.

Eso fue lo que le dijo y así haría.

Durante el jueves, una vez que le aprobaron el certificado ESTA, se enfrentó a la tecnología y compró un billete de avión con destino a Los Ángeles desde Madrid. De allí, haría transbordo para viajar a Las Vegas. Con dinero suficiente en la cuenta, decidió que se registraría en el hotel cuando llegara a la ciudad del pecado. De ese modo, podría pagar en efectivo, sin dejar rastro de sus movimientos. Cuando acabó las gestiones del viaje, sacó una vieja bolsa de equipaje y metió lo necesario para aguantar unos días. No estaba acostumbrado a viajar, pero tampoco dispuesto a

llevar medio armario en tres maletas. Con el miedo a perder lo poco que llevaba, prefirió simplificar su visita con una carga ligera.

A la hora del almuerzo, buscó en las redes el nombre que le había dado Berlanga. Cientos de Hatfords aparecían con ese nombre en los resultados. Afinó la investigación, utilizando diminutivos o las iniciales, pero los resultados seguían siendo excesivos. Finalmente, acotó la búsqueda y asoció el nombre de Tom Hatford con el estado de Nevada. De esa manera, reduciría los resultados. En el buscador aparecieron diez enlaces. Uno de ellos llevaba a un diario local. Maldonado traducía simultáneamente el texto con una aplicación del navegador. La noticia era antigua y pertenecía a un diario local de Las Vegas. En la fotografía aparecía un grupo de hombres y mujeres, vestidos con un uniforme de color caqui, y otro grupo cuyos miembros llevaban chaquetas azules con las siglas de la Oficina Federal. Leyó el pie de la imagen y siguió el orden de los nombres. Dedujo que el tercero debía ser el detective Hatford y se fijó en la cara de un tipo engominado hacia atrás, con la mirada afilada y mayor que él, pero más joven que Laureano.

En un cuaderno de bolsillo, anotó el nombre del detective y la dirección de la oficina del FBI.

Esa misma noche, cuando ya lo tenía todo preparado, decidió dar un paseo por el centro de la ciudad, con el fin de estirar las piernas y matar los nervios del viaje. No podía deshacerse de la exasperación que lo corroía por dentro. Era un sentimiento extraño, de desesperación y excitación a partes iguales. Al día siguiente, se enfrentaría a un vuelo largo, a un nuevo escenario y a una misión que podía ser un fracaso, por mucho que no lo deseara.

«Pensándolo bien, te vas a meter en un lío del carajo, compañero».

Subió hasta Argüelles y callejeó por los alrededores de la plaza de los Cubos para alcanzar Princesa y después Gran Vía. Era jueves por la noche y eso significaba que la ciudad ardía en deseos de consumir cada segundo como si no hubiera mañana. Entre la energía que derrochaban las aceras, se movía el detective, meditabundo, como una quemazón extraña en su cuerpo. Subió hasta la oficina y comprobó que todo estaba bien cerrado, hasta que encontró un sobre abultado junto a la puerta.

«¿Qué demonios...?», se preguntó, al ver que no llevaba remitente.

Miró de reojo a ambos lados, en la oscuridad del pasillo, y se agachó para recogerlo. El sobre era ligero, pero contenía algo en el interior que pesaba un poco. Leyó el reverso y se fijó en el sello de tinta azul, que estaba escrito en inglés.

«Correo internacional...».

Calculó que la carta debía de haber llegado ese mismo día, poco después de su encuentro con Laureano. Pero, ¿quién la había enviado?

Abrió el sobre y comprobó el contenido.

—¿Una llave? —se preguntó, en voz alta, al verla entre sus dedos. La llave contenía una inscripción del número 1123—. Te encontraré, compañero.

«No sé lo que querrás decirme con esto, pero sé que no es una mera casualidad», pensó al recordar que ese era el número de la suerte de Laureano.

Alguien le estaba advirtiéndole de algo.

La guardó y entró en la oficina. Después, comprobó los mensajes en el contestador y se aseguró de que no dejaba el cenicero a la vista. Por último, se sentó en el escritorio y miró a las paredes, armándose de valor para lo que estaba a punto de hacer. Tomó un folio en blanco, un bolígrafo, y se dispuso a escribir una nota de despedida, como Laureano había hecho con él.

«Caray...», dijo, al notar cómo se le cerraba el estómago. Era la primera vez que se enfrentaba a un momento como ese y no estaba preparado para una despedida.

Abrió el cajón del escritorio y sacó la botella de coñac. Le dio un trago y encendió un cigarrillo. Después, escribió:

«Marla,

Si estás leyendo esto, significa que no he vuelto de Las Vegas y las cosas no salieron según lo planeado. Siento no haberte informado, pero bastante tenías con lo tuyo.

Quiero que sepas que no fue una decisión tomada a la ligera, era algo que debía hacer, no solo por Laureano, sino por una promesa. No te pido que lo entiendas.

He dejado instrucciones detalladas para el manejo de mis asuntos y casos pendientes en el segundo cajón de mi escritorio, junto con un sobre para ti. Por favor, asegúrate de que todo se maneje como es debido. Berlanga te ayudará en lo que necesites.

Cuida de ti y de este lugar. Tu lealtad y dedicación han sido el faro en muchos de mis días oscuros. Confío en ti para que sigas adelante con la misma fuerza y determinación que siempre has mostrado, sea cual sea tu decisión.

¡Gracias por todo! Javier».

Firmó la nota, la guardó en un sobre y la dejó en el cajón, junto a la botella. Si no regresaba en un período de tiempo conveniente, tarde o temprano, Marla la encontraría. Después, apagó las luces del despacho, tomó su abrigo y cerró la puerta de la oficina.

Viernes.

El taxi lo dejó en el aeropuerto por la mañana, sin problemas en los controles de seguridad, pero sin evitar las enormes colas que había en los accesos a las zonas de espera. Con el estómago cerrado, tomó un café y evitó los bocadillos de jamón a precio de menú del día, de los bares. Para él, era insultante cómo los aeropuertos jugaban con el hambre de los viajeros y les servían comida a precios desorbitados. Pensó que sobreviviría con la comida basura que le ofrecerían en el vuelo. Era un viaje largo, de doce horas y media. Durante ese tiempo, aprovechó para comer, dormir, repasar el plan que llevaba en mente, pensar en Berlanga, Marla y Laureano, arrepentirse de lo que estaba haciendo y también tuvo tiempo para ver la trilogía entera de El Padrino.

Desembarcó en Los Ángeles, con las piernas entumecidas y una sensación de desconcierto enorme. Desde allí, había perdido el contacto con Madrid, con España y con Europa. Por un instante, se sintió atrapado en un limbo territorial. Necesitaba fumar, pero sabía que debía esperar hasta que pasara el control de inmigración. Su primera sorpresa llegó allí, rodeado de muchos otros viajeros que hablaban también en español y que hacían cola para entrar en el país. De pronto, se fijó en unos detalles. Los policías hablaban entre ellos en español y muchos rótulos estaban escritos en su idioma. Sorprendido, cuando llegó su turno, se dirigió a la garita, donde una agente lo miró y él le entregó el pasaporte.

—Por favor, ponga las huellas en el sensor.

—Sí.

—¿Qué le trae a los Estados Unidos, señor Maldonado?

—Visita a un amigo.

Ella escaneó el pasaporte y se lo entregó.

—Bienvenido.

—Gracias...

«Eso fue rápido y amable», se dijo, recuperó el pasaporte y salió en busca de su siguiente vuelo. Había visto tantas películas, que pensó que el control sería más rígido. Necesitaba un café, pasar por el cuarto de baño para refrescarse la cara y respirar un poco de aire fresco. Su reloj estaba desincronizado con la hora local, pero sabía que contaba con un par de horas de margen. Caminó hacia la salida, donde estaban los autobuses, con el fin de fumar antes de continuar. La comida del avión le había destrozado los intestinos y era la primera vez que pasaba tanto tiempo sentado.

«Los Ángeles, ¿eh? Este es el olor de América», se dijo a sí mismo y respiró la contaminación del tráfico de los vehículos que se amontonaban en las zonas de carga y descarga del aeropuerto. Por unos segundos, observó el cielo anaranjado y la clase de autobuses de chapa que pasaban por delante de él. Incluso había coches que no había visto nunca.

Sacó el paquete de lights y encendió uno, cuando alguien se acercó a él.

—Disculpa, ¿tienes fuego? —le preguntó un tipo con acento mexicano. Maldonado giró la cabeza y lo miró a la cara. Después, le ofreció el mechero—. Gracias.

El tipo sacó una cajetilla roja de Marlboro y encendió su cigarrillo. El detective lo observó por un momento. Intuyó que era mexicano, por su acento. Llevaba una camisa floreada, una chupa de cuero marrón, vaqueros y botas de piel. El detective calculó que sería de su edad, más o menos, pero era más corpulento que él. Tenía la tez algo más tostada que la suya, llevaba el pelo largo, una barba cerrada y sus facciones eran duras y marcadas, muy varoniles, con una frente amplia, una nariz larga y un mentón pronunciado. Sin duda, era un tipo con el que mejor no buscarse problemas. Sin embargo, su lenguaje corporal desprendía una esencia amigable. Lo que más le inquietó era que no hiciera ningún amago por alejarse.

—Vaya... Español, ¿verdad?

—Sí —contestó él—, y madrileño.

—¿Real Madrid?

—Ni muerto. Del Atleti. ¿Se me nota tanto en la cara?

—Sí. Pero tranquilo. Los gringos te creerán mexicano.

—Es un alivio.

Ambos fumaron. El hombre asintió con la cabeza y rompió el silencio.

—Pues, ¿qué buscas en Los Ángeles? ¿Trabajo?

—¿Qué?

—Trabajo, «cojones» —respondió él, haciendo énfasis con acento castellano, a modo de burla. Maldonado frunció el ceño, en respuesta—. No manches. Aquí no hemos venido a trabajar.

El detective rio. El tipo tenía su gracia.

—No venís vosotros. A mí aún me queda llegar a Las Vegas.

—Vaya. Yo también voy para allá.

—¿Trabajo o de vacaciones?

—Más o menos, un poco de ambas —dijo él, con una sonrisa, y le ofreció la mano—. Rubén González.

El detective la estrechó.

—Como Speedy... —le dijo, relajando la tensión—. Javier Maldonado.

—¿Qué pasa, compa? No pareces de los de traje y corbata.

—Tú tampoco. ¿Es así todo el mundo aquí?

—¿De amable?

—No, de entrometido.

—Es el trabajo, güey. Aquí uno se las busca como puede, pero hago de todo, de traductor, de chofer, de vendedor ambulante de tacos...

—Interesante. —El hombre sacó la billetera del bolsillo del vaquero y buscó una tarjeta que le entregó—. ¿Y esto?

—Tal vez te haga falta. Pareces un poco despistado.

—Es el cambio de horario.

El mexicano apagó la colilla en un cenicero y se despidió para entrar.

—Échame un grito si necesitas algo.

—¿Me estás coqueteando?

—No eres mi tipo. Prefiero a las españolas.

—¿Para qué quiero tu tarjeta?

—¿Para jugar al black-jack? Tengo que regresar. No quiero perder mi vuelo. Hasta luego, madrileño...

El hombre desapareció tras la puerta corrediza automática. Maldonado observó el reverso de la tarjeta de negocios.

«Rubén González. P.I. / Investigador Privado. Los Ángeles».

—Cojonudo... un detective.

La guardó, tomó su bolsa de equipaje y se dirigió a las consignas.

Se sentía como un extraño, rodeado de caras nuevas, de personas con una apariencia muy diferente a la suya. En efecto, no estaba en España. Hacía horas que había abandonado el país, pero la velocidad a la que sucedía todo, le impedía pensar con claridad.

«Los malditos Estados Unidos, hay que fastidiarse, Javier...», pensó al recordar que jamás se había planteado aquel viaje. A pesar de los intereses contados que tenía en su vida, visitar el país de las oportunidades no era uno de ellos. El avión con destino a la ciudad del juego iba lleno de viajeros con ganas de divertirse. No había más que ver sus rostros para diferenciar a grupos de jóvenes que iban a una despedida de soltero, a parejas que iban a disfrutar de una luna de miel y a familias en busca de ocio sin límite. También había otros, que parecían regresar de nuevo a casa, un detalle que le llevó a preguntarse sobre la gente que vivía en la ciudad. A pesar de no entender muy bien el inglés, se manejó para seguir las instrucciones de la tripulación y aprovechó el viaje para dar una cabezada. A su lado había una mujer de unos cuarenta años, vestida con ropa de deporte y una sudadera de los Raiders. Había visto aquel logotipo antes, en alguna parte, pero no entendía nada sobre el fútbol americano.

El anuncio del aterrizaje lo despertó de inmediato. Abrió los ojos sin entender muy bien dónde estaba. La mujer que tenía al lado se rio al verlo y él pensó que su rostro debía de ser un cuadro. Por la ventana observó las luces de colores del Strip, que en el pasado había sido una calle principal, conocida por sus numerosos hoteles, casinos y espectáculos. Ahora, Las Vegas Strip se había extendido con el crecimiento de los años.

El vuelo no se demoró demasiado y Maldonado aterrizó en Las Vegas una hora y diez minutos después de que el avión despegara del aeropuerto de Los Ángeles.

Lo primero que vio al salir de la pasarela de embarque fue un grupo de máquinas tragaperras, una al lado de la otra. Por un momento, pensó que estaban ahí de adorno, pero descubrió que eran máquinas reales, en cuanto los muchachos de la despedida saltaron sobre ellas y empezaron a jugar.

«Esto va a ser complicado de digerir», pensó al ver semejante espectáculo. El aeropuerto era lo más parecido a un centro comercial al uso, lleno de carteles publicitarios, pantallas y música rock. Eso último era lo único que le agradó.

Cuando salió de este, dio en un aparcamiento. Los autobuses iban cargados de pasajeros hacia el mismo destino. Sin embargo, él no tenía la menor idea de cómo llegar al hotel que Cristóbal Laureano le había mencionado. Así que se acercó a un taxista.

—¿Hablas español?

—*I'm sorry, sir.*

«Demonios, lo olvidaba. Esto no es Los Ángeles».

—*You need a ride?*

—Necesito ir a este hotel... —le dijo y le mostró el nombre que había anotado.

—*Horseshoe?*

—Sí, supongo que se pronuncia así.

—*Allright*, amigo —dijo el tipo y le sujetó la bolsa del equipaje. Por un momento, se sintió orgulloso de su facilidad con el idioma. Se había librado por esa vez, pero no iba a ser fácil manejarse por allí sin un traductor.

Maldonado disfrutó del silencio del viaje en la parte trasera del vehículo. Por la ventana, reconocía todas esas luces que había visto alguna vez en el cine. Se sintió como Robert De Niro en "Casino" y esperó no terminar como Nicolas Cage en *Leaving Las Vegas*.

El taxista lo dejó en la zona de desembarque del hotel.

—*Enjoy*, Vegas. —Le entregó la bolsa y el vehículo desapareció. Necesitaba una tarjeta de teléfono móvil que funcionara allí, por lo que pudiera pasar. No estaba seguro de que la conexión a Internet del hotel fuera suficiente para moverse con soltura.

«Dime tú, Laureano, qué demonios se te perdió aquí», se dijo cuando se acercó a la puerta y observó el gentío que se movía por allí, como si estuviera en un parque temático. Había buscado información sobre el lugar, pero jamás esperó encontrar tal esperpento. Benidorm era un juego de niños comparado con aquello.

El Hotel Horseshoe, conocido antiguamente como el Bally's, se anunciaba como un lujoso resort y casino ubicado en el corazón de la ciudad. Era reconocido por su distintiva forma de

herradura y su opulenta decoración, que aún mantenía un toque de los setenta. Entró en el vestíbulo del hotel, que conectaba con el bar de la puerta trasera, las numerosas máquinas de juego y las mesas a las que se jugaba a los diferentes juegos de cartas, a los dados y a la ruleta. Siguió su instinto hacia la cola de los que esperaban con las maletas, sin dejar de fijarse en los que por allí pasaban, como si fueran de otro planeta.

—*Welcome to the Horseshoe, sir.*

—¿Español?

—*No, sir.*

—¿Y su amiga? —insistió, al ver a una recepcionista con rasgos latinos. Debía intentarlo.

—*Wait a second...* —le dijo la mujer y se acercó a su compañera. La otra lo miró desde lejos y ambas cambiaron sus puestos de trabajo.

—Bienvenido al hotel Horseshoe, señor —lo recibió en español—. ¿En qué puedo atenderle?

—Por fin... Se lo agradezco... Eva —dijo, tras leer su nombre en la placa que llevaba sujeta al traje—. Necesito una habitación.

Le entregó el pasaporte.

—¿Cuántas noches, señor Maldonado?

—Ponga tres, de momento. —La respuesta llamó la atención de la recepcionista. No era el tipo de cliente que solían tener—. Todo depende de si gano o pierdo, ya sabe...

—Entiendo —respondió ella, con una sonrisa falsa y rellenó los datos—. Necesitaría su pasaporte. Serían trescientos dólares.

—¿Perdón? Creo que no he entendido bien...

—Sí. Trescientos dólares —repitió—. ¿Desea pagar con tarjeta o en efectivo?

—En efectivo. —Maldonado sacó la billetera y contó los dólares antes de pagar. Le sorprendió que fuera tan barato, aunque lo cierto era que allí el dinero se dejaba en los casinos. La mujer contó el dinero y le entregó dos tarjetas magnéticas con el número de su habitación y la contraseña de la red inalámbrica.

—Que tenga una agradable estancia, señor Maldonado —le dijo y, antes de que respondiera, lo despachó para dar paso al siguiente cliente—. ¡El siguiente, por favor!

El detective se alejó del mostrador y tomó rumbo a los ascensores que iban a las plantas, hasta que tropezó con una mujer que caminaba en sentido contrario a él.

—Disculpa... —le dijo y se fijó en su rostro, hermoso y maquillado como si fuera a comerse la noche. Era una mujer rubia, más alta que él, debido a los tacones, y con una figura que llamaba la atención—. No te he visto venir.

—Está bien —le contestó en español, para su sorpresa, y le guiñó un ojo, sonriente, para quitarle hierro al asunto. A continuación, la mujer siguió caminando hacia la puerta por la que él había entrado y, segundos más tarde, la perdió de vista. La noche no había hecho más que comenzar, pero se dijo que no debía dejarse engañar por distracciones como esa.

«Encuentra a Laureano, antes de que te encuentres perdido y sin blanca».

De un vistazo, comprobó la dimensión del casino y cómo este conectaba por un túnel con el que intuyó que habría al lado. Si todo era igual de grande que aquello, se volvería loco, se dijo. Hacerse con aquel sitio, le llevaría más de tres noches. No obstante, cada minuto que perdiera, se alejaría más del rastro de Laureano. Lo peor era que no sabía por dónde empezar. Tenía una llave, una postal que, probablemente, habría comprado en cualquiera de las numerosas tiendas de recuerdos que había en el interior del casino, y una prueba de que había estado en ese mismo lugar, pero nada más.

«¿Por qué allí? ¿Qué seguía el inspector?», se cuestionó, sin una respuesta.

Absorto en sus pensamientos, esperó a que uno de los ascensores llegara y entró, junto a un numeroso grupo de personas. Se fijó en las pertenencias. Algunos de ellos parecían proceder de una convención y portaban identificaciones colgando del cuello. Otros sujetaban bolsas de plástico con latas de cerveza Modelo y bolsas de Doritos y Cheetos de un tamaño que no había visto antes en España.

«Ya puedes olvidarte de los bocadillos de calamares».

Cuando alcanzó la décima planta, salió del ascensor y sintió el frío del aire acondicionado. Atravesó un pasillo que parecía el fondo de una nevera y se preguntó por qué todo estaba lleno de moqueta. Finalmente, llegó a la habitación 606. Respiró cansado y abrió. Primero, pensó que había sido un error al ver las dos enormes camas que había en el interior, pero no iba a reclamar ningún cambio.

No estaba dispuesto a hacer esa cola otra vez, a no ser que fuera una emergencia.

Dejó el equipaje sobre una cama y se sentó a los pies de la otra. Los colchones eran cómodos y eso era de agradecer, después del largo viaje que había hecho. Lo primero que hizo, fue visitar el aseo. Después, conectó el teléfono a la red inalámbrica y comprobó la hora en su reloj. Una decena de mensajes saltaron en la pantalla. Decidió borrar las notificaciones, antes de abrumarse con ellas. No era momento de responder a ellas y su vida en Madrid podía esperar. Comprobó la dirección de la oficina del FBI y verificó que no estaba muy lejos. En su cuerpo eran las cuatro de la madrugada, pero allí todavía eran las siete de la tarde. Sin embargo, prefirió dejar la búsqueda de Thomas Hartford para el día siguiente. La siesta a deshoras que había dado en el

viaje lo mantenía despierto, aunque con algo de jaqueca. Pensó en dormir un rato, hasta el día siguiente, pero dedujo que el jet-lag lo despertaría en tres horas, por lo que no serviría de mucho. No muy lejos de allí, encontró una farmacia en el mapa del teléfono. Así que, dar una vuelta y respirar aire fresco podía ser una buena idea, pensó.

«Ya tendrás tiempo para dormir en el viaje de vuelta».

Antes de salir, se acercó a la ventana y corrió las cortinas. Entonces, descubrió lo que había tras ellas.

—¡Caray! —exclamó al ver la imagen completa.

La enorme cristalera daba a la parte trasera del Strip. Desde allí se podía observar una bola enorme de luces, que era la última atracción de la ciudad, además de los numerosos hoteles que había junto a esta. Sin duda, se dijo que no había vuelta atrás, que lo había hecho, y se sintió orgulloso y confundido, al mismo tiempo.

Ese era el auténtico «taste of America» e intuyó que no existía lugar más peligroso y nauseabundo que Las Vegas para dar con el paradero de su mentor.

Salió del Horseshoe en busca de la farmacia que el mapa de su teléfono le había señalado. Tomó unas escaleras mecánicas que lo llevaron al exterior y después atravesó un intrincado laberinto de callejones repletos de bares callejeros, tiendas de ropa, alcohol y souvenirs, así como de individuos que lo abordaban ofreciéndole espectáculos de striptease. La experiencia distaba de ser agradable. Para él, era incluso peor que caminar por las inmediaciones de Sol un sábado a las diez de la noche. Al alcanzar la calle principal, la fuente del Velaggio, uno de los casinos más opulentos de la ciudad, le ofrecía un espectáculo de agua y luces que danzaban al ritmo de la música de Andrea Bocelli.

—¿Puede haber algo más horterera que esto? —murmuró al observar la escena y también al ver a todos los turistas capturando fotografías del momento.

A lo largo de la extensa carretera se vislumbraban coches de lujo y Mustang descapotables, mientras los Uber dejaban pasajeros en cualquier esquina. Necesitado de provisiones, adquirió una caja de aspirinas y otra de protector gástrico.

Regresó al hotel por el mismo camino, esquivando a las prostitutas que se mezclaban con la multitud en busca de clientes adinerados y tratando de no dejarse distraer por el resplandor de la calle. No era el momento de hacerlo, ya que resultaba demasiado fácil desorientarse por allí.

«Necesito un trago», pensó al entrar de nuevo en el hotel, que no dejaba de ser otro parque temático. Percibía un olor extraño a barbacoa y ahumado, probablemente debido a las moquetas que absorbían todo el humo de los cigarrillos consumidos en las áreas de juego. Y es que, en Las Vegas, estaba permitido fumar dentro de los hoteles, aunque, eso sí, los sistemas de ventilación eran tan sofisticados que el humo nunca molestaba a los demás. Volvió a la entrada del ascensor por donde había salido y observó el pasadizo que conectaba el Horseshoe con el hotel París. Se

aproximó a una de las barras más cercanas del hotel, simplemente buscando un trago para pensar con claridad antes de retirarse a dormir. Al acercarse, el camarero le atendió. Tomó asiento en un taburete y apoyó los brazos en la barra acolchada. Era una barra circular, desde la que se podían observar las salas de juego y las mesas, sin ningún atisbo de glamour, parecida a beber en un centro comercial. Pidió una cerveza Modelo, como las que había visto antes y pagó once dólares por ella.

—Carajo... —pensó al efectuar el pago. Frente a él, había una máquina de black-jack integrada en la misma barra.

—¿Es que aquí no descansan? —se preguntó antes de tomar una aspirina y darle un trago a la cerveza. Era la primera vez que la probaba y le resultó agradable, ligera como una Corona, aunque muy distinta a las cervezas españolas, que poseen un poco más de cuerpo, reflexionó. Pasó varios minutos solo, observando la seguridad del hotel. El lugar estaba plagado de cámaras, tal y como mostraba la película «Casino» de Robert De Niro, una representación bastante acertada. Los crupieres y los camareros mostraban los billetes a una cámara al recibir propinas. En esa colosal fábrica de dinero, todo estaba bajo vigilancia. Pensó que el casino estaba diseñado para ganar, vendiendo la ilusión de que también otros podrían hacerlo.

«Vender la esperanza de que David pueda derrotar a Goliat», se dijo y tomó un sorbo de la botella.

De repente, alguien se acercó por el otro lado y ocupó el espacio vacío.

Maldonado giró el taburete y entonces lo reconoció.

Era aquel detective mexicano, cuya presencia le resultaba sospechosa.

—Disfrutando a lo grande, ¿eh? —le dijo, pagando por una cerveza similar—. Salud.

—¿Me has estado siguiendo?

—No, carnal. Nadie me ha pagado para ello... de momento.

—No me digas que estamos en el mismo hotel.

El individuo se encogió de hombros y tomó un sorbo de su bebida, mostrando indiferencia ante la actitud del detective. En ese contexto, su origen español no representaba ninguna amenaza.

—Pues, no voy a decírtelo.

—¿Es tu primera visita?

—¿A este lugar? Oh, no, en absoluto. Es prácticamente como mi segunda residencia.

—¿Quién desearía residir en un sitio así?

—Me refiero a que recibo bastantes encargos para venir aquí. Este... sabes, casos de hombres que desconfían de sus esposas, mujeres que desconfían de sus maridos... es bastante común. No

es que paguen mucho, pero alcanza para cubrir los gastos y alojarme en un hotel como este. Luego, consigo algo de lana extra en las mesas de black-jack.

—Entiendo. —Maldonado lo observó, ponderando sus palabras. La verdad es que no le vendría mal alguien que conociera bien la ciudad, pero pensó que sus finanzas no contemplaban gastos extra, y dudaba poder asumir tal inversión. Dada su experiencia, todo parecía excesivamente caro. Sin embargo, no podía esperar a recibir un envío de dinero del hijo de Laureano. Para cuando este llegase, habría perdido demasiado tiempo.

—¿A qué te dedicas? No me vengas con eso de las pinches vacaciones, porque no te creo, madrileño.

—Estoy buscando a alguien, a un amigo para ser exactos.

—¿Y dónde se encuentra?

—Eso es lo que intento descubrir. Su hijo me ha pedido que lo localice.

El mexicano levantó una ceja, escrutando su mirada.

—¿Otro investigador privado?

—Detective, más bien. ¿Cuáles son tus tarifas?

—¿Vas a igualarme los precios?

—No es mi intención.

González lo miró durante unos instantes y luego desvió la vista hacia su bebida, jugueteando con el papel dorado que rodeaba el cuello de la botella.

—Mis tarifas son elevadas. Dudo que puedas costearlas.

—Por eso tratas de complementar tus ingresos en el juego. Vamos, no me tomes el pelo... No me vengas con excusas.

—Tendría que saber más sobre ese amigo tuyo.

—No te estoy pidiendo que lo encuentres y tampoco has respondido a mi pregunta.

—¿Está muerto? Tu amigo.

—No lo sé. Espero que no... pero podría estarlo, si no lo encuentro pronto —respondió y luego notó al camarero que los había atendido observándolos discretamente. Al cruzar miradas, Maldonado lo sorprendió—. ¿Todo bien, amigo?

—Yes, sir.

«Yes, sir. Qué ironía». Obviamente, aquel hombre estaba habituado a oír conversaciones ajenas sin implicarse, dedujo el detective, consciente del volumen de información que debía almacenar en su memoria y de su nula reacción ante la misma, para evitar problemas. Afortunadamente, su compañero también se percató de ello.

—Oye, madrileño.

—Llámame Maldonado.

—¿Qué te parece si continuamos esta conversación en otro lugar?

—No me parece mala idea.

—Ni a mí. Tengo hambre. No me vendría mal un sándwich con unas papitas fritas y otra chela.

Maldonado asintió, sabiendo que él se haría cargo de la cena.

Salieron del hotel y se enfrentaron a una muchedumbre excitada por divertirse esa noche. El mexicano se movía con soltura entre tanta multitud de gente, pero Maldonado nunca había llevado bien las aglomeraciones. No obstante, en la calle, pasaban inadvertidos como dos boquerones en un banco de peces enorme.

—Esto es Las Vegas —le dijo, bajo el zumbido de la música callejera, los espontáneos disfrazados de Elvis, los rótulos coloridos de neón y las pantallas que iluminaban las fachadas de los edificios—. Un buen sitio para desaparecer, un mal lugar para encontrar a alguien...

—¿A dónde vamos?

—Conozco un lugar más tranquilo y no tan abarrotado —le dijo—. Pero tendrás que caminar un poco.

—No me importa. Me gusta caminar. —El detective se paró frente a un arco del triunfo y divisó una enorme réplica de la Torre Eiffel—. ¿Qué demonios es eso?

—El París, *s'il vous plaît*... Un viaje a Francia, sin duda —respondió con sorna—. Cuéntame más sobre tu amigo.

—No hay mucho que contar, la verdad.

—Entonces, poco puedo ayudarte.

—Todavía no te he dicho en qué puedes ayudarme.

—De detective a detective, Maldonado. Si el cliente miente, mal asunto.

La noche había desplegado su manto sobre Las Vegas, y el Strip brillaba con una intensidad que desafiaba la oscuridad, un faro de excesos en medio del desierto. Maldonado, con la determinación grabada en el semblante, avanzaba por la acera, acompañado por el otro, al que

había conocido apenas unas horas antes. Se mostraba reservado. La vida le había enseñado a no fiarse de cualquiera y, mucho menos, de un detective privado.

—Dicen que esta ciudad nunca duerme —comentó González. Su voz apenas audible sobre el estruendo de música y risas que escapaban de los casinos cercanos.

Maldonado asintió, observando el desfile de luces, los rostros de los transeúntes iluminados intermitentemente.

—Ni parece que descanse. Todos vienen a buscar algo... y pocos lo encuentran.

La conversación fluyó entre observaciones y anécdotas de Las Vegas, cada comentario de González iba cargado con un optimismo cauteloso, contrastando con la visión más escéptica de Maldonado.

—Piensas hablarme de qué le pasó a tu amigo, ¿o ya no es un amigo, sino un cliente? —indagó, con una curiosidad picada por el aura de misterio que rodeaba a su nuevo conocido.

—Eres rápido, Speedy —admitió Maldonado. Su mirada estaba perdida por un momento en el torrente de luces del Strip—. Es una larga historia. Hay deudas que saldar, cuentas pendientes con el pasado.

—Vaya. Eso se pone interesante.

—Sinceramente, no le encuentro ningún interés, pero es lo que debo hacer.

Un grupo de turistas ebrios casi los empujó al pasar, sumergidos en su propia euforia. Maldonado frunció el ceño, molesto, pero el otro simplemente los esquivó, acostumbrado al caos inherente de las calles de Las Vegas.

—¿Crees que encontrarás lo que buscas? —le preguntó con tono ligero, pero la duda iba cargada de un peso significativo—. Hay que estar muy seguro para hacer un viaje tan largo.

—Di mi palabra de que lo haría. Es lo que me queda —respondió. Su voz manifestaba una resolución férrea. La noche les envolvía, las sombras jugueteando a sus pies mientras el bullicio del Strip parecía juzgar su paso. Cruzaron la avenida hasta el final y Maldonado se fijó en el enorme Planet Hollywood que tenía delante. Para él, todos esos nombres eran resquicios del pasado que apenas recordaba. Lo cierto era que, a pesar de ser la capital del país, a Madrid, nada de eso había llegado. Y deseó que así fuera, por mucho tiempo, reflexionó cuando vio una larga cola de personas esperaba su turno para comprar pollo frito en un Chick-fil-A.

—¿Es esto una visita guiada? Porque no pienso darte propina.

—Cálmate... —dijo, sonriente, sin dejar de caminar—. Estamos ya.

El extraño detective lo llevó hasta el local contiguo al del pollo frito. El Pin-Up Pizza era otro de los muchos restaurantes de comida rápida que se encontraban a pie de calle. La imagen de la

empresa era la cantante Katy Perry, tanto en rubia como en morena. Entraron en el sitio, que conectaba con el casino que había dentro, y buscaron un lugar pegado al cristal que daba a la calle. Al sabueso no le agradaba demasiado la idea, pues detestaba la comida basura, pero pensó que podía hacer una excepción y que le vendría bien comer algo antes de irse a la cama. Pidieron dos porciones de pizza para llevar, una de pepperoni y otra de pollo y champiñones, y dos cervezas Corona Extra. Maldonado se encargó de la cuenta y los dos hombres se sentaron frente al cristal, alejados del tránsito.

—Aquí todo es grande, por lo que veo —comentó el detective al observar la porción de pizza.

—Hay que alimentar esas panzas...

—Entonces, ¿me vas a ayudar?

—Necesito saber más del asunto. No eres, precisamente, un libro abierto.

—Ya te he dicho que mi trabajo no es el tuyo. Me vendría bien alguien que se maneje por estos lares. Yo me encargaré de encontrar a mi amigo.

—Y a mí me vendría bien saber que no me vas a meter entre barrotes.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—No soy un gringo.

—Es un comienzo. Pero eres mexicano.

—No mames. Y tú eres español.

—Quid pro quo —dijo y los dos rieron—. En eso, te doy la razón...

Entonces, González cambió el tono y sus ojos se fijaron en la gente que caminaba en el exterior. Allí dentro, era como si no existieran.

—Fui inspector de policía en Tijuana durante quince años —le explicó—. Primero, en la frontera de San Ysidro, después en la ciudad. Pero, ya sabes... Trabajas para los gringos con sueldo de mexicano. No compensa...

—¿Así que... lo dejaste?

—Más o menos. Decidí probar en San Diego como investigador privado, pero no funcionó. Me salían encargos, sobrevivía, hasta que me enamoré... y terminé en Los Ángeles, sin lana, sin departamento. Me tuve que reinventar.

—Conozco esa historia. El amor es traicionero y puede sacar lo peor de nosotros.

—El amor es ciego, pero los vecinos no. Yo me creí ser alguien que no era.

—¿Cómo has logrado aguantar todo este tiempo?

—Ah, pues, este... Se me da bien el juego y, por desgracia, hay mucho compatriota que necesita favores, ya sabes... Trabajo, una habitación, un depa, que en aduanas miren a otro lado...

—Sigues teniendo ese lado oscuro.

—¿Quién no? No hago daño a nadie y ayudo a que otra gente busque un futuro mejor. No son grandes cosas.

—Te llevas un tajo.

—La vida es juego, Maldonado —le dijo y dio un sorbo a la cerveza—. Cuando hay una transacción, todos nos jugamos algo. Y ahora mismo estamos en el corazón del juego.

—Uno de los lugares más sórdidos que he visto en mi carrera.

—¿También fuiste policía?

—De nada me sirve engañarte.

—Puedes intentarlo, pero lo supe cuando te vi en Los Ángeles.

—Para qué contarte nada, si lo sabes todo, Speedy.

González sonrió. Sabía que le había buscado las cosquillas y se las había encontrado. Sin embargo, a diferencia del español, se mostraba más resiliente.

—¿Cómo quieres que te ayude?

—No tengo tiempo para aprenderme el mapa de esta ciudad y tengo la sensación de que, contigo, podré encontrar a mi amigo, antes de fundirme todo el dinero.

—Entonces, háblame de él. ¿Cuánto tiempo hace que no tienes noticias suyas?

—Meses, según su familia. Pero, el último registro en el hotel fue de hace unos meses.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Es probable que tu amigo esté muerto —le dijo, sin tapujos—. En esta ciudad, puedes desaparecer unos días, pero, ¿unos meses? Dios no lo quiera.

—Preferiría dejar ese tema a un lado.

—Claro. ¿Sabes qué buscaba aquí?

—No, exactamente —le dijo, dio un bocado a la pizza, que le había sorprendido gratamente, y después le dio un largo trago a la lata de cerveza. Pensó que era el momento de avanzar—. Mira, Laureano fue uno de los mejores inspectores que tuvo Madrid. Se retiró hace años y se divorció, pero tenía la cabeza en su sitio.

—Entiendo. —El otro escuchaba atentamente.

—Ni a su familia ni a mí nos cuadra que viniera a Las Vegas a causa de una sinrazón.

—¿Por qué no? Las personas somos seres curiosos...

—No me digas eso ahora —dijo y señaló al cristal—. Es evidente que esto no está hecho para los mediterráneos...

—Te sorprendería lo rápido que te acostumbrarías a esto. Date unos días.

«Espero haber regresado antes a mi hábitat».

—Otro de los motivos que me hace sospechar, es que Laureano intentó no dejar rastro. No tengo mucha evidencia, además de un vuelo a Los Ángeles, una postal de Las Vegas y un pago con tarjeta.

—Según tus pesquisas, es obvio que algo le trajo hasta aquí.

—A su hijo le envió una postal —le dijo y sacó la tarjeta del interior de su Barbour para mostrársela. González la leyó—. Rascando un poco, he descubierto que conocía a alguien del FBI.

—¡Eh! No manches —dijo y le dio la tarjeta de vuelta—. Las cosas con el buró son otro asunto.

—¿Conoces a alguien ahí dentro?

El otro negó con la cabeza.

—Lo mío son asuntos de menor dimensión. El FBI es un tema serio. ¿Qué relación tiene tu amigo con los federales?

—Una colaboración de hace muchos años. Durante una época de España, los americanos estaban metidos hasta en la sopa.

—¿Y ya no? No me fastidies...

—Tengo un nombre, González. Y ese nombre está en Las Vegas.

—Caray. Eres terco como un mulo. No pienso acompañarte a la oficina, pero se me ha ocurrido algo con lo que ayudarte...

—Algo es algo. Te escucho.

—¿Dices que se hospedó en el Horseshoe?

—Así es...

—Está bien. Haré unas preguntas. No te prometo buenas noticias.

—Cuento con ello. Solo quiero saber qué ha pasado con Laureano.

El tipo lo observó desde su posición y encontró el brillo en los ojos del detective, provocado por el reflejo de las luces del exterior.

—Este... Le tenías aprecio, ¿verdad?

—Le hice una promesa que jamás pensé que tendría que cumplir. Eso es todo. Él habría hecho lo mismo por mí.

—Ya... No sé por qué, las personas tendemos a creer que los otros harían lo mismo por nosotros.

—Normalmente, lo mejor es no esperar nada. Pero este caso es diferente.

—Ya veo. Te vas a meter en un buen lío, madrileño, como te agarren de las pelotas...

—Y tú conmigo, ¿verdad?

—Todavía no he dicho que sí.

—Ni que no.

Sábado.

Día 1.

La televisión lo despertó y, cuando abrió los ojos, todavía era de noche. Tal y como había pronosticado, su cuerpo aún no se ajustaba al cambio de horario. Comprobó la hora en el teléfono móvil y leyó que eran las cinco de la mañana.

«Al menos, has dormido seis horas», se dijo. Desde la cama, podía observar el espectáculo de luces que había al otro lado. Era cierto que la ciudad no descansaba, que aquel lugar era una fiesta continua. Pensar en ello, se le hacía cuesta arriba. No podía dejarse seducir por el ocio que lo llamaba todo el tiempo y sabía que era difícil resistirse en un entorno tan hostil como ese. Al fin y al cabo, es el entorno el que cambia a las personas y no las personas quienes cambian por sí solas. Salió de la cama con un ligero dolor de cabeza y fue directo a la ducha. Después, ingirió una aspirina y se vistió para comenzar el día. Pensó en González y en si estaría despierto. No estaba del todo convencido de que el mexicano le fuera de ayuda, pero había conseguido encontrar un aliado en esa jungla de perversión. El sabueso tenía la experiencia suficiente como para saber qué contarle y la intuición necesaria para creer en su palabra. Después de todo, el otro también tenía una parte que perder, si permanecía mucho tiempo a su lado. La noche anterior habían intercambiado los números tras la improvisada cena, aunque sólo se podía comunicar con él a través de la aplicación de mensajería y siempre y cuando tuviera conexión a Internet. Por desgracia, Maldonado desconfiaba de la seguridad de la red del casino. Si había algo que echaba de menos en ese lugar, eran las cabinas telefónicas que tantas veces había visto en las películas y que resultaban tan útiles en momentos como aquel. Estas habían desaparecido del país como

muchas otras cosas de las décadas anteriores. Sin embargo, le pareció extraño echar de menos algo que no había visto en su vida.

El compañero confirmó verse en el Starbucks que había al otro lado del hotel, en los bajos del Westin. Estaba situado en Flamingo Road, la carretera que se observaba desde la ventana. En la bandeja de mensajes, encontró uno de Cristóbal Laureano y varios de Marla y Berlanga.

«¿Te has marchado ya?», le escribió el inspector.

«¿Todo bien por la oficina?», preguntaba Marla.

«¿Alguna novedad? Llámame cuando leas esto. Tu teléfono no funciona», le pedía el cliente.

Dejó a un lado los primeros mensajes y marcó el contacto del último.

—¿Sí?

—Soy yo. ¿Puedes hablar? No sé si es tarde.

—No, son las diez de la noche aquí —dijo y aguardó unos segundos en silencio. El detective intuyó que estaba desplazándose a una habitación más silenciosa—. ¿Has encontrado algo sobre él?

—No llevo ni veinticuatro horas aquí. Te pido un poco de paciencia. ¿Qué ocurre?

—Lo siento, son los nervios. ¿Alguna novedad?

—Sí. Voy a necesitar más dinero.

—¿Más? Si acabas de llegar...

—Este sitio es caro y produce gastos.

—Como quieras. ¿Cuánto?

—Cinco mil será suficiente, por el momento. Por casualidad, ¿era la primera vez que tu padre viajaba a los Estados Unidos?

—Creo que sí.

«¿Crees?».

—Te dejo. Tengo que ponerme en marcha. Te avisaré en cuanto tenga algo.

Colgó antes de que el otro respondiera, cogió el abrigo, comprobó que llevaba la misteriosa llave encima y dio un último vistazo para no olvidar nada.

Estaba decidido a sumergirse por completo en el caso.

Abandonó la habitación y se dirigió hacia los ascensores. Cruzó los pasajes subterráneos en dirección a la franquicia de café, pero se detuvo frente a un Johnny Rockets, una cadena de comida rápida, que funcionaba a pleno rendimiento a las siete de la mañana. Quedó perplejo al ver a la gente desayunando pizza o hamburguesas a esa hora, mientras que su cuerpo de detective solo toleraba líquidos.

A la salida del edificio, el sol golpeaba con fuerza en una mañana helada, trayendo consigo el aire del desierto. Aunque el cielo estaba despejado, el frío era notable en su cuerpo. Pensó que era el momento ideal para presionar al personal del hotel y obtener información antes de que llegara la noche. Para entonces, la seguridad aumentaría y el descontrol les impediría trabajar con normalidad. Al cruzar la amplia carretera, pasó frente a una licorería antigua, empapelada con anuncios de bebidas, donde ofrecían Budweiser por un dólar y combos de perritos calientes y cerveza por tres.

«No está mal para empezar el día».

El interior del Westin tenía un ambiente más relajado, quizás por la ausencia de un casino y la clase de personal que albergaba. Aquel parecía más un hotel destinado a los asistentes de los congresos que se celebraban en la ciudad. De lo contrario, Maldonado no entendía por qué alguien visitaría Las Vegas, si no era para jugar o hacer contactos. Encontró al detective sentado en un taburete, vestido con una camisa colorida y mal planchada, similar a la del día anterior, y con su chaqueta de cuero. Estaba apoyado en una mesa alta, mientras tomaba un café aguado como los que solía comprar para Marla. Lo saludó con un gesto, hizo cola para un café americano y se acercó a la mesa.

—¿Por qué aquí? Esto es lo menos parecido a un bar.

—Pero es más discreto —le contestó el otro—. Las cámaras pertenecen a este hotel y no al otro. No querrás que nos vean juntos todo el tiempo, ¿no?

Por un momento, el investigador había olvidado ese detalle. Debía estar más alerta.

—¿Crees que se fijarán en nosotros? Venga, hombre...

—Se nota que no conoces cómo funcionan los gringos.

—No... —dijo y pensó en esos tipos desayunando pizza que había visto antes.

—¿Descansaste?

—Lo justo para seguir cansado y lo suficiente para estar despierto —respondió el detective, esperando que la cafeína comenzara a hacer efecto—. Por cierto, soy un hombre de palabra y te daré un adelanto. Tan solo, necesito unas horas...

—¿Qué?

—Sí, no te hagas el bobo. Hablo de dinero. Quiero tratar este asunto con seriedad, desde ambas partes.

El otro le hizo un ademán con la mano.

—Hablaremos de eso más tarde, ¿sí? —dijo y se acercó a él, arrimando los hombros—. Esta mañana haremos una visita a las señoras de la limpieza del hotel.

—¿Y eso? —le preguntó y leyó su mirada—. Déjame adivinar, no has dormido nada.

—Padezco insomnio. Mientras unos duermen, otros vigilamos.

—Ya. ¿Qué has averiguado?

—Conozco a alguien que trabaja en el hotel, así que pregunté por tu amigo.

—Es un hotel gigante.

—Sí, pero hay un registro de habitaciones. No es tan complicado.

—¿Y bien?

—Las dos empleadas que limpiaron su habitación, hoy cubren el turno de mañana. Fácil, ¿no?

Maldonado se sintió asombrado y abrumado a partes iguales. Para él, no era nada fácil, como dejaba ver el otro. Calculó que por allí pasaban decenas de miles de personas a diario. Pero no tenía nada que perder.

—Gracias, supongo.

—No me las des. No me debes nada... todavía.

«Supongo que te lo deberé más tarde».

Regresaron al Horseshoe y fueron directo a los ascensores. En su segundo día, la cabeza de Maldonado seguía absorbiendo con reticencia el entorno. Se sentía extraño, en un lugar que no era el suyo y en un hábitat cambiado. Le costaba digerir que toda esa gente pasaba horas en el interior de los casinos, bajo los focos de luz artificial y con la sensación de que vivían en una noche eterna. Pero, en el fondo, era lo que buscaban, pensó, al ver las caras, sedadas, frente a la máquina de juego, probando, una y otra vez, a la espera de un golpe de fortuna.

—Si alguna vez vas a tirar el dinero, hazlo jugando a las cartas —le dijo González, mientras las puertas se cerraban—. Es el único juego en el que puedes ganar.

—Gracias por el consejo. No es la primera vez que piso un casino y sé que, a la larga, nunca ganas.

—Pero sí la primera que pisas Las Vegas.

Aguardaron unos segundos en silencio hasta que llegaron a la planta décima. Al salir, de nuevo sintieron el frío de la climatización.

—¿Por qué carajo hace tanto frío aquí dentro? —preguntó el detective, confundido.

—Piénsalo. Si hace calor, se amodoran y se van al hotel. Por lo tanto, no juegan, no gastan y el casino pierde dinero —le explicó, a la vez que cruzaban un pasillo de moqueta de color rojo, idéntico al que había en su planta—. Este lugar está diseñado para el consumo. Tienes máquinas expendedoras en todas partes y nada está elegido al azar.

La lógica lo convenció y siguió los pasos del otro, que se asomaba por las habitaciones, en busca de la persona que les daría información sobre Laureano. Cuando llegaron al final del pasillo, oyeron voces de mujeres hablando en español. Maldonado esperó atrás y puso atención a lo que decían. No se molestaban en bajar el tono y hablaban con total normalidad entre ellas.

«Es probable que piensen que nadie las va a entender», sospechó.

—Hola... —saludó González, con cierto jugueteo—. ¿Está por aquí Esmeralda?

Las voces se callaron. Maldonado, que esperaba pegado a la pared, no podía ver lo que sucedía dentro.

—No, señor.

—Órale, señoritas. No les voy a buscar un problema.

Desde el exterior, el detective oyó el chasquido de un cerrojo, pero este procedía de otra habitación.

—Lo siento, señor. No hay ninguna Esmeralda...

De pronto, algo se tensó en el ambiente. Toda la cordialidad y guasa de González, tiñó el aire de un tono oscuro. De reojo, miró a Maldonado para que entrara, pues estaba dispuesto a cerrar la puerta. Pero este había percibido algo por su parte. Le hizo un gesto de silencio para que aguantara y retrocedió unos pasos. González, con su corpulencia, entornó la puerta.

—Miren, no me gusta que me engañen... —dijo y encendió el aspirador para que el ruido tapara la conversación. En ese momento, Maldonado notó que un bulto se escurría por la moqueta de la habitación contigua. Se giró con rapidez, entró en la estancia y dio un vistazo al dormitorio desde el pasillo, pero estaba vacía. Entonces, la puerta se abrió y una mujer lo golpeó con un secador de pelo en la cara. El impacto lo sorprendió, pero no fue suficiente para que escapara. Retrocedió con torpeza y se golpeó con el armario. La mujer dio una zancada para salir del cuarto, aun así, él la agarró por el brazo y la tiró hacia dentro.

—¡No te voy a hacer nada, joder! —le exclamó, pero ella se resistió e intentó golpearlo por segunda vez. En ese momento, la asió de la muñeca y la inmovilizó.

—Yo no he hecho nada, suélteme...

—Si no has hecho nada, ¿por qué huyes, Esmeralda?

Las tres mujeres del servicio de limpieza del hotel estaban sentadas sobre una de las enormes camas de la habitación. De pie, Maldonado y González mantenían una distancia prudente para que no intentaran atacarles. No era la manera en la que le gustaba hacer las cosas, y menos, en un país como ese, pero supuso que ya no había vuelta atrás para remendar los errores. En otras circunstancias, esas mujeres habrían gritado o dado un aviso para que las socorrieran. Por desgracia, el hotel estaba lleno de cámaras y los dos detectives eran conscientes de que no tardarían mucho tiempo en enviar a alguien del equipo de seguridad.

—Mirad, no queremos nada de vosotras —dijo Maldonado—. No os haremos daño, pero responded a las preguntas.

—¿Tú, quién demonios eres? —preguntó una de ellas.

—¿No lo ves? —respondió otra—. Otro español...

—¿Otro?

Esmeralda, que era la más joven de las tres, permanecía callada, pero sus ojos decían más que las otras dos.

—Tú. ¿Qué sabes del español? —le preguntó Maldonado.

—Yo no sé nada.

González resopló furioso.

—Órale, señorita. No querrá que converse con los federales para que deporten a sus hermanas.

Los ojos de la mujer se encendieron.

—¡Tenemos los documentos!

—Nosotras no hemos hecho nada —dijo una de las mujeres.

—Mentir es un pecado —respondió Maldonado y se dirigió a la que le había golpeado—. Escucha, no sé qué escondes, pero más vale que nos lo cuentes. Estoy buscando a un hombre español que estuvo en este hotel y tú limpiaste su habitación. No sé dónde está ni en qué problema se ha metido, pero te juro que haré todo lo que esté en mi mano por sacarte...

Antes de que terminara con las amenazas, ella negó con la cabeza, atemorizada, y habló.

—Yo no lo vi, ¿vale? Tan solo limpié su habitación.

—¿Cómo sabes que era él?

—¡Porque usted lo dice!

González se acercó a ella y la agarró del morro.

—No me provoques, niñita —le dijo y la soltó—. Puedo encontrar a tu mamá y convertirla en condimento para los taquitos. ¡¿De qué lo conocías?, demonios!

La mujer miró a sus compañeras. Maldonado apreció su valentía. La mujer aguantaba el sollozo.

—Si hablo, me matarán.

—Que no, maldita sea, no vamos a hacerte daño...

—No me refiero a ustedes... —dijo y se puso en pie. González se colocó en posición de alerta, pero el detective le indicó que se relajara. La mujer se acercó al carro y buscó en un compartimento. De él sacó un neceser de aseo que abrió ante sus ojos. Del interior sacó un reloj y se lo mostró—. Este es el reloj del hombre que busca, ¿verdad?

Maldonado lo cogió y lo observó de cerca. Sin duda, era el Oyster Perpetual de Laureano. Lo reconoció al instante, por el color de la corona y por haberlo visto tantas veces en su muñeca. Era uno de esos detalles que lo hacían diferente al resto. Le dio la vuelta y se aseguró de que era el original, al leer el grabado que había en el interior.

«Veritas Temporis», leyó y miró a la mujer, que estaba aterrorizada.

—¿Por qué te jugaste el puesto para robar este reloj? —le preguntó—. No te iban a dar más de mil dólares por él.

—¿Y si el propietario llega a reclamarlo? —le preguntó González.

Ella los miró en silencio.

—Nadie lo iba a reclamar.

Maldonado sintió un pálpito.

—¿Por qué dices eso?

—Porque nadie lo ha reclamado... —respondió y desvió la mirada. No iba a contarles más. Se fijó en el reloj y comprobó que las agujas se habían detenido. Por desgracia, el tiempo seguía

corriendo para ellos.

—¿Encontraste algo más en la habitación?

—No... —respondió, consciente de que ellos no se creían la mentira.

González miró a su compañero. Sin esperarlo, una de las mujeres se abalanzó sobre el neceser de Esmeralda y se lo quitó de las manos. Entre ellas ocurrió un forcejeo.

—¿Qué haces? ¡Dámelo! —exclamó la empleada.

Tras una trifulca, la otra consiguió sacar una ficha de casino y se la dio a González.

—¡No, es mía!

—¿No ves que nos van a hacer daño? ¡Si no ellos, el otro!

González la observó y se la entregó al detective. Era una ficha del Venetian, con valor de dos mil dólares. Nada que llamara la atención, si no fuera por una marca que había en ella. El oído afinado del detective sintió el sonido de los ascensores y unos pasos que se acercaban a ellos.

Algo le decía que debían salir de allí.

—Nos vamos. Y nos llevamos esto.

—Hazle caso a tu amiga y ni una palabra a nadie —les dijo González, acompañando la amenaza con un gesto. Salieron de la habitación y notaron que unos tipos hablaban en inglés por radio y luego hablaban entre ellos.

Maldonado le hizo una señal al compañero para separarse. De repente, notó un calor incómodo en el cuerpo. No llevaba ni un día allí y ya estaba metiéndose en líos.

Respiró hondo y vació los pulmones.

Los dos caminaron por un pasillo de moqueta que se separaba en dos direcciones.

—Te veré abajo.

El detective siguió recto y el otro se desvió hacia la izquierda. Maldonado oyó las voces de un desconocido que hablaba con las limpiadoras, pero no entendía qué les decía. Siguió avanzando, sin la certeza de que el pasillo lo llevara a alguna parte.

A la altura del final del corredor, advirtió que alguien se acercaba a su sombra.

—Excusme, sir... —le dijo la voz masculina desde atrás.

No se atrevió a mirar para que no reconociera su rostro.

Maldonado giró y echó a correr. Todo volvía a ser igual que en el pasillo anterior, a excepción de unas puertas amplias que escondían alguna clase de generador. La puerta estaba abierta y encontró un laberinto de escaleras de emergencia que bajaban hasta la primera planta.

—Oh, mierda... —lamentó al pensar en las diez alturas que debía recorrer. Miró hacia arriba y vio cómo los peldaños se perdían en lo infinito. Corrió hacia abajo, saltando los peldaños, hasta

que oyó que el otro lo seguía. Diez plantas, eran muchas, pensó, calculando que, tarde o temprano, podía alcanzarlo. Por suerte, estaba fuera de su campo de visión, al menos, por unos segundos. Si era lo bastante rápido, podría darle esquinazo en alguna de las salidas adyacentes a los pasillos. Esperó que González hubiese corrido mejor suerte que la suya.

Bajó a toda prisa, pero empezó a fatigarse antes de tiempo. El cansancio provocó que el otro recortara la distancia. Dado que no podría alejarse mucho de él, optó por esperarlo abajo, creyendo que podría sorprenderlo y aventajarlo, mientras el otro estaba bajando escalones. Se giró y lo vio de frente. Era corpulento, aunque no mucho más grande que él, y llevaba un traje negro con una camisa del mismo color. No parecía un empleado de seguridad, aunque allí desconocía cuáles eran los códigos. Tenía el cabello moreno, pero no hablaban el mismo idioma.

Sin cruzar palabra, se abalanzó sobre él de cara, lo agarró de las axilas y lo lanzó al suelo. El tipo advirtió el movimiento y le respondió sujetándose a él. Los dos cayeron al suelo, pero el americano no vaciló a la hora de asestarle un puñetazo desde el suelo. El detective vio las estrellas y cayó aturdido hacia un lado. Entonces, el otro se puso en pie y se colocó de rodillas para sentenciarlo.

«No te confíes demasiado», pensó el detective y le respondió con una patada en la entrepierna desde el suelo. El otro retrocedió, retorcido por el dolor. Maldonado se arrastró un poco, para distanciarse, y se sujetó a la barandilla metálica para ponerse en pie. El golpe lo había dejado atontado, pero no era la primera vez que recibía uno así. Por suerte, no le dejaría más que una ligera hinchazón que se iría con una aspirina y un buen trago. Una vez que estuvo en pie, estiró los dedos y apretó los puños. El contrincante se había recuperado.

—You prick... —le dijo—. You fucked it up.

—Creo que eso lo he entendido... —le respondió y vio cómo sacaba una navaja de su bolsillo, como por arte de magia. Eso no era una buena señal. No había manera más triste que la de acabar su carrera en una escalera antiincendios. Maldonado se colocó con los brazos abiertos, recordando lo que había aprendido sobre el cuerpo a cuerpo en la policía. El otro manejaba el puñal con intenciones de atacarle. El detective esquivó con gracia la primera puñalada, pero la distancia entre ellos era reducida.

—Olé... —comentó con el fin de ponerlo nervioso. Sin embargo, el americano contenía más furia que nervios.

—I'm gonna whack you, man.

—Of course, my friend. —No entendió qué decía, pero no tenía buenas intenciones. El segundo ataque le alcanzó la manga del Barbour, pero no llegó a tocarle el brazo. No obstante, lo

tenía arrinconado en un extremo.

Cuando vio que le había cortado la manga, se enfadó.

—Maldito, cabronazo. Esto te saldrá caro.

El atacante levantó la mano por enésima vez, con intención de herirlo, pero la puerta de emergencia se abrió de manera inesperada. La sacudida barrió al tipo y lo desplazó hacia las escaleras. De pronto, González entró en escena, sin saber qué ocurría. Maldonado le lanzó una mirada para que se preocupara por el otro, que retrocedía hacia la barandilla.

—¡No dejes que escape!

El compañero lo arrinconó y el otro siguió retrocediendo. El detective se acercó por el otro extremo. En un intento desesperado, el extraño intentó atacar a González, pero este logró sujetarlo por el brazo y lo desarmó. Después, le pateó el estómago de tal modo, que el hombre salió despedido hacia atrás, se golpeó con la barandilla de metal y acabó rodando por las escaleras hasta quedar inconsciente en el suelo.

—Demonios... —murmuró el detective y los dos se quedaron en silencio—. ¿Lo has matado?

—En todo caso, ha sido cosa suya.

—Te lo preguntaré de otro modo. ¿Crees que está vivo?

—Por el aspecto de su cuello, no... pero no voy a bajar a comprobarlo.

—En ese caso, será mejor que salgamos cagando leches de aquí.

La pareja salió apresurada del hotel, por la salida que daba hacia Flamingo Road. El primer día había comenzado con emociones fuertes, pensó el detective al reflexionar sobre lo sucedido. Cruzaron la carretera y se dirigieron hacia la parte trasera del famoso hotel Flamingo, en busca de un lugar donde poder pensar con tranquilidad.

—Debemos ser más precavidos con lo que hacemos... —le reprochó Maldonado su actitud—. No nos hemos buscado un lío, de milagro.

—¿En serio? Casi te quedas sin posibilidad de contarlo.

—Gracias, pero me refería a lo de esas mujeres.

—No me vengas ahora con cuentos de caballerosidad, Julio Iglesias. Hice lo que tú no te atreviste a hacer.

—No tenías por qué intimidarlas de esa manera.

—Entonces, no habrías conseguido la información. Esas tipas son más duras que el acero.

—¿Cómo sabías lo de las hermanas?

El otro lo miró de reojo.

—Todas tienen una hermana, una prima, un hijo... En este país, puedes trabajar sin documentos, de manera clandestina. Nadie te va a parar por la calle para pedírtelos, no es legal. Sin embargo, pueden ir a buscarte. Entonces te patean el trasero y te mandan a la chingada. Por eso, no sueltan ni papa con los federales.

—Un poco descarado por tu parte. Deberías contenerte un poco.

—Y tú deberías ser menos blando.

—¿Blando, yo?

—No le tengas miedo a los gringos, a menos que te apunten con un arma. En ese caso, echa a correr...

—No me llames blando.

—Entonces, no juzgues mi manera de proceder. Es mi trabajo y ahora tú eres mi cliente —explicó González y sonrió levemente—. Si no te gusta, puedes buscarte otra compañía, pero no me digas cómo hacer mi trabajo.

—En eso te doy la razón.

—¿Qué pasa con el reloj?

—Es el de Laureano. No tengo duda de ello. La inscripción lo demuestra. Me dijo que algún día lo heredaría su hijo...

—¿Qué pasa en España? ¿Tan buenos son los salarios?

El detective entendía cuál era su curiosidad. De hecho, Laureano era el único inspector de policía que había conocido con un Rolex en la muñeca. Lo había comprado de segunda mano, según decía, aunque todos sospechaban que había sido extraído de una redada. Nunca reclamó nadie por él, pero lo cierto era que el famoso reloj había dado que hablar en los pasillos de la comisaría. Por supuesto, era una historia que se iba a guardar para él.

—No te confundas. Lo compró usado. Esa es la verdad.

—¿Y la inscripción? ¿Significa algo para ti?

—Veritas Temporis. El tiempo dará la verdad. Laureano tenía una pequeña obsesión con la justicia.

—Comprendo —dijo, y llegaron a una plaza llena de gente, a las espaldas del hotel casino. González sugirió que llenar el estómago sería una buena idea. El detective aceptó y se dejó llevar por el ritmo de la ciudad y los horarios cambiados de su cuerpo. Maxie's Deli era lo más parecido a una cafetería española de todo lo que había visto allí. Aun así, distaba mucho de sus preferencias. Entraron en el lugar, que estaba ambientado como uno de los famosos bares de carretera que se veían en las películas. La decoración era austera, con mesas cuadradas de madera, para dos personas, y sillones acolchados pegados a la pared.

El empleado los llevó hasta una de las mesas que había en un extremo, separadas por respaldos de madera que permitían la privacidad entre ellas. González se mostraba acostumbrado a esos ambientes, pero el detective español seguía observando la comida con cierta aspereza. Debía cambiar el chip, pensó, si no quería hacer más profunda su pesadilla. Ni siquiera llevaba un día fuera y ya echaba de menos su caña, sus tapas y sus bocadillos de calamares.

«Dicen que viajar te abre la mente, pero a mí solo me cierra el apetito».

Una vez sentados a la mesa, echó un vistazo al menú, que no le sugería nada especial: panceta, huevos, hamburguesas, tortitas, gofres... Después de decantarse entre unos huevos revueltos y un sándwich club, optó por el generoso emparedado de pavo con patatas fritas para comer y una cerveza Bud Light. El compañero pidió una hamburguesa con un filete de pollo frito.

El camarero tomó nota y se alejó de la mesa.

—Este viaje me va a costar una úlcera.

—Tómalo con calma. Aquí las cosas funcionan así.

—Estamos jodidos... —murmuró y sacó la ficha del casino del bolsillo del abrigo. Luego se la mostró—. ¿Qué te dice esto?

—Que tu amigo estuvo apostando fuerte. ¿Una ficha de dos mil? Yo no me atrevo ni siquiera con las de veinte.

Maldonado jugó con ella, moviéndola entre los dedos, mientras pensaba en los motivos de su excompañero por apostar tan fuerte. Laureano no tenía mucho dinero y tampoco era un derrochador, a excepción del reloj, que había sido algo muy puntual. Jamás había tenido vicios y nunca le había confesado ser un amante del juego. Por eso, el descubrimiento de esa ficha le llamó aún más la atención. La observó detenidamente. El camarero sirvió las bebidas.

—Mira. —Maldonado le indicó una marca en el reverso. Parecía que hubiese una señal en la ficha—. ¿Qué significa esto?

—Está marcada.

—Sí, eso también lo he visto.

—Las fichas marcadas no están en circulación.

Maldonado arqueó una ceja.

—¿Crees que es algún tipo de señal para el crupier?

—Quizá. Lo que es evidente es que estuvo jugando en las mesas del Venetian.

—Pero no sabemos a qué.

—Eso deberías saberlo tú... Así que ni lo sabremos. Esas fichas están por todas partes... aunque es probable que lo hiciera jugando a las cartas.

—¿Qué te hace llegar a esa conclusión?

—La gente pierde el dinero rápidamente en la ruleta o en los dados. Ya te lo dije. Hay demasiados ojos mirando, como para que el empleado te haga un favor. Sin embargo, en el blackjack hay turnos, esperas, ya sabes... —dijo y se anticipó a la respuesta del otro—. Pero estás chalado si piensas que vas a dar con la mesa en la que jugó y con el crupier.

—No. No es mi intención. ¿Cómo sabes todo esto?

—Soy muy observador.

—Ya. Yo me chupo el dedo. Veo que tampoco bebes alcohol.

—No tomo, si estoy de servicio.

—Suelo desconfiar de la gente que no bebe de manera regular.

—Lo sé. Tranquilo, no tengo un problema con tomar. En todo caso, lo tienes tú.

—Sí. Tengo muchos problemas. Este no es el más grave de todos...

—Se nota que no trabajaste en una frontera. Y menos en una como la nuestra.

—Se me ocurren sitios peores.

—Te vuelves observador —continuó—, y aprendes a reconocer el miedo y la mentira, sin preguntar.

—No has respondido a la pregunta inicial.

—También aprendes a hacerte el bobo. —Comió y le dio un trago a su refresco—. Que un problema tenga solución, no significa que tengas que ser tú el que lo solucione.

—Ya. —Maldonado se fijó de nuevo en la ficha, intentando averiguar a través de ella qué había pasado con su amigo—. ¿Cuál es la regulación del juego? Ya sabes, la probabilidad de ganar...

—Buen chiste.

—Hablo en serio.

—Está bien. ¿Teóricamente? Por cada dólar que metas, le puedes ganar setenta centavos.

—¿Tanto?

—Es lo que dice la Comisión.

—Pero, a la larga, el casino siempre gana...

—Todos los que llegan a Las Vegas, pierden su dinero. Lo único que los diferencia es cuánto tienen y el tiempo que les lleva perderlo.

—Entiendo. Nosotros no disponemos de mucho.

—¿Dinero?

—Ni tiempo.

—¿Pues? ¿Qué se te ocurre?

—Preguntaremos por Laureano en el Venetian. Será más rápido. No todo el mundo va por ahí con fichas marcadas de dos mil pavos.

—En efecto. Estás más chalado de lo que pensé.

Sirvieron la comida. El sándwich club era, probablemente, el emparedado más largo que había tenido el madrileño delante de sus ojos. Comieron lentamente, disfrutando del bocado. El

encuentro con el atacante los había dejado sin energía, pero aún quedaba mucha jornada por delante.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le preguntó González, al ver el corte en la manga del abrigo.

—Buena pregunta...

—Es evidente que alguien sabe de nuestra presencia.

—Y que no somos de buen recibo.

—Era de esperar.

—No parece preocuparte.

—Nunca he sido de buen recibo para nadie. Ni siquiera cuando trabajaba en la frontera.

—En eso, empatizo contigo.

—Oye, Maldonado... No quiero ser yo quien te lo diga...

—Entonces, no lo hagas.

El otro estiró el semblante y siguió con su hamburguesa.

No quería escucharlo de él. No, hasta que lo viera con sus propios ojos. Las pruebas eran evidentes para sospechar que Laureano estaba muerto, pero no estaba preparado para encajar ese golpe. No, al menos, con el estómago vacío.

Regresaron al hotel Horseshoe con el estómago lleno y después de dar margen suficiente a que el atacante los perdiera de vista. Estaban convencidos de que volverían a aparecer tras ellos. Aquel, solo había sido un aviso, pero no debían preocuparse en exceso. Las Vegas era un laberinto en el que resultaba difícil encontrar a otra persona. La seguridad en los casinos era extrema y no era sencillo atacar a otra persona sin buscarte un buen problema. Lo ocurrido les había servido para no bajar la guardia. Decidieron tomar un respiro y volver a las habitaciones para descansar un poco. Maldonado necesitaba hacer unas llamadas y González iba a trabajar con su ordenador. Se reunirían en una hora en el vestíbulo del hotel, junto a los ascensores. Después, acordaron que visitarían el Venetian, en busca de una pista que aclarara lo sucedido con Laureano allí. Se despidieron en el ascensor y el detective siguió su camino. Una vez que entró en la habitación, se aseguró de cerrar con el pasador y comprobó que la estancia era un lugar seguro.

Dejó el abrigo y entró en el cuarto de baño para mirarse en el espejo. Ahora que se había enfriado el golpe, el dolor comenzaba a remitir. Por suerte, no tenía nada roto, aunque le dolía la mandíbula un horror. Se lavó la cara con agua fría y después se tomó una aspirina. Luego se tumbó en la cama, pensando que el descanso le ayudaría. A través de la ventana, el cielo de la ciudad comenzaba a oscurecer. Pronto, sería de noche y las luces alumbrarían toda la ciudad y

una porción del desierto. Se sentía parte de una ilusión, de una película barata de sabuesos, pero lo cierto era que no podía dejar de pensar en la posible muerte de su amigo. Comprobó el reloj y calculó que sería de madrugada en España. Todavía era pronto para llamar al hijo de Laureano, y no por la hora, sino porque no tenía pruebas. Si era cierto que su padre había muerto, su trabajo habría terminado allí. Era lo más inteligente, se dijo. Sin embargo, aún albergaba cierta esperanza por encontrarlo con vida. ¿La razón? Seguía sin encontrarla, pero, de lo contrario, la policía se habría puesto en contacto con la embajada para trasladar el cadáver de vuelta a casa.

Se quedó dormido unos minutos, relajado en la enorme cama, sumido en un mar de pensamientos sobre lo ocurrido en las últimas horas, hasta que alguien llamó a la puerta. Cuando abrió los ojos, era otra vez de noche en Las Vegas y las luces resplandecían en la habitación.

Aturdido, esperó unos segundos a que la persona se olvidara.

¿Quién iba a llamar a mi habitación?, se preguntó, intrigado.

Descalzo, bajó del colchón y buscó con la mirada algo con lo que defenderse. En el armario de la habitación había una plancha. No era lo más manejable, pero suficiente como para golpear a alguien y no darle una segunda oportunidad. La tomó y la sujetó por la empuñadura, ocultándola en la espalda. Acto seguido, se acercó a la puerta y comprobó por la mirilla si había alguien al otro lado.

«Oh, demonios», lamentó al ver a los dos hombres que había detrás.

Por su aspecto, no parecían pertenecer al personal del hotel. Vestían chaquetas de cuero y tenían una mirada afilada, con cara de pocos amigos. No era una visita cordial y no tardó ni un segundo en reconocer la cara del tipo que estaba al frente.

El hombre volvió a tocar a la puerta. Maldonado dejó la plancha en el armario y se dispuso a abrir. Sin González, no tenía ni idea de cómo iba a desenvolverse.

Al abrir, los ojos de los dos tipos se clavaron en él.

—¿Señor Maldonado? —le preguntó el que había tocado.

—¿Eh?

—Por favor, ¿podemos pasar? —La pregunta fue una formalidad, pues los dos hombres se abrieron paso en la habitación. Sin embargo, le sorprendió que hablara español.

—¿Es esto legal?

—Son precauciones —le explicó y le tendió la mano—. Soy el detective Thomas Hatford del FBI y él es mi compañero, el agente Nowak.

El segundo agente, con fuertes síntomas de calvicie y un bigote que le hacía de otra época, era más corpulento que el primero y llevaba con orgullo su herencia polaca y hablaba lo justo. Cerró la puerta y se dirigió al teléfono del hotel que había sobre el mueble. Desconectó el cable y después pasó la mano por el mueble, el escritorio y las dos mesillas de noche. Maldonado intuyó que iba en busca de micrófonos.

—Ya.

De pronto, el mundo del sabueso se vino abajo. Hatford lo había encontrado a él, y no al revés, y pensó que no era una buena señal. A modo de evitar las explicaciones, buscó la manera de deshacerse de ellos, antes de que descubrieran que estaba trabajando con González para encontrar a su amigo.

—Supongo que sobran las presentaciones. ¿Cómo me han encontrado?

Hatford se quedó mirándolo en silencio. La respuesta era obvia.

—It's clear —dijo el otro agente, al terminar su inspección. No había micrófonos. Al menos, no esa vez, se dijo Maldonado.

—Seré preciso con usted y no me andaré con rodeos. Sé por qué está aquí y a qué ha venido, pero tiene que marcharse.

—Así, sin más, sin una explicación.

—No tengo por qué dársela. Usted no es policía.

—Los dos sabemos eso y también que estoy aquí para encontrar a Laureano, y no crea que es de mi agrado. No he cruzado el Atlántico por placer. La familia me ha pedido buscarlo y no me marcharé hasta que tenga una respuesta. Así que...

—Sé cómo funcionan las cosas en España, por tanto, ahórrese el discurso fácil y barato —le dijo, sin miramientos—. Usted no es un héroe y está aquí porque le han pagado bien para hacerlo. Precisamente, por eso, le pido que regrese a Madrid y que le explique a la familia que no ha podido completar su caso. Lo entenderán.

—¿Lo entenderán? En mi mundo, las cosas no funcionan así —respondió y se rio con desprecio. Recordó las palabras de González sobre los gringos. No estaba en posición de buscarse un problema con los federales, pero ese detective le estaba buscando las cosquillas—. Escuche, Harrison...

—Hatford. Llámeme detective Hatford.

—No es el único que conocía a Antonio, «detective Hatford» —le dijo, con retintín—. Trabajé con él durante años y, si estoy aquí, es porque él me lo pidió, en cierto modo.

—En cierto modo.

—Sí, en cierto modo —recalcó al notar cómo el otro se burlaba de él—. ¿Tiene algún problema?

—Ninguno, señor Maldonado, no hace falta que se altere... He escuchado mucho sobre usted, sobre sus tiempos en la policía española y a lo que se dedica ahora...

—Vaya. Pues entonces sabrá que no me gustan los rodeos.

—Eso no es mi problema. También sé que lo echaron de la policía por su actitud desobediente. Pero esto no es España y nosotros somos el FBI.

—Para no conocernos, sabe demasiado. Sinceramente, no me gusta empezar con desventaja.

—Sé cómo actúa y cómo procede, así que intuyo que, si alguien puede tener un problema, en todo caso, es usted.

Al sabueso no le gustó cómo sonaba aquello. Comprobó la hora y recordó que González le estaba esperando abajo. Segundos después, el teléfono comenzó a sonar. Era él.

—¿No atiende la llamada? Parece importante.

Maldonado la cortó. Llegaba tarde, pero no podía deshacerse tan rápido de esos dos. Lamentó que el otro tuviera que esperarlo.

—Escuche, detective. Si quiere que me vaya del país, dígame dónde está el inspector y yo se lo haré saber a la familia. Regresaré a Madrid y seguiré con mi vida. Créame, tengo bastante allí como para perder el tiempo entre casinos.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? No le estoy pidiendo que me lleve a hablar con él, aunque sería lo más natural... Solo quiero la verdad, nada más. Le di mi palabra a su hijo. Si Laureano se ha metido en un problema, debo saberlo. No puedo regresar a Madrid con una sarta de mentiras. No es ético.

Hatford suspiró y puso los brazos en jarra. Después miró a su compañero, que tenía la expresión de no entender nada.

—¿El amigo «comprende»? —preguntó el expolicía, pronunciando como si fuera un americano.

—Fuck you —respondió el otro, con el ceño fruncido.

—Pues, menos mal...

—¿Realmente quiere saber la verdad?

—No hay nada que me gustaría más que eso en este momento, detective... —le contestó con sarcasmo. Notó que los otros dos eran un poco lentos a la hora de hablar—. En fin, parece que esto va para largo. ¿Pido algo de beber al servicio de habitaciones?

—Déjese de juegos. Póngase los zapatos y acompañenos.

—Un momento, ¿a dónde vamos? Tengo una reunión con otra persona.

—¿Con quién? ¿Con la misma persona que está llamando?

—No tengo por qué darle más explicaciones.

—Está bien. Si quiere la verdad, viene. Si no, usted decide, pero no habrá más ocasión que esta.

—¿Cómo sé que no es una trampa?

—No lo sabe y es demasiado idiota como para ver que no lo es.

—Carajo... —murmuró, se calzó y abrió para salir—. Supongo que no me deja opción.

—Siempre hay una, señor Maldonado.

Miró la pantalla del teléfono y encontró un mensaje de González.

«Tómate tu tiempo. Te espero en las mesas de juego».

Los tres hombres caminaron hacia el ascensor.

—Le diré algo. Guárdese su humor ibérico, si no desea acabar mal.

—*Capisci*, detective. Hay que tomarse la vida con alegría. Lo dicen los doctores.

—Nunca me gustaron los vividores, ni los graciosos, ni los españoles que se creen en posesión de la verdad...

—Tanta rectitud le provocará almorranas.

—¿Qué?

—Nada —dijo y miró al frente mientras las puertas se cerraban—. Y, si no, tiempo al tiempo...

Cuando llegaron abajo, los dos agentes caminaron hacia la salida que llevaba al Strip. Maldonado buscó con la mirada a González, que estaba de espaldas, en una mesa, jugando al blackjack. Por suerte, no lo vio salir de allí.

Los tres hombres subieron al Ford Crown Victoria de color negro que estaba estacionado a las afueras del hotel.

Maldonado no tenía muy claro a dónde lo llevaban, pero no podía negarse a colaborar con ellos.

«Las Vegas es un lugar sórdido», pensó, a medida que se alejaban de la larga calle de hoteles y casinos y se adentraban en una enorme autopista. Los alrededores estaban desiertos y solo se apreciaban algunos enormes edificios que quedaban a los lados. Locales de comida rápida, grandes almacenes de ropa y restaurantes con amplios aparcamientos. A sus ojos, no era la ciudad más poblada que había visitado, pero tenía la sospecha de que no volvería por allí. Sus ojos se fijaron en un letrero amarillo que indicaba «The American Guardian», y que parecía una empresa de alguna clase de seguridad.

De pronto, creyó recordar algo, pero Hatford lo desconcentró.

—¿Todo bien ahí detrás?

—Sí. No tengo queja.

El resto del trayecto fue silencioso. Al volante iba el esclavo, que no despegaba la mirada de la carretera. A su lado, Hatford. El detective lo miraba desde atrás y sentía cómo el otro lo observaba de reojo. El sabueso tenía un mal presentimiento de aquel viaje y se despreocupó de González, del que pensó que seguiría entretenido en las mesas del casino.

Finalmente, tras veinte minutos de sórdido silencio y un paisaje repetitivo a través de la ventanilla, reconoció la fachada de un Starbucks y, acto seguido, las instalaciones de un edificio gubernamental. En efecto, sospechó que lo habían llevado hasta la oficina del famoso «Federal Bureau of Investigation», es decir, los federales.

—Hemos llegado —le indicó Hatford, para que bajara del coche.

—Vaya, el FBI... Me siento como en una película.

El americano se acercó al detective antes de entrar en el edificio.

—Mantengamos las cosas simples, ¿vale? Las cosas aquí funcionan de manera diferente a España.

—¿No tengo derecho a llamar a un abogado?

—No está detenido, Maldonado —dijo y se pasó las manos por la cintura, dejando a la vista la culata de su arma.

Entraron en el edificio y obligaron al detective a pasar por el control de seguridad. Los dos agentes intercambiaron un par de palabras con el otro que estaba en control, pero este no cedió a las plegarias. Maldonado no entendía lo que decían, aunque se hizo una idea de la conversación. No le sorprendió que fueran tan férreos. Los americanos no hacían la vista gorda como en su país. Recogió sus pertenencias y acompañó a los dos hombres hasta un vestíbulo donde le dijeron que esperara. Al fondo, vislumbró lo que parecían unas oficinas con muchos cubículos en el interior. El suelo enmoquetado no era muy diferente al de los casinos. Tomó asiento en un banco, junto a un grupo de civiles que esperaban a ser atendidos. Lo cierto era que su presencia no pasaba desapercibida allí dentro. Ni su aspecto ni su vestimenta encajaban con las caras que lo rodeaban. Dio un largo suspiro y sintió la necesidad imperiosa de fumar. No le gustaba el rumbo que había tomado el caso ni el trato formal y cordial que Hatford le estaba dando. Pensó que, si Laureano estuviera vivo, todo habría sido muy distinto, por lo que sospechó que las noticias que le iban a dar no eran nada esperanzadoras.

Hatford le hizo una señal para que lo acompañara. Se levantó del banco y siguió sus órdenes por el pasillo de moqueta hasta una sala.

—¿Café? —le ofreció el otro agente.

—Sí, por favor. —Se sentó a un lateral de la mesa mientras esperaba a los otros dos. Hatford fue el primero en llegar y después apareció el otro, con un vaso de cartón y un café aguado y humeante—. Gracias, amigo.

El agente no le respondió. El sabueso echó un vistazo al café.

—No es el café que toman ustedes —le dijo Hatford—, pero le sentará bien.

—Me sentaría mejor si lo aliñara un poco. —El americano no entendió lo que decía—. ¿Conocen el carajillo?

—No.

—Es igual. ¿Dónde está Laureano, detective?

Hatford se quedó en silencio durante unos segundos. Después se tocó los labios, meditabundo, y chasqueó la lengua antes de hablar.

—Mire, señor Maldonado. Seré honesto con usted...

—No esperaba menos de su parte —le dijo con sarcasmo—. No me gustan los pretextos, ¿sabe?

El detective miró a su compañero y se mostró indiferente ante el comentario. Después regresó al sabueso.

—Lamento ser yo quien se lo diga... —le expresó con voz de hielo. No parecía estar tan afectado al contarle—. La policía metropolitana encontró el cadáver de Laureano al sur de la ciudad, en el desierto, a la altura de Goodsprings.

—¿Qué? No, no puede ser.

—Al tratarse de un español, nos trasladaron el caso.

—¿Es una broma?

El otro lo miró de un modo que no iba a darle más explicaciones.

—¿Está seguro de que era él?

—Sí. —En ese momento, Hatford desvió la mirada y mostró un ligero signo de afecto. Maldonado pensó que pretendía hacerse el duro para así guardar las formas ante su compañero. Acto seguido, sacó una carpeta blanca y le mostró dos fotografías de la escena del crimen. Tal y como esperaba, Maldonado reconoció a Laureano, tendido en el suelo del desierto, con dos disparos, uno en la cabeza y otro en el pecho. Era él y no tenía dudas de que lo habían matado a sangre fría. De pronto, el mundo se hundió para el sabueso. Las palabras de Hatford habían sido claras, pero algo en su mente no quería aceptarlas.

—Pero... ¿Cómo? ¿Hace dos días? No, no es verdad. Es imposible —respondió y notó cómo su cuerpo se alteraba. Sin embargo, debía controlarse, aunque le costaba dirigir la rabia que sentía por dentro—. Pero, si hace dos días...

—Lo sé, siento que las pruebas sean tan gráficas, no obstante, eso acortará la conversación —le dijo, sin más detalles. El compañero salió de la sala en cuanto Maldonado se derrumbó sobre la mesa. Se tapó la cara con las manos, agotado por el cansancio que arrastraba, por la ausencia de sueño y por la confusión que inundaba su cuerpo. Pensó que aquel era el final. Su trabajo había terminado allí, de algún modo, aunque también sabía que no había hecho lo suficiente por salvar a su amigo. Pese a todo, era consciente de que Hatford le ocultaba un detalle que no quería contarle.

—Dos días... ¿Quién lo ha hecho?

—Lo estamos investigando. Necesitamos hacer el seguimiento de la bala. Lamento que haya viajado para nada.

En ese instante, se destapó la cara y miró con recelo al agente del FBI.

—¿Cree que puede engañarme con esto?

—No tengo motivos para hacerlo.

—¿Por qué la familia no sabe nada?

—Estamos en ello. La burocracia es lenta, sobre todo, con las malas noticias.

—¿Me toma el pelo?

—No, señor Maldonado —le dijo con total frialdad—. Las cosas no funcionan como se ven en la televisión. Piénselo bien. El cadáver no tenía ninguna clase de documentación encima. Siendo optimistas, diría que hemos tenido suerte al reconocerlo tan rápido. Si no llega a ser por mí, puede que hubiesen tardado mucho más tiempo, incluso meses o años... Por desgracia, esto sucede a diario.

Maldonado no se creía ni una palabra del hombre que tenía delante, aunque no estaba en posición de rebatirlo.

«La llevas cara, si crees que me voy a creer que estás aquí de casualidad».

—Es todo un alivio.

—No sea tan sarcástico.

—Ni usted tan soberbio.

—¿Perdone?

—Si es un asesinato, la policía de Nevada se encargará del caso.

—Ellos investigan la causa del homicidio.

—¿Y ustedes?

—Es un asunto de Estado.

—¿Cuándo se lo comunicarán a los familiares?

—Ya hemos contactado con la embajada española en Washington D.C. Suponemos que llevará algunos días, hasta que se verifique por completo que es él. Los trámites burocráticos son lentos.

—Ya.

—No me cree, ¿verdad?

—Ni una palabra.

—Bueno, ese es su problema.

—Si piensa que me chupo el dedo, está muy equivocado, detective. Tal vez usted sepa más de mí, que yo de usted. Pero en España también tengo mis fuentes de información y sé que la

amistad entre Antonio y usted era estrecha. Al igual que sé cómo trabajan aquí.

—Antonio era un buen tipo, si es lo que quiere escuchar.

—Eso ya lo sé, no necesito que me lo recuerde. Cuénteme por qué vino a verle.

—No sé de qué habla, ni creo que ese tono sea el más adecuado para dirigirse a mí.

—Desde hace un año, su familia no sabe de él. Hace unos meses que desapareció y viajó hasta aquí, dejando como rastro una postal que le envió a su hijo... y el registro en el hotel donde me encuentro. ¿En qué andaba metido?

—Una postal, ¿eh?

—Sí. —El detective sacó la postal del interior de su abrigo y se la entregó—. El mensaje es claro. Si no lo entiende, se lo traduzco.

Hatford la leyó con atención. Por el semblante de su rostro, Maldonado intuyó que estaba preocupado, aunque pretendiera disimular y actuar con frialdad.

—Ya se lo he dicho. Estamos investigando qué sucedió para que acabara así. No es plato de buen gusto para nadie, ¿sabe? A pesar de los esfuerzos por mantener la seguridad de quienes la visitan, Las Vegas es un lugar peligroso, sobre todo, para los extranjeros. El desierto no lo hace más fácil.

—Laureano odiaba viajar al extranjero casi tanto como yo.

—Entonces, quizá pueda ayudarme a entender qué le trajo aquí.

—¿En serio, Hatford? No entiendo cómo puede ser tan falso...

—¿Tiene algo que contarme?

—No voy a entrar en ese juego.

Las miradas de los dos hombres se encontraron, provocando un chispazo de tensión en el ambiente.

—En ese caso, olvide este asunto. Ya se acabó el sufrimiento, señor Maldonado.

—¿Cómo dice?

—Ya tiene lo que había venido a buscar. Ahora sabe la verdad. Su trabajo ha terminado en esta ciudad. Mañana, por la mañana, abandonará el hotel, regresará a Madrid y le comunicará lo sucedido a la familia. Con un poco de suerte, lo hará antes que el consulado.

—Ajá. ¿Y si me niego?

—¿Por qué haría algo así?

—Me gustaría aclarar algunos cabos sueltos.

—No encuentro motivo para buscarse más líos. Su labor aquí no tiene ningún tipo de protección legal.

«Ni allí».

—Ya que he venido desde tan lejos, quizá aproveche para tentar a la suerte y ganar un poco de dinero. ¿Eso también es ilegal?

—Está tentándola en este momento. Hágame caso y compre ese billete de avión de regreso. Antes de que pestañee, estará de vuelta a Madrid y a ese olor a café y a aceite frito que tanto les gusta.

El español arqueó una ceja, ofendido. La cordialidad del americano quedó en un segundo plano, atacando al chovinismo de Maldonado.

—Está bien, como quiera, Hatford. Tiene razón —le dijo. El otro arqueó una ceja, incrédulo—. Haré lo que me indica.

—Sabía que lo comprendería. —Los dos hombres concluyeron el encuentro y se pusieron en pie para salir. Antes de que Maldonado se marchara, el otro se dirigió a él—. Que sepa que estamos al corriente de quién entra y sale del país, así que estaré pendiente de su salida.

—No confía en mi palabra.

—Las palabras se las lleva el viento. ¿No es eso lo que dicen allí?

—Allí decimos muchas cosas.

—¡Ah! Un último asunto... Vigile con quién anda y desconfíe de la simpatía de los desconocidos.

—¿Por quién lo dice?

—González es una oveja negra.

—Vaya. No da puntada sin hilo.

—Tan solo le advierto. No queremos que se repita lo de Laureano.

—No, claro que no.

—Le pediré un taxi... Regrese a su casa, detective.

No sabía si era el café que le habían dado o las malas noticias, pero sintió un fuerte ardor en el estómago cuando salió de allí. Laureano estaba muerto y se habían tomado demasiadas molestias para hacerlo desaparecer. Eso, sumado a la falta de transparencia del detective Hatford, puso al sabueso en alerta, que ahora estaba confundido, lleno de contradicciones y con un fuerte sentimiento de venganza en su interior. Hatford no lo acompañó a la salida, por lo que aprovechó para fumar un light mientras esperaba al taxi. Este no tardó en llegar a las oficinas del FBI. Era de noche y el resplandor de las luces del Strip se apreciaba desde lo lejos. Le indicó que lo llevara de regreso al hotel. Necesitaba un respiro, rodearse de silencio y pensar con claridad.

«Sin duda, has elegido el mejor lugar para eso», estimó, al sentir el ruido en el interior del vehículo, a medida que se acercaban al Strip. Lo primero que pensó, fue en llamar al hijo del expolicía. Sentía el compromiso de hacer esa llamada y comunicarle la triste noticia. Era lo más inteligente y también lo más sensato, pero lo cierto también era que Maldonado nunca se había dejado guiar por esas dos vías. A partir de ahí, su viaje habría terminado y no les quedaría otra opción que la de creer la versión oficial de los americanos. Una versión que, probablemente, estaría llena de sombras y de dudas que jamás se resolverían.

«Sea lo que sea que haya pasado con él, si lo dejas, jamás lo descubrirás», reflexionó al recordar la conversación con Hatford. De una manera cordial, el FBI le había indicado que estaba contra las cuerdas y que le pisaría los talones si se pasaba de listo.

La situación se complicaba un poco más para él.

Después, reflexionó sobre las últimas palabras del detective, refiriéndose a González.

¿Qué querría decir con «oveja negra»? se planteó, aunque prefirió no hacer demasiadas cábalas antes de conversar con él. Era cierto que no lo conocía de nada y que su expediente como

policía era más que cuestionable. Sin embargo, el mexicano le había tendido una mano altruista, sin cobrarle, al menos, por el momento. Tomó nota del aviso y se hizo una nota mental para no bajar la guardia.

Llegó al hotel y pagó la carrera. Al cruzar el vestíbulo para dirigirse a su habitación, González ya no estaba allí. Después comprobó su teléfono y notó que tenía el nivel de batería a mínimos. Subió hacia su planta y cruzó el pasillo, helado por el frío que salía de los conductos de refrigeración. Cuando llegó a la habitación, buscó el cargador y cayó en la cuenta de que no podía conectarlo a la toma de corriente, debido a que no tenía un adaptador.

«Carajo, ¿en qué estabas pensando?», se reprochó, enfadado. Sin teléfono, estaba perdido. Antes de que el terminal se apagara por completo, buscó un papel y un bolígrafo en el que anotar el número de teléfono de González, en caso de que no pudiera recuperar la actividad de su móvil. Después, se acercó al teléfono del escritorio de la habitación del hotel y lo descolgó para marcar. En ese momento, al oír el tono, colgó de manera brusca.

Sus ojos se dirigieron al cable que salía del aparato y que estaba conectado a la toma telefónica.

«Mierda...», se dijo hacia sus adentros, al recordar cómo el policía había tirado del cable al entrar en su habitación. Aquel pequeño detalle disparó sus alarmas. Se fijó en el pomo de la puerta, del que colgaba la tarjeta para no ser molestado. El servicio de habitaciones funcionaba por la mañana, por lo que no podía haber sido. Sospechó que alguien había entrado en la estancia en su ausencia, cometiendo el grave error de pretender dejar las cosas como estaban. De repente, sintió una extraña sensación de ser observado. Ni siquiera la habitación era un lugar seguro para él. Necesitaba un trago, salir de allí, aferrarse a algo que lo mantuviera cuerdo.

Abandonó el hotel en busca de un teléfono público desde el que llamar a González. La noche era todo lo opuesto al día y, aunque no era tarde para él, allí la juerga comenzaba mucho antes que en España. Después de cruzar un largo pasillo y bajar por unas escaleras mecánicas, apareció otra vez en el laberinto de callejones colindantes al Strip por el que había transitado junto al mexicano. Sin embargo, a esas horas, era difícil abrirse paso entre tanta gente. Los vendedores se le echaban encima, ofreciéndole bailes de barra americana y tragos a bajo coste. Maldonado se paró frente a un local de pollo frito en el que oyó hablar en su idioma. Dos empleados del local fumaban en la parte trasera de una cocina, antes de regresar a sus puestos de trabajo.

—Perdonad, habláis español, ¿verdad?

—Sí —le contestó uno, apurando el cigarrillo.

—Por casualidad, no sabréis dónde puedo encontrar una cabina telefónica... —les dijo. Los tipos lo miraron extrañados. Era algo tan remoto para ellos, que no se planteaban que eso siguiera existiendo—. No tengo cargador de móvil americano.

—Puedes comprar uno en cualquier tienda, dentro de los casinos o si te alejas del Strip.

—¿Tú crees que puedo ir a alguna parte con todo este rebaño? —le preguntó y el tipo se rio.

—Lo siento, amigo.

—Está bien, gracias.

Se despidieron y continuó caminando, en busca de una salida que lo llevara al Strip. Pensó que le vendría bien un paseo y que, de ese modo, despejaría la mente y aclararía las ideas, sobre todo, la de regresar a casa. No estaba convencido de ello. Algo en su interior le impedía hacerlo sin llevarse la verdad consigo. Al meter la mano en el bolsillo del pantalón, tocó la ficha marcada que había encontrado de Laureano y decidió que, una vez que consiguiera un cargador de teléfono y localizara a González, visitaría el famoso casino para comprobar qué podía averiguar en él. Quizá, se llevara una sorpresa, pensó.

Al salir del laberinto de calles, llegó a la enorme avenida de varios carriles y se topó con una marabunta de gente que iba en sendas direcciones. Se dejó guiar por el recuerdo de la noche anterior y caminó hacia abajo, en busca de una maldita tienda que solucionara su emergencia, hasta que una presencia lo abordó.

—¡Ey! —le exclamó en inglés una voz femenina. Maldonado la oyó, pero no se giró a hablar con ella, al sospechar que era una de las muchas chicas de la calle que trabajaban a esas horas—. ¡Oye!

Al oírla por segunda vez y en español, no pudo evitar girarse.

A escasos centímetros, rodeado de gente, encontró un rostro que le resultó familiar. Tardó varios segundos en darse cuenta de que era la misma chica con la que había hablado tras su llegada, la noche anterior, en la recepción del hotel.

—¿Tú? —preguntó el sabueso y la miró de reojo. Vestía un top de lentejuelas doradas, una falda muy corta que protegía con un abrigo de piel, probablemente, sintética, y unas botas negras altas—. Vaya. ¿Quién lo diría?

—¿Te sorprende?

—Para nada. Estás algo cambiada, solo es eso. Vas a coger un resfriado con ese vestido...

—¿Estás solo? —dijo y le guiñó un ojo.

Maldonado frunció el ceño al pensar que, aunque no tuviera toda la certeza de ello, esa muchacha se dedicaba a la noche también. Una vida complicada, pensó, pero no estaba allí para

juzgar a los demás.

—No soy el príncipe que buscas, chica.

Ella se acercó a él y lo cogió del brazo para susurrarle algo al oído. Enseguida pudo sentir el olor dulce de su perfume barato.

—Los príncipes no existen, *honey*. En el fondo, todos son ranas —le confesó, rozando sus labios con su oreja derecha y agarrando su brazo con fuerza—. ¿A dónde vas?

—Necesito un cargador de teléfono móvil.

—Yo te puedo poner las pilas.

—Hablo en serio, chica.

—Stacy... Llámame Stacy.

—¿Es ese tu nombre?

—Boom es el apellido artístico.

—Ajá, Stacy Boom... —le dijo y se rascó el mentón—. Tiene gracia, Stacy, suena explosivo, pero no me vas a sacar un centavo.

—¿Cómo te llamas?

—Javier.

—Bonito nombre. Muy *Spanish*.

—Sí, *molto*. Verás, estoy ocupado...

—¿Hay otra?

—¿Qué? No, no... Te equivocas conmigo. No sé qué habrás visto en mí, pero lávate los ojos, bonita. Estás perdiendo dinero cada segundo que pasas a mi lado.

—¿Por qué me tratas así?

—Porque no tengo nada que ofrecer.

—Tu compañía y una buena conversación. No busco nada más. ¿Eres capaz de darme eso?

—También te puedo invitar a un trago.

—Me encantan los cócteles. Conozco un sitio muy especial.

—No, espera. —Maldonado sacó la ficha que llevaba en el bolsillo y se la mostró. Al verla, los ojos de la meretriz se nublaron. A pesar de ser de Laureano, seguía teniendo el mismo valor—. Llévame al Venetian y distraigámonos un rato. ¿Qué te parece?

Ella lo miró, le tocó la punta de la nariz con el dedo y sonrió.

—Suena bien. Me parece que será una noche muy divertida.

Pensaba que ya había visto de todo, pero no estaba ni siquiera cerca del potencial que tenía la ciudad para sorprenderlo. Si una Torre Eiffel atravesada en un casino ya le suponía una excentricidad, el Venetian representaba una de las cosas más aberrantes que el detective pudo experimentar. Inspirado en la ciudad italiana del carnaval, el hotel reproducía la ciudad flotante con un canal artificial lleno de góndolas y gondoleros que se movían de un lado a otro y atravesaban las instalaciones del interior, que eran lo más parecido a un centro comercial decorado como un parque temático.

—¿Es tu primera vez en Las Vegas?

—Y puede que la última.

—Oh, *c'mon!* Este lugar es mágico.

—¿Dónde ves la magia, querida? —le preguntó él, señalando al entorno—. Aquí solo hay negocio... y una exhibición de mal gusto, sin lugar a duda.

—Ya veo... No has venido a divertirte.

—¿Te das cuenta ahora?

—La verdad es que no —le dijo y le guiñó un ojo—. ¿Cuándo vamos a tomar algo? Empiezo a estar sedienta y me lo has prometido.

—Te he dicho que necesito un cargador.

Siguieron caminando por el interior del resort. Las fachadas de los edificios tenían una construcción que mezclaba lo italiano con lo árabe, con algunos detalles como una enorme reproducción de la Capilla Sixtina. Después se dirigieron a la zona de los restaurantes. El cielo azul con nubes estaba pintado en lo alto del interior, para así dar la sensación de que era de día. Finalmente, encontraron una tienda de regalos y objetos de viaje. La chica se adelantó al

detective y pidió un adaptador de corriente para su teléfono, en perfecto inglés. Le sorprendió que hablara en español con una fluidez casi inapreciable y se quedó intrigado por su historia. Dado su perfil, estaba convencido de que guardaba una buena anécdota al respecto. La encargada los miró de manera extraña, pues daban la sensación de ser cualquier cosa, menos una pareja. Pagó por el aparato y le dio las gracias a su acompañante.

—Ahora me debes un trago.

Acto seguido, la chica lo llevó hasta las mesas de juego del casino. Allí, el entorno se convertía en un lugar elegante de luces, moquetas, enormes lámparas que colgaban de los techos y personas con ganas de divertirse. Había llegado la hora de la verdad. Maldonado no tenía la menor idea de cuál era el siguiente paso. La pista de Laureano lo había llevado hasta allí, pero eso era todo. Encontrar una respuesta, era como indagar en un saco roto. De pronto, un hombre se acercó a ellos dos.

—Lo siento, señor, pero ella... —dijo el tipo en inglés, que parecía ser el encargado de una de las zonas. Por su aspecto, Maldonado sospechó que era de la otra clase de encargados, de los que no estaban de cara al público.

—¿Eh? Está conmigo. She's with me. Friends, amigos. No business.

Ella le dio un toque en el brazo para que se callara.

—It's okay, Marco.

Maldonado se quedó atento ante la situación y callado, antes de cometer un error. Se percató de que la chica era conocida en ese lugar, por lo que había estado allí antes y, probablemente, también hacía negocio con los clientes del casino. El hombre negó con la cabeza varias veces, pero accedió a dejarlos pasar.

—Veo que te conocen por aquí —le dijo, a la vez que caminaban juntos hacia un bar con forma de hexágono, rodeado de máquinas de juego—. No parece gustarle a Marco... y quiero que sepas que no busco problemas, ni jugar a ser el héroe.

—Tranquilo. A Marco no le gusta nadie. Ese es el problema.

Llegaron frente a la barra y tomaron dos asientos. Ella pidió una margarita y Maldonado se decantó por un escocés con hielo. Al pagar la cuenta, notó el escozor en la tarjeta. Se sintió mal por hacer aquello, pues pensó que debería estar trabajando, en lugar de estar tomando un trago con una cortesana, pero eso también era parte de su trabajo.

—Dime una cosa Stacy, ¿dónde aprendiste a hablar español?

—En la escuela.

—Por supuesto. Y a mí me confunden a menudo con Paul Newman.

Ella se rio.

—¿A qué te dedicas, Javier? No pareces un hombre de negocios, ni un casado en busca de diversión. Ni siquiera parece que tengas una vida ordenada... —continuó, a medida que se acercaba y le acariciaba el rostro con el dedo—, y eso te hace de lo más intrigante.

Maldonado sonrió, apartó la mano de su cara y le dio un sorbo al Glenfiddich que tenía delante.

—Eres buena con el instinto.

—Lo sé.

—Deberías hacer las pruebas para la policía.

—No exageres. Vamos, dime la verdad por una vez...

—Estoy buscando a un amigo. Tal vez puedas ayudarme.

—¿Yo? No se me ocurre la manera de hacerlo...

Maldonado chasqueó la lengua y echó la mano al bolsillo del pantalón para agarrar la cartera, pero ella le puso la mano en el antebrazo para que no lo hiciera.

—Guárdate eso para algo más útil, pretty boy. —La mujer dio un sorbo al cóctel y miró hacia las mesas—. ¿Ves a ese hombre de ahí? El crupier que está detrás de mí, el de las cejas gruesas.

Maldonado alzó la vista por encima de los bonitos hombros de la mujer y se fijó en un tipo que repartía cartas en una mesa. Tenía cierta semejanza a Groucho Marx.

—Sí.

—Él podría contarte algo sobre el amigo que buscas.

El detective arqueó una ceja.

—¿Cómo sabes que lo busco aquí?

—Porque llevas dos mil dólares en una ficha del casino y no te has atrevido a sacarla. Ni siquiera los vas a gastar.

—Eso no significa nada.

—Otro, en tu lugar, ya los habría apostado a la ruleta.

—Siempre hay alguien más tonto que yo... —comentó y volvió a mirar al tipo—. Y con más dinero.

—Además, tienes aspecto de buscador profesional de problemas. No me digas por qué, pero lo huelo a kilómetros...

—Será la colonia, que es internacional. ¿Qué quieres a cambio?

—¿Yo? En todo caso, él. Las propinas son muy ajustadas.

—¿Y tu tajada? Lo siento, pero no eres una hermana de la caridad.

—No creerías en mí, ni aunque lo fuera.

—Quizá, si llevaras un hábito.

—Has visto demasiadas películas, vaquero.

—He vivido lo suficiente, princesa. Lo suficiente como para saber que la vida es venta y el negocio lo único que nos une a ti y a mí.

—Además de misterioso, eres inteligente. ¿Cuál es tu problema en este mundo?

—¿De todos? Tengo para elegir.

Stacy Boom parecía dispuesta a ayudarlo, siempre y cuando corriera con los gastos del encuentro. En el fondo, para él era normal que le pidiera más de la cuenta. Estaba acostumbrado a tratar con ellas desde hacía años. En resumen, no todas tenían una justificación por hacer lo que hacían, pero todas se habían esforzado por seguir avanzando en un entorno hostil. Los años en el Cuerpo, patrullando por la Rosaleda, por el paseo de Camoes, lo curtieron a la hora de tratarlas. Algunos policías las maltrataban verbalmente, como si pertenecieran a un estrato inferior de la sociedad, pero él no era así y denunciaba esa actitud. A su modo de entender, eran igual de dignas que el resto de las personas. Tan solo debía encontrar la niña interior que llevaban dentro, para que empatizaran con él. El caso de Stacy no era muy diferente.

Probablemente, aquello era lo más parecido a una cita que había tenido en años. Y para él también, por lo que pensó que, de algún modo, ambos se estaban haciendo un favor con la compañía del otro. Maldonado intentaría acercarse al rastro de Laureano. Para él, era una oportunidad que no podía desaprovechar, antes de que Hatford comenzara a pisarle los talones. En cuanto a ella, se ahorraría acostarse con otro hombre y, a cambio, se llevaría una buena tajada del acuerdo. Maldonado lo vio justo, siempre y cuando la información fuese útil.

Ella se acercó a la mesa y se apoyó en un lateral para observar a los jugadores. Después intercambió un par de palabras con el crupier y, con elegancia, regresó a la barra donde el detective la esperaba. La escena hubiese sido propia de una película de James Bond, si no fuera porque Stacy Boom llamaba más la atención que Julia Roberts al comienzo de *Pretty Woman*.

Luego tomaron una segunda copa, a costa de él, y esperaron a acabarla, antes de salir de allí.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Llevas efectivo?

—¿Crees que me invitan a los tragos en este sitio? —le preguntó, confundido—. Suficiente para un crupier. Contesta.

—Trescientos.

—¿Estás mal de la cabeza?

—Es Las Vegas, cariño.

—Más te vale que merezca la pena —dijo y sacó la billetera. Contó la cifra y se la entregó—. Es la primera vez que pago a una...

—¿Qué se siente? Dicen que es más el hecho de pagar, que de consumir.

—Vayamos al grano, por favor. No quiero arrepentirme.

—Está bien, vaquero... Charlie termina el turno en veinte minutos. Acabamos nuestra copa y lo esperaremos en el Bonnano's. Es una pizzería que queda muy cerca.

—Claro, una pizzería, qué ocurrencia. —La realidad era igual o peor que la ficción a ojos del detective en lo que se refería a los lugares de comida—. ¿Cómo sabes que me puede ayudar?

—Es el empleado del mes —dijo con sorna—. No sé si te puede ayudar, pero seguro que sabes más que yo sobre tu amigo. A todo esto, ¿por qué lo buscas?

—Su familia me ha enviado para que lo haga.

—Y te paga por ello.

—Más o menos.

—¿Qué clase de amigo eres? ¿No serás un investigador privado?

—Preguntas demasiado para dedicarte a un trabajo tan arriesgado. Nunca bajes la guardia, ni te metas donde no te llaman, Stacy.

Ellaladeó la cabeza y tocó el contorno de la fina copa de cristal.

—Perdona, intentaba actuar con naturalidad. Me estabas haciendo sentir tan cómoda...

—Eres buena actriz. Sigue intentándolo. Pronto estarás pisando Broadway.

—Ahora entiendo cuál es tu problema, Javier. Eres incapaz de liberarte del dolor con el que cargas.

—Seguro que tú sabes de eso más que yo...

—Vete a la mierda...

—Estoy en Las Vegas, no puedo pedir más... —dijo y vio a un hombre que fumaba un enorme puro. Sacó su paquete de cigarrillos y le ofreció uno a la acompañante—. Aquí se puede fumar, ¿verdad?

—Aquí está todo permitido —le respondió y aceptó el light. Para Maldonado, fumar en interiores era una cosa del pasado, tan lejana que ni siquiera recordaba lo que era.

Los dos fumaron y él la miró de lado, lamentando la tensión.

—Disculpa, me he excedido contigo.

—Tranquilo, no es lo peor que me han dicho. Estoy acostumbrada a que me traten como a un trapo.

—No deberías estarlo.

—Ahora eres tú el que está queriendo saber más de la cuenta. Gracias, pero sé gestionar mi vida.

—No lo pongo en duda. Simplemente, nadie debería tratarte mal. Eso es todo.

Ella lo miró con dulzura, pero él no buscaba su aprobación, sino liberarse del malestar y dejarle claro que no estaba allí para vejarse. Mientras hacían tiempo a que Charlie terminara el turno, vio a un hombre corpulento que entró por el otro extremo de la sala. Reconoció sus andares y también su apariencia. Llevaba una americana negra, el cabello engominado hacia atrás y brillante por el gel fijador. Pero, sin duda, lo que más llamaba su atención era su rostro magullado, con el ojo derecho inflamado y una tirita sobre la ceja. Además, llevaba el brazo izquierdo cubierto por una venda que ocultaba bajo la americana. Maldonado se puso en alerta en cuanto lo vio dirigirse a Marco, el encargado con el que había hablado Stacy, minutos antes.

—Oh, no... Debemos largarnos.

—Un momento, aún me queda bebida —le respondió, mirando su copa—. ¿A qué viene tanta prisa? Charlie me ha dicho que esperemos a que salga...

—¿Conoces a ese tipo? —le preguntó y señaló al grandullón—. No mires, no es bueno que nos vea...

Ella lo oteó con disimulo, entre las baldas del bar.

—Es Tony, uno de los chicos de Marco. Trabajan juntos en seguridad.

Maldonado tuvo un mal presentimiento de aquello y comenzó a atar los cabos sueltos.

—Ese Marco, ¿es su jefe?

—No, por favor... Marco es uno más. Ellos son del equipo de seguridad.

—¿Quién está a cargo?

—Peter Gambone.

—¿Italianos?

—*Really?*

Maldonado la agarró del antebrazo sin que ella lo esperara, por lo que se resistió. El alcohol empezaba a hacerle mella y el comportamiento de Stacy llamaba la atención. Sin querer, el gesto derramó el cóctel sobre sus piernas.

—¡Oh, mierda! —exclamó, molesta—. Mira lo que has hecho.

—Es hora de salir de aquí, Stacy.

—Pero...

—No hay peros —dijo y notó por el rabillo del ojo cómo Marco y el grandullón se acercaban hacia ellos—. O ellos, o yo. Tú decides, bonita.

No había noche sin descanso para el detective y esa no sería la excepción. El ambiente se tensó a medida que pasaron los segundos. Sin más dilación, Stacy Boom sintió el peligro al encontrar la mirada inquisitiva de los dos italoamericanos que ahora se dirigían hacia ellos. La verdad era que las posibilidades de salir del aprieto eran escasas, pensó el detective, al entender lo fácil que resultaba entrar en el Venetian y lo complicado que era escapar de este, sin tropezar con una de las miles de máquinas de juego que había en ese espacio. Salieron de allí con paso ligero y con la distancia suficiente como para mezclarse entre la multitud. Por suerte, las distancias eran largas y había decenas de salidas por las que dar esquinazo al grandullón. Aunque no todo era ventajas. Maldonado era consciente de que esos tipos tendrían una red de vigilancia en cada rincón del casino, por lo que no tardarían en aparecer más matones como los que lo perseguían.

—¿Sabes a dónde me llevas? —le preguntó a su acompañante, siguiendo sus pasos.

—¿Lo sabes tú, Javier?

—Cojonudo...

—¿Por qué los españoles tenéis la palabra cojones todo el tiempo en la boca? —le preguntó mientras caminaba—. ¿Tenéis algún problema testicular?

—Más o menos. Se nos inflan a menudo, sobre todo, cuando perdemos la paciencia.

—¿De verdad?

—Sí. Dicen que es por el calor —respondió y reconoció el letrero del restaurante de comida rápida, pero allí no había rastro del soplón—. ¿Dónde cojones está ese crupier?

—¿Ves? Lo que yo decía.

El detective estaba empezando a ponerse nervioso con la situación y no tenía ganas de repetir la hazaña de la mañana, más que nada, porque la fortuna no pasaba dos veces por su lado. Se giró

hacia ella y la agarró del brazo con presión.

—Mira, bonita. Sácame de aquí y llévame a hablar con ese tipo antes de que ese gigante nos alcance. Porque, créeme, esta vez, no va a ser tan simpático...

—¿Ya os conocéis?

Su mirada incendiada le bastó para que ella lo tomara en serio.

—Está bien, está bien. Relájate, no nos sigue nadie... —respondió y señaló hacia la derecha—. Mira, ahí está Charlie.

Se dirigieron hacia él. El hombre los vio venir y miró hacia ambos lados. Entonces les hizo una señal para que lo siguieran y echó a caminar hacia la zona interior de los restaurantes que ya estaban cerrados.

—¿A dónde nos lleva ahora?

—¿No querrás que nos reunamos a la vista de todos? Te recuerdo que trabaja aquí.

Maldonado resopló y guardó silencio. Entraron en lo que parecía un muelle artificial. A su paso, todos los locales estaban cerrados. Después pasaron a una galería de tiendas en las que había otras meretrices tratando a los clientes antes de cerrar el trato.

—Veo que esto es una zona concurrida.

—Hay que sobrevivir, vaquero.

El crupier cruzó una puerta de emergencia y la pareja lo siguió por ella, a pesar de entrar en territorio pantanoso. Entonces, al final del pasillo de las instalaciones, lo vieron, apoyado en la pared, fumando un cigarro en soledad. Para Maldonado, aquel encuentro olía a encerrona, pero no había vuelta atrás. El ruido de los tacones de la mujer retumbaba en las paredes de un falso palacete veneciano.

—*Hey, Charlie...*

—*Stacy?*

—Él es Javier.

—Ey... —le dijo el detective y se fijó en la cara del tipo. Tendría unos cuarenta años y sospechó que llevaría un tercio de su vida trabajando allí.

—El trato es el trato.

—¿Qué dice? —preguntó el detective.

—La lana —respondió el crupier, sorprendiendo al sabueso—. Sin dinero, no hablo.

—Pero, todavía no me has dicho nada.

—No bromees, estoy poniendo en juego mi trabajo.

—No te pases de listo, Charlie —le dijo y el tipo miró a Stacy con recelo—. Está bien, relájate, ¿quieres? Dáselo, chica.

Stacy le dio un puñado de dinero que él se aseguró de contar mientras fumaba. El detective intentó calcular el total de lo que se había llevado la mujer, pero contaba más rápido de lo que sus ojos se movían. En realidad, ¿qué más daba?, pensó. Había perdido los trescientos dólares, de todos modos.

—¿Pues?

—Estoy buscando a un español. Su nombre es Antonio Laureano y estuvo en el casino recientemente.

El tipo se rio y negó con la cabeza. Por un instante, creyó que eran los dólares más fáciles que había ganado en meses. Por desgracia, Maldonado no pensaba lo mismo.

—Amigo, por aquí pasan miles de personas a diario.

Maldonado contó hasta tres en silencio.

Después lo agarró del cuello y lo estampó contra la pared, provocando que el cigarrillo se le cayera del susto.

Las manos del crupier intentaron deshacerse de él, pero la fuerza del detective era superior.

—A ver si así haces memoria —le dijo, apretándole la nuez, y luego lo soltó. El tipo comenzó a toser con la cara enrojecida—. No me toques los cojones, ¿quieres?

—Otra vez con eso...

—Cabrón...

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la ficha marcada de dos mil dólares.

—¿Te suena, sabes qué significa esto? —le preguntó, pero el otro seguía recuperando la respiración. Maldonado le sujetó el mentón para que observara la ficha.

—¿Dos mil dólares?

—Fíjate bien, miserable —le insistió y le dio la vuelta a la ficha. Entonces, el otro reconoció la marca—. ¿Qué carajo significa esta marca?

Los ojos del crupier se desviaron. La marca le hizo cambiar de parecer.

—No deberías andar con eso por ahí. Puedes buscarte un grave problema con gente que no deseas.

—Dime una cosa. Las has visto antes, ¿verdad? Son del casino en el que trabajas. Seguro que has oído algo al respecto.

El tipo miró a la mujer. Maldonado lo estaba metiendo en un aprieto.

—En los casinos siempre hay alguien que intenta engañar a la casa.

Maldonado lo agarró del cuello de la camisa para insistirle.

—Está bien, está bien... —le dijo y el otro aflojó la presión—. Hace poco, hubo una noche muy sonada en el casino. Las apuestas subían a cientos de miles de dólares...

—¿Qué tiene eso de importante? Estoy seguro de que ocurre a diario en estos lugares.

—Sí y no... —respondió y miró a Stacy—. ¿Tu amigo es un policía?

Ella negó con la cabeza.

—Habla, muchacho. Mi paciencia se agota...

—Es todo lo que te puedo decir. Había un español, como tú, aunque más alto y corpulento. Jugaba en las mesas y se llevaba las fichas. Todas eran marcadas. Yo no lo vi, pues estaba en el salón exclusivo para apuestas generosas. El casino puso un ojo en él.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque siempre lo hace en estos casos. Cuando un cliente gana tanto y no se retira, el casino duda de que esté haciendo trampas. De alguna manera, siempre las hace. No se puede ganar todo el tiempo.

—Este hombre del que hablas, ¿qué pasó después con él?

El crupier tragó saliva con dificultad. Le costaba continuar con la historia.

—Me voy a meter en un problema si pronuncio su nombre.

—Ya estás metido en él, muchacho.

El tipo resopló y, finalmente, accedió a contarle la verdad.

—Esto no te lo aseguro del todo, pero vi a Marco caminar hasta la sala donde estaba ese hombre. Los dos comenzaron a hablar y marcharon juntos hacia una sala. Luego los perdí de vista.

—¿Lo estaban echando del casino?

—No, no... Nada de eso. No parecía que discutieran, sino al contrario. Era como si se conocieran de antes. Reconozco que fue algo muy extraño, porque solo lo había visto unos días antes por aquí. En ese momento, pensé que era uno de los hombres que trabaja para Marco.

Stacy carraspeó para advertirle de que estaba hablando más de la cuenta. Maldonado se quedó sin palabras cuando oyó aquello. No podía entender que Laureano estuviera metido en un lío de juego.

—Vaquero, será mejor que nos vayamos, antes de que nos encuentre ese grandullón... Gracias, Charlie.

El crupier aprovechó la coyuntura para escurrirse por la pared y alejarse de la mano del detective. Después, echó a correr por el pasillo y desapareció por la puerta de emergencia.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó él.

—Ese muchacho no tiene culpa de lo que hiciera tu amigo. No puede perder su trabajo.

—No lo iba a perder.

—Sí, si sigue hablando. ¿Crees que no se darán cuenta?

El detective resopló, harto de estar allí.

—¿Ahora eres un alma caritativa? No me fastidies...

—Aunque no lo creas, siempre lo he sido. Los hombres sois mi obra.

Sentados a una mesa del Bonanno's, cenaron una porción de pizza de tamaño enorme para llenar el estómago y absorber los influjos de la noche. El panorama no podía ser más desolador. El detective estaba cansado y abrumado por lo que el crupier le había contado y tenía apenas unas horas para regresar a España. No esperaba hacerlo ni tampoco contar con esa información, pero, saber que Laureano estaba metido en asuntos turbios con los casinos, no era algo bueno. Mientras masticaba la pizza, pensaba en silencio y observaba a la mujer que tenía delante. Para él, era apuesta y hermosa, a pesar de que la tristeza absorbiera su presencia y su mirada. La pareja era llamativa para los pocos que transitaban por allí, sobre todo, por ella, que destacaba con su conjunto. Ni siquiera el detective esperaba concluir la noche con una cita romántica, pero la vida da muchas sorpresas. La zona de restauración del casino estaba cerrada y apenas había movimiento. Era como si, a esas horas, todos se concentraran en las salas de juego o estuvieran ya en el hotel. Comprobó la hora en el reloj de Laureano, pensando que era un bonito Rolex. Allí dentro, aquel reloj no llamaba la atención, pues los había mejores y más caros.

—Bonito reloj —le dijo ella, que daba pequeños bocados a la pizza, como si se sintiera culpable por comerla. Maldonado no comprendía nada. Stacy tenía una bonita figura y se podía permitir un puñado de calorías más en el cuerpo, sobre todo, con el frío que pasaría con esa ropa, pensó.

—Es un regalo.

—Debe de ser de alguien que signifique mucho para ti.

—Lo fue... —le respondió y terminó la comida. Después se limpió las manos con una servilleta. Guardó silencio durante unos segundos y la miró atentamente—. Agradezco lo que has hecho por mí esta noche, pero creo que mi servicio ha terminado... ¿Y el tuyo?

—No seas grosero.

—Intento ser diplomático. Ha sido una velada inesperada y agradable.

—En el fondo, eres un romántico... —Ella dejó la pizza sobre el cartón y le dio un trago a un refresco bajo en azúcar—, pero no te cuelgues de mí, vaquero.

—¿Colgar? No me hagas reír.

—Ya me entiendes. No te enamores.

El detective se rio.

—No sois mi especialidad.

—Ahora estás siendo cínico. No me gusta la gente cínica.

—Dime algo, Stacy...

—Eso te costará cinco dólares.

—¿Viste alguna vez a Laureano?

Ella se quedó pasmada al oír el nombre.

—No, ¿se llama así tu amigo?

Intentó estudiar su expresión, pero no encontraba ninguna mentira en ella. Entonces, dejó de insistir.

—Es igual. Pensé que, tú que te mueves por aquí... quizá lo conocieras de algo.

El comentario no cayó en gracia y la mujer lo malinterpretó como si a Laureano le hubiera ofrecido sus servicios. Se puso en pie, sin avisar, y cogió su bolso minúsculo de piel sintética.

—Será mejor que me vaya.

—¡Eh! Espera, ¿te has ofendido? Pensaba que tenías la piel más dura...

Ella miró hacia otro lado.

—Suerte con tu amigo. —Stacy Boom salió de la terraza del restaurante de comida rápida y caminó, contoneando sus caderas, hacia una de las muchas salidas de aquel escenario de película barata con estética veneciana.

«Perfecto...», pensó el detective. Después le dio un trago a la cerveza y finalmente se levantó para salir de allí.

Caminó hacia el exterior, en busca de la salida y con la intención de regresar al hotel. Necesitaba descansar, cargar el teléfono, establecer contacto con España y aclarar las ideas. No tenía muy claro cuál era el motivo por el que seguía en esa ciudad y si quería hacerlo, pero el fantasma de Laureano volaba sobre su cabeza. Ahora ya sabía que el FBI había encontrado el cadáver del expolicía y que este se había metido en algún asunto sucio con la organización del casino. Pero, ¿cuál?, se preguntó. Existía una gran diferencia entre una deuda y un tema más

grave. No descartó que ese Marco y su compinche trabajaran para alguien con fines poco legales o que pertenecieran a algún tipo de organización fraudulenta. Puede que lo hubiese visto en el cine, pero también lo había vivido en sus propias carnes cuando trabajaba como policía. La diferencia era que allí todo parecía formar parte de una película de Scorsese.

Abandonó el resort por un enorme pasillo que parecía una catedral romana y alcanzó unos jardines y un pasaje cubierto que llevaba a una de las avenidas principales. De nuevo, observó las luces brillantes de colores que iluminaban la ciudad por su paso y se sintió como un alma solitaria, vagando por el Edén de la perversión. «Tanto color para alumbrar un agujero tan profundo en la Tierra», pensó y sacó un light que encendió con ansias. A medida que se alejaba del casino, también lo hacía de la posibilidad de encontrar una conexión entre Laureano y sus asuntos. Con el paso, se convencía de que lo correcto era hacerle caso a ese Hatford y olvidar el tema, antes de meterse en uno del que no pudiera salir. Sin embargo, algo en su interior le impedía concienciarse de ello. No fue hasta que llegó a la calle, cuando vio al grandullón con el que se había enfrentado y que ahora llevaba el rostro magullado. Iba acompañado de otro que tenía un aspecto parecido a él. Uno de ellos entró en un coche negro y el matón subió en el asiento del copiloto. Por la manera en la que se movían, parecían estar trabajando y no disfrutando de la noche. Maldonado tuvo un ligero presentimiento de que, si lo seguía, tal vez aportaría luz al caso que investigaba. El vehículo arrancó y se alejó lentamente, y el sabueso lo siguió con la mirada hasta que se detuvo en un semáforo. Acto seguido, corrió hacia la carretera y levantó la mano en busca de un taxi hasta que logró parar uno. Entonces, entró por la parte de atrás y saludó al conductor. Después, con un inglés atropellado, señaló al coche en el que iban esos dos tipos y dijo la frase que tantas veces había soñado pronunciar:

—Siga a ese coche.

El taxi lo llevó de vuelta al Strip y lo dejó al otro lado de la carretera, en la zona de descarga del hotel Cosmopolitan. Entre Stacy, el soplón y el ocio, el dinero en efectivo había volado esa noche de su cartera. Por suerte, pensó que pronto estaría de regreso a España y que la cuenta cargaría por parte del hijo de Laureano, aunque, si se alargaba la estancia, tendría que solicitar más dinero para seguir trabajando. De lo contrario, le tocaría meter mano en los ahorros de la oficina, y eso era algo que no contemplaba.

El Cosmopolitan era uno de los resorts más lujosos de Las Vegas y también uno de los más modernos. Su enorme entrada de luces y tonos grisáceos era una muestra de ello.

Al cruzar la puerta principal, lo recibieron unas majestuosas columnas y una decoración moderna y elegante que combinaba a la perfección con su estilo contemporáneo. Era como si hubiese cruzado a otra dimensión en la que él no tenía cabida. No hacía falta ser muy avisado para apreciar el lujo y la sofisticación desde el momento en que uno atravesaba sus puertas. El vestíbulo principal sorprendió al detective por el espectáculo que representaba, con techos altos y una iluminación ambiental que realzaba la belleza de cada rincón. Las áreas de juego y entretenimiento estaban repletas de emocionantes opciones, desde mesas de juego hasta máquinas tragamonedas relucientes, todo a merced del cliente.

Dinero, dinero y más dinero.

«Estás en Las Vegas, ¿qué esperabas?».

Allí dentro se sentía una vibrante vida nocturna, diferente a la que había visto antes en otros casinos, quizá más occidental y menos cutre, con clubes exclusivos y bares de moda.

Antes de perderse entre el brillo, la opulencia y las escorts que danzaban por allí en grupos, camufladas con ropa cara y joyas brillantes, siguió los pasos de los dos hombres, que caminaban

por delante hacia un destino que él desconocía.

Tras un largo paseo y tomar la subida al siguiente nivel, los dos tipos se detuvieron frente a lo que parecía una barbería clásica. Maldonado se echó atrás y se ocultó para que no lo reconocieran. Los dos tipos saludaron al portero que custodiaba el local, un enorme afroamericano con el pelo rizado y con más de ciento veinte kilos encima.

«¿Una barbería?», se preguntó, confundido.

En el interior, había un barbero afeitando a un cliente. Comprobó la hora. Era la una de la madrugada y del interior salía gente. No entendía nada, pero sintió que había descubierto algo, cuando el tipo al que se había enfrentado empezó a hablar con un hombre bajito, de unos sesenta años, con el tupé hacia atrás, un traje negro y una camisa del mismo color, abierta hasta el esternón. El hombre le recordó a uno de los protagonistas de las películas de gánsteres que tanto solía ver, y confirmó que la ficción se basaba en la realidad.

«Aún estás a tiempo de dar un paso atrás... o de meterte en la boca del lobo», reflexionó al comprobar que los tres tipos desaparecían en el interior del local. Al mismo tiempo, un grupo de personas con aires festivos, abandonaban el local. ¿De dónde demonios sale tanta gente?, se preguntó, consciente de que solo había un modo de averiguarlo.

Esperó unos minutos y se encaminó hacia el local.

El portero de la entrada le preguntó si estaba en la lista de invitados, pero él respondió que no. Al ver que iba solo, le permitió entrar y el detective pasó al salón donde estaban los barberos. No entendía cuál era el siguiente paso, pero sintió la urgencia de decidirse en cuanto vio cómo todos le miraban.

—¿Quiere un corte de pelo? —preguntó uno de los barberos.

—No, gracias —respondió al entender aquello. Sabía que había algo dentro, pero debía mostrarse decidido. Entonces, señaló hacia la puerta.

—*Allright...* —dijo el hombre bajito con el que habían hablado los otros dos y se le acercó por detrás. No tenía ni idea de por dónde había aparecido, pero ahora su mano estaba en su espalda, guiándolo hacia una puerta de acero cerrada. El detective se fijó en el hombre, en sus sortijas y en el crucifijo de oro que colgaba de su cuello.

¿Era parte del decorado? No pensó que fuese así. Estaba ante un auténtico italoamericano con conexiones.

—Bonito reloj —le dijo el tipo al fijarse en el Rolex. El detective reparó en el Cartier que llevaba el otro en la muñeca. Después le sonrió—. ¿Europeo?

—Español.

—Bravo. —El hombre asintió con el rostro, como si no le importara la conversación. De pronto, tocó a la puerta y una mirilla se abrió. Un tipo lo miró y la trampilla se volvió a cerrar. Tras unos segundos de incertidumbre, finalmente, la puerta se abrió y dio paso a un enorme club de sofás Chesterfield, con un escenario en el que actuaba una banda de rock y una barra en el lateral, llena de clientes sedientos por una bebida. Maldonado pasó y la falsa garita se cerró. Sin duda, no entendió cómo no se había dado cuenta de que era un famoso bar clandestino, un «speakeasy», que era como se llamaban durante la Ley Seca de Chicago.

Suspiró y se relajó al comprender que no estaba todo perdido, aunque no debía quedarse mucho tiempo por allí si deseaba terminar la noche en la habitación de su hotel. De repente, era como si estuviera en otro mundo y, a su vez, en un callejón sin salida y en un espacio que tendría que compartir con los dos tipos que había seguido. Por suerte, el bar estaba lleno a esa hora y era difícil que lo encontraran entre tanta multitud. Los buscó con ahínco, pero no los encontró. Después se acercó a la barra para obtener una visión más periférica.

—¡Eh! —le dijo la camarera al verlo asomarse por allí.

El concierto seguía su curso y no había rastro de los dos matones. Era una buena señal, pensó, y aprovechó para quedarse unos minutos más hasta que un grupo numeroso decidiera salir y así aprovechar la ocasión.

Pidió una cerveza Modelo y se apoyó en la barra. Ella esperó a que le diera la propina y él sacó un par de billetes de dólar, que puso sobre la mesa. Le sorprendió la manera en que funcionaba aquel país con las propinas. Después dio un trago a la botella y echó un vistazo a su alrededor. Los dos tipos habían ido en busca de alguien y lo habían arrastrado a un bar. Se sintió como un idiota al creer que había logrado dar con algo. No era así. Las Vegas era demasiado grande para él y encontrar el motivo por el que se habían cargado a Laureano le podría llevar mucho tiempo y dinero. Dos cosas que, en ese momento, no tenía en su vida.

Disfrutó el trago como si fuera el último, pues el cansancio comenzó a jugarle una mala pasada y a inundar su cabeza de pensamientos negativos sobre el caso y sobre dejar Las Vegas antes de hora. Reflexivo, sacó la ficha del bolsillo del pantalón y la observó con detenimiento.

«¿En qué demonios te habías metido, Laureano?», se preguntó, con la mirada puesta en la ficha del Venetian, como si esta tuviera la respuesta. No la tenía, pero la respuesta seguía allí, en esa ciudad, en esa ficha de cerámica.

Entonces, tal vez por los efluvios del alcohol o por el momento de lucidez que le proporcionaron las burbujas, comprendió que su amigo se habría metido en ese lío por una razón

de peso, pero no lograría averiguar nada sin ayuda. El inspector no era tan ingenuo como para buscarse la ruina en un casino, a casi nueve mil kilómetros de distancia.

Pidió una segunda cerveza y siguió sumido en sus pensamientos mientras el espectáculo continuaba. Las preguntas se amontonaban en su cabeza. Primero, Hatford, el Rolex, la postal. Luego, el testimonio de ese crupier. Necesitaba encontrar la conexión del casino con Laureano y estaba seguro de que Hatford sabía algo, pero que no se lo iba a contar.

«¿Deudas económicas con esos italianos? Lo dudo, viniendo de alguien que detesta el juego».

«¿Un asesinato sin resolver? Sería ir demasiado lejos para Laureano», pensó, al recordar los encargos de los que le había hablado su hijo.

Perdido en sus reflexiones, cayó en la cuenta de que no iría muy lejos sin la ayuda del FBI.

«¿Quién te crees que eres, Javier?», se cuestionó, recordando a su mentor. El hecho de imaginarlo abandonado en el desierto le removía las entrañas. Aunque el destino le indicaba que debía largarse de allí antes de que el asunto se pusiera más feo, no podía hacerlo sin vengar el honor del que había sido un hermano mayor en el Cuerpo.

«El honor y el legado son lo único que nos queda en esta vida», parafraseó a Laureano, recordando una de las muchas noches de guardia en el coche patrulla.

«Si tan solo pudieras enviarme una señal...», lamentó, desesperado.

A medida que sucedían los recuerdos y seguía bebiendo, se olvidó del concierto y de la noche, dejando pasar las horas hasta que la música se apagó y las luces se encendieron. La noche había llegado a su fin y los enormes porteros estaban echando al personal.

—*You gotta go!* —le dijo el tipo que había encontrado en la puerta.

—Vale, *my friend*. Ya me voy. Tan solo deja que acabe la cerveza... —le dijo en los dos idiomas, pero el otro no cedió a la petición y le quitó la botella de la mano. Después lo agarró del brazo.

—¡Suéltame! ¿Qué demonios? He pagado por esto... —Maldonado estaba alterado y algo achispado por la bebida. Por desgracia, cometió el error de alzar la voz cuando la sala estaba casi vacía.

Entonces apareció el hombre que le había dejado entrar. Esta vez, no iba a ser tan simpático como antes. Le hizo una seña con el pulgar al grandullón para que lo sacara por la otra puerta.

—*Bedtime, fella* —le dijo y el portero le propinó un puñetazo en el estómago que dejó al detective sin fuerzas. Después, el hombre lo agarró del cuello y se acercó para espetarle algo a los ojos—. *Don't fuck again with my girls, you got it?*

—No entiendo inglés... señor...

—Español... No molestes a mis chicas. —Lo soltó y el grandullón lo arrastró hacia una puerta trasera. Después la abrió y lo empujó por ella. Maldonado cayó sobre el pavimento, como un muñeco de trapo.

—Cerdo... —murmuró sin fuerza, debido al puñetazo de esa mole. Se quedó en el suelo durante unos segundos, observando a la gente que pasaba por delante de él, indiferente. Tenía la boca seca y un profundo ardor en la boca del estómago. Aquella era la señal que le habían enviado desde alguna parte, aunque no estaba convencido de que hubiese sido el espíritu de su amigo. Debía salir de allí y regresar al hotel.

Domingo.

Día 2.

Despertó con una fuerte resaca en la cabeza y dolorosas agujetas por todas las extremidades. El puñetazo final de la noche, sumado a la generosa ingesta de tragos y comida basura, le había pasado factura. Empezaba a amanecer en Las Vegas y, por un instante, creyó que ya no estaba allí. Tardó segundos en recuperar la consciencia y darse cuenta del desorden que había a su alrededor. Había llegado en un taxi, gastando los últimos dólares que le quedaban en efectivo en la cartera. Por suerte, llevaba más en el equipaje. La ropa estaba tirada sobre la otra cama y había una botella de agua vacía sobre la mesita de noche. Por la ventana entraba el sol de la primera hora, que calentaba lentamente la ciudad, mientras el frío del desierto se colaba por las rendijas de las habitaciones. Al mover la muñeca, comprobó que todavía llevaba puesto el Rolex de Laureano y se fijó en un pequeño arañazo que llevaba en la esfera. Pensó que lo habría provocado la caída y lamentó el espectáculo de la noche anterior. Dada la situación, reconoció la suerte que tuvo de no haber terminado como el inspector.

«Para eso, habría que hacer algo más que molestar al portero», pensó e intentó sentarse, apoyado en el cabezal de la cama. Una bruma mental se posó sobre su azotea. Necesitaba despejarla a cualquier precio, así que salió de la cama y caminó hacia el mueble donde estaba el teléfono del hotel. Recordó lo que había detectado la jornada anterior y se aseguró de que no fueran imaginaciones suyas. Al enchufe contiguo estaba conectado el adaptador de corriente que había comprado. Por fin, su teléfono tomaba carga y podía revisar los mensajes. La tarjeta SIM estaba apagada para evitar el gasto innecesario y las llamadas entrantes, por lo que no pudo saber si alguien había intentado contactarlo. Comprobó la bandeja de entrada de la aplicación de

mensajería y encontró varios mensajes de texto de González, además de los innumerables avisos que le habían dejado Berlanga y Marla, y que se negaba a abrir. No había noticias del hijo de Laureano y él tampoco se atrevió a escribirle, por miedo a que supiera la verdad y cayera en un engaño.

Pensó que no era justo, por él y por su compañero.

Puede que se le dieran muchas cosas mal, sobre todo a la hora de contar los hechos, pero no iba a cometer el error de maquillar una verdad, simplemente, para posponer la tragedia, decidió.

Por otro lado, con tanto sosiego, se había olvidado por completo del mexicano. De haber estado presente, los hechos habrían sido muy distintos, caviló.

Le escribió un mensaje de vuelta y se citó con él una hora más tarde, en el mismo lugar que la mañana anterior.

Cuando el detective llegó al vestíbulo del hotel, encontró el mismo panorama que las veces anteriores, observándolo como algo normal y se sorprendió al darse cuenta de cómo su mente comenzaba a normalizar lo que, en una primera impresión, le había parecido una extravagancia.

Tomó las escaleras mecánicas para bajar a la planta subterránea que lo llevaba a la salida de Flamingo Road, cuando sintió algo extraño en el ambiente. No era el olor a moqueta sucia, ni a quemado, que flotaba allí dentro las veinticuatro horas. Más bien, sentía como si alguien lo siguiera, aunque no observó nada extraño a su alrededor. Dedujo que se debía a la resaca, a la deshidratación y a la nube que, a pesar de una ducha fría y de la aspirina, aún arrastraba de la noche anterior. A la altura del Johnny Rockets, se fijó en el reflejo que hacía la puerta del cristal. Notó su figura, pero también una segunda, la de un hombre, que iba en su dirección. Prefirió no girarse y salió del hotel con la mayor celeridad posible. Al llegar al exterior, el semáforo estaba en verde y aprovechó la oportunidad para cruzar la carretera, dejando atrás a su persecutor. No era la primera vez que alguien lo seguía y sabía cuándo era un delirio o una realidad. Sin embargo, quería que el otro creyera que no se había dado cuenta de ello. Cuando estaba en el otro lado de la carretera, miró al paso de cebrá por el rabillo del ojo, desde la distancia, y lo encontró allí, esperando a que las luces cambiaran, con las gafas de sol puestas. Llevaba un atuendo informal y propio de alguien acostumbrado a partir huesos: gafas de sol oscuras, chaqueta de cuero, vaqueros y botas. Físicamente, a sus ojos, no era nada del otro mundo, pues se había enfrentado a tipos más corpulentos, si no fuera porque temía que llevara un arma bajo la chaqueta. Al fin y al cabo, estaban en América y la posesión de armas no estaba prohibida en el estado de Nevada.

Al cruzar la entrada trasera del hotel, encontró al investigador privado en el mismo lugar que el día anterior. Esta vez, Maldonado no se detendría a hacer la cola para pedir un café.

—¿Qué pasó?

—Muévete. Creo que me están siguiendo —le indicó y el otro se levantó de la mesa. Después agarró su café para llevar y los dos caminaron hacia el otro extremo del hotel—. Es una larga historia...

—¿Dónde te metiste ayer? Fui a tu habitación, pero no había nadie. Pensé que te había tragado la tierra.

—No recuerdo haberte dicho el número de mi habitación.

—No es tan difícil de conseguir. Es un viejo truco.

Maldonado se percató de las habilidades del mexicano y le sorprendió el gesto.

—No te lo vas a creer, pero el FBI me localizó.

—Oh, no mames. Para, para —le dijo, haciendo aspavientos con la mano—. No sé si quiero seguir con esto.

—¿Por qué te detienes? —le preguntó y lo miró con recelo. Entonces recordó las palabras de Hatford—. Te he dicho que me estaban siguiendo. ¿Qué quieres, que nos pase lo de ayer?

—¿Qué querían los federales, Maldonado?

—No me jodas, ahora, González. En este momento, ellos son nuestro último problema.

—Lo será para ti, pero no para mí.

—Oye, tronco. Tenemos que darle esquinazo a ese matón, o no habrá más explicaciones. Prometo que te lo contaré más tarde.

—Pinche, cabrón. No me jodas tú, ahorita. Habla.

Maldonado se arrimó a él para darle un último aviso. No había rastro del otro individuo, pero era consciente de que pronto aparecería.

—Escúchame bien, te he dado mi palabra. ¿Qué más quieres? Los federales encontraron a Laureano en el desierto con una bala en la cabeza. El asunto huele muy mal, si el FBI se encarga de ello, y no la policía de Las Vegas. Ahora, te pido que muevas el trasero si no quieres que acabemos también allí. —Maldonado siguió caminando, pero el otro no parecía moverse. Empezaba a perder la paciencia con él y se dijo que, si no colaboraba, seguiría sin su compañía—. ¿Qué pasa ahora?

—¿A dónde crees que vas por ahí?

—Busco una maldita salida.

—Si tomas el norte, terminarás en un agujero. Por ahí se va al Venetian.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Sígueme. Conozco un lugar en el que podemos despistarlo.

Salieron del hotel por la puerta principal y regresaron a Flamingo Road con Koval Lane. A pesar del frío de la mañana que llegaba de las montañas desérticas, el sol calentaba con fuerza y les aliviaba cuando no estaban a la sombra. Al otro lado de la carretera, vislumbraron una gasolinera junto a un enorme hangar con un aparcamiento elevado y varios moteles de bajo precio. El paraje tenía todas las papeletas para ser un buen sitio donde perderse, pensó el detective, así que no puso reparos. Al lado de la gasolinera, sobresalía un enorme letrero triangular de un local, tan antiguo como las películas que había visto en la televisión. Con tan solo cruzar la carretera, podía sentir que se encontraba en otra parte de la ciudad, a pesar de que el hotel no estaba muy lejos de allí. González parecía decidido con su paso y caminó hasta la tienda de recuerdos y objetos de todo tipo. En la entrada había un montón de expositores y maniqués con camisetas de todas las tallas y colores, rebajadas de precio. Los carteles hacían reclamo de tabaco, joyería, vestidos, tarjetas de teléfono, camisetas y todo tipo de recuerdos que nadie necesitaba en su casa.

—¿Para qué me traes aquí?

—Cuatro camisetas por nueve con noventa y nueve —respondió el mexicano, con sorna—. Quizá te venga bien mimetizarte con el entorno.

Maldonado no respondió y entró en la tienda. El local estaba regentado por dos inmigrantes que parecían de Oriente Medio, los cuales no quitaban el ojo a la pareja.

—¿Has pensado en mirar un abrigo? Con ese corte, llamas mucho la atención...

El detective miró la manga del Barbour y pensó que estaba exagerando.

—No voy a comprar nada aquí.

González agarró una camiseta con el famoso cartel de Las Vegas y se la entregó.

—Toma. Llévatela. Tu novia se alegrará —le dijo, como si le importara bien poco que alguien los siguiera. Maldonado la vio y se la dio de vuelta—. ¿No te gusta?

—No tengo novia. ¿Qué diablos hacemos aquí?

—Baja el tono... —le advirtió—. Estamos ganando tiempo.

—Tiempo es lo que nos va a faltar para salir por patas, como entre aquí...

—Descuida, detective —dijo y miró hacia la entrada—. Si entra, lo veremos a tiempo, pero él a nosotros no...

—Es un plan con fisuras que no me convence.

—Caminar hacia el Venetian era mucho mejor. Sí, señor —respondió y enfatizó el sonido de la erre, a modo de burla. Después observó la camiseta que le había ofrecido y la sacó del perchero —. Me gusta para mí. Creo que me la quedaré.

Pasaron los minutos y la única alarma fue la del tendero al ver que los dos hombres merodeaban sin ningún interés por los pasillos de la tienda. Finalmente, el detective se acercó a un expositor de llaveros y tomó uno con forma de destapador. Pensó en llevárselo de recuerdo.

Antes de pagar, González dejó unos dados de color rojo sobre la mesa.

—*It's on me* —le dijo al tendero y pagó por el abridor magnético y los dados. Maldonado se lo agradeció—. Son los daditos de la suerte... Siempre viene bien llevarlos encima. Dicen que te ayudan a ganar.

—Si tú lo dices... ¿Hubo suerte ayer?

—No mucha, pero la habrá hoy, cuando terminemos el trabajo. Lo presiento.

El detective aprovechó para comprar un par de cajetillas de light, por si no encontraba ocasión de hacerlo más tarde.

Abandonaron la tienda y caminaron hacia el sur, en busca de un lugar donde almorzar y hablar tranquilamente. Justo al lado de la tienda, una enorme cartelera llamó la atención de Maldonado.

—Joe's... Marisco, entrecot y cangrejo a la piedra —leyó en voz alta—. No suena mal, después de todo. ¿Es ahí?

—Lee bien, madrileño. Es un restaurante del Caesars. Sin embargo, mira eso... Un 7/11 con café y rosca a tres dólares.

El local de la conocida tienda de alimentación no presentaba el mejor de los aspectos. Una pareja de hombres fumaba y bebía, ocultando la botella en una bolsa de papel, junto a la entrada. Al otro lado, dos vagabundos rebuscaban en los contenedores de basura.

—Paso. —Los ojos del detective se clavaron en el anuncio luminoso de una cerveza, en inglés —. ¿Es que no hay un maldito lugar en condiciones por aquí para almorzar?

El otro se encogió de hombros y se echó las manos a la cintura.

—No lo sé, es como si Las Vegas terminara aquí...

—Espera, ¿qué me dices de eso? —le dijo, señalando a un cartel que había escondido detrás. Pertenecía a un motel que pasaba desapercibido—. No tiene mala pinta y seguro que tiene un restaurante.

—Tal vez... ¿Qué se te antoja esta vez? ¿Tortitas?

—Me conformaría con un par de huevos fritos y un café de verdad.

—Eres un hombre de costumbres, ¿eh?

—Me gustaría sentirme como en casa, aunque fuese por unos segundos. No pido gran cosa.

—Lástima. A mí me gustaría poder dedicarme a otra cosa, pero aquí estamos, unidos por el destino —dijo mientras jugaba con los dados en la mano.

Maldonado se quedó mirándolos por un instante.

—¿Eres creyente, González?

—Lo justo para saber que Dios aprieta, pero no ahoga.

—¿Entonces? —preguntó con curiosidad, acerca de los dos dados.

—Es una vieja costumbre. Siempre que vengo, los compro. La primera vez lo hice por tener un souvenir, pero me dan suerte cuando los llevo encima. Parece que esto de verdad funciona.

—Podrías habérmelo dicho en esa tienda.

—Pensaba que no creías en esas cosas...

—Y no creo, pero, ¿quién sabe? Quizá sea una señal para que todo cambie y sea nuestro día de fortuna.

—Tal vez. Regresaremos después del almuerzo.

—Sí... Después de todo, aquí se viene a eso, ¿no? A probar suerte.

—Así es —dijo y le mostró uno de los dados—. Hoy, algo me dice que la tenemos de nuestra parte.

El Village Café era un lugar muy modesto, más parecido a una cafetería que a un bar, en el interior del hotel Ellis Island, pero suficiente para hacer feliz al detective. Había pedido huevos con jamón y café, dado que no había nada más sencillo en el menú. El compañero había elegido lo mismo, cambiando el jamón por la panceta. A esas horas de la mañana, el local funcionaba a medio gas. La mayoría eran americanos, a excepción de ellos y de una pareja de asiáticos que hablaban en su idioma. Por un momento, Maldonado sintió la paz en su interior, al llenar las tripas con energía de verdad, sin sentir la presión de ser perseguido. Aun así, era consciente de que no podía bajar la guardia mientras permaneciera en esa ciudad. Por su parte, González se mostraba tranquilo, aunque pensativo. El detective sospechó que no le hacía gracia el hecho de que Hatford hubiese contactado con él. Recordó el encuentro y la manera en la que se refirió al mexicano. Era evidente que no era la primera vez que González tenía un roce con ellos.

—¿Qué tal la noche de ayer? ¿Me echaste de menos?

—Pues... Me saqué unos dólares. Poca cosa. ¿Dónde carajo te metiste?

—Larga historia.

—Ya.

—Tomé unos tragos con una meretriz y casi me dan una paliza.

—No mames. Eres el pinche Nicholas Cage.

—No exageres.

—Tuviste una noche más entretenida que la mía... Veo que empiezas a conocer el auténtico sabor de Las Vegas.

—Las he tenido mejores.

—¿Te refieres a la noche o a la compañía?

Maldonado esquivó la pregunta y fue directo a su preocupación. A esas alturas, empezaba a incomodarle el hecho de no tener con qué protegerse.

—Una pregunta, González. ¿Dónde puedo conseguir un arma?

El tipo lo miró con recelo.

—Ya te lo dije, güey. No, aquí no puedes. Borra esa idea de tu cabeza.

—¿Cómo que no? Este es el país de las armas. —Maldonado echó un vistazo a los otros comensales—. Me apuesto diez dólares a que encuentras más de un revólver bajo las barrigas de esos tipos.

—Perdón. Quería decir, que no quieres tener una. Llevar un arma es un problema.

—Ahora mismo, el problema es no tener una.

El otro rechazó su comentario y dio un sorbo a la taza de café.

—Mira, Javier. Respecto a lo de antes...

Maldonado sabía que, tarde o temprano, sacaría el tema a la mesa.

—¿Por qué no me contaste la verdad?

González arqueó una ceja y levantó la mirada del plato.

—Todos tenemos una historia. Incluido tú. No te he preguntado por ella.

—Mi historia no afecta a este caso.

—Yo diría que sí. Laureano era tu amigo y también un policía, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas... —respondió y se dio cuenta de que el otro había hecho sus deberes—.

En realidad, tienes razón. No te conozco de nada.

El otro dio un suspiro y miró al cielo, clamando un poco de paciencia. Después regresó a él.

—Escucha, yo no soy tu problema. Estoy dispuesto a echarle una mano, pero, ahora mismo, te come la paranoia.

—Entonces, ¿por qué me quieres ayudar?

—Tenemos un trato, ¿no es así? —le preguntó el otro y se quedó a la espera de una explicación más larga—. Soy un hombre de palabra. ¿A qué viene esto ahora?

La conversación elevaba la tensión. Maldonado empezaba a cuestionarlo todo.

—Además, ni siquiera sé qué haces aquí. ¿Me seguiste desde Los Ángeles?

—¡No, caray! Ya te lo dije.

—No, no me dijiste nada. Explícame qué interés tienes en ayudar a un español que va en busca de un fantasma. Necesito entender y creerte, para no creerme la versión de los federales.

—Eres terco como una mula. ¿Qué tengo que hacer para demostrarte que no miento? Soy investigador privado, carajo.

Dado que Maldonado no se creía nada, González sacó su billetera y le mostró una licencia para demostrar lo que era. El sabueso la leyó. En efecto, había conseguido ser investigador privado en el estado de California, y eso tenía el doble de mérito para él. Hasta donde su conocimiento llegaba, al menos en España, para ser detective había que poseer estudios y tener la aprobación del ministerio, por lo que supuso que las leyes allí serían más estrictas. Al comprobar los datos de la tarjeta, sintió una profunda vergüenza que no podía ocultar. Pensó que, de haber sido él la persona cuestionada, en ese momento, estaría bien cabreado.

—Entonces es verdad... Si eres detective, deberías llevar un arma encima... —le dijo cuando le devolvió la licencia—. Siento haber dudado de ti, pero...

El otro miró a ambos lados y se levantó la chaqueta de cuero para dejarle ver la culata de su arma.

—Me podrían denunciar por hacer esto en un lugar público. Los gringos son así. La puedes llevar, pero no mostrarla.

—¿Es una Glock?

—Del cuarenta.

—¡Diablos! Fueron ellos los que me advirtieron sobre ti.

—Los federales no quieren que nadie se meta en sus asuntos, aunque yo soy el estorbo de la policía. Los detectives somos esa mosca que no se marcha ni a cañonazos.

—Entiendo. —Dio un sorbo al café—. Debes saber que nos tienen fichados. Saben que estamos juntos.

—¿Te comentaron algo sobre mí? Seguro que sí. Siempre lo hacen.

—Que eres una oveja negra. Lo suficiente como para pedirte una explicación.

—El detective Hatford, ¿verdad? Ese pinche güero...

—Así que os conocéis.

—Cosas del pasado. Ya sabes, mis tiempos en la frontera y su paso por la DEA. Lo que no entiendo es por qué fueron a buscarte.

—Ya te lo dije. Encontraron a Laureano en el desierto. Me dieron un último aviso para que dejara el asunto y regresara hoy mismo a España. Con un poco de suerte, seré yo quien dé las malas noticias a la familia.

—Tu amigo estaba metido en un buen lío.

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—Es parte de mi trabajo.

—¿Has hecho los deberes, Speedy?

—Más o menos. —Dio un respingo y echó un vistazo a su alrededor, antes de seguir—. ¿Sabías si Antonio Laureano tenía alguna clase de deuda con la mafia?

—No. No las tenía. Ni siquiera tenía dinero para gastar.

—Vaya. Parece que tampoco te contaron toda la verdad.

—Dispara.

—La ficha marcada del Venetian... formaba parte de una partida de fichas destinadas al lavado de dinero.

—Te escucho.

—Aunque el Venetian es propiedad de la compañía Vici Properties, dentro de él operan diferentes organizaciones. Esto ocurre en la mayoría de los casinos, aunque cada vez está más controlado.

—¿Organizaciones de qué tipo? Como poco, lucrativas.

—Criminales. La mafia opera por todos los Estados Unidos y Nevada no es una excepción. Dicen que la presencia de los mafiosos terminó a finales de la década de los ochenta, y que los que ves por aquí, solo están de vacaciones, pero no es cierto... Ahora tienen hombres en posiciones de perfil bajo, como las de seguridad o dirigiendo los restaurantes.

—¿Restaurante? ¿En un casino?

—Así es. Operan desde ahí, pero, en realidad, coaccionan a los gerentes de los casinos, los que están por debajo de la junta y de los directores generales. Desde la posición media de la jerarquía hasta los crupieres. Atacan a quien más tiene que perder y, de ese modo, extorsionan y controlan el dinero que entra y que sale.

—Espera, ¿qué hay de toda esta seguridad?

—Parece que es suficiente, pero no lo es. Al menos, de puertas hacia fuera. Ahora, la policía y los federales no solo tienen que preocuparse con lo que sucede dentro, sino también con lo que hay en las calles de la ciudad.

—Ajá.

—El pastel es grande y por aquí pasan cientos de miles de personas cada semana, Javier... —le aclaró y dio un sorbo al café—. El botín se reparte entre las bandas organizadas que roban en los hoteles y las propiedades de alquiler. La mafia no es solo italoamericana. Los italianos manejan los clubes, los bares de striptease y el tráfico de drogas, además de ofrecer seguridad a los casinos. Pero, como ya te he dicho, tienen competencia.

—Sorpréndeme... —dijo mientras cortaba con el cuchillo un pedazo de jamón.

—Tienes bandas rusas, mexicanas, de la Europa del Este, asiáticas e incluso israelís — profundizó—. Los mexicanos se dedican principalmente a los robos, al asalto con arma y a los asesinatos, si son previo encargo. Por otro lado, tienes a los israelís, que están metidos en el lavado de dinero, la extorsión y el proxenetismo. Por si no fuera suficiente, están también los eslavos, que se centran en el fraude bancario, la suplantación de tarjetas de crédito y el robo de información digital.

—Vaya. Bonito escenario.

—Las Vegas es un pastel demasiado succulento, como para dejar que los demás se lo coman entero y a ti te den un pedacito, ¿verdad?

—No me gusta el dulce, ni los asuntos relacionados con el hampa. ¿Por qué sabes todo esto?

—Fui policía. Ya te lo dije. Uno se entería de muchas cosas en la frontera.

—Eso ya lo sé. Me refiero a cómo has averiguado que Laureano estaba metido en un asunto de lavado de dinero.

González arqueó una ceja. Puede que Maldonado estuviera ajeno a lo que sucedía a su alrededor, pero seguía siendo una mente aguda.

—Un buen detective siempre tiene conexiones en todas partes, incluso en el otro lado.

«Por eso Hatford te tiene fichado».

—No creo en los espíritus, ni en los fantasmas.

—Pero estás persiguiendo uno... —respondió con cierto reproche, al meterse en su terreno—. Vieron a Laureano apostando fuerte en las mesas del Venetian hasta que lo perdió todo.

—¿Qué tiene eso de especial?

—Que regresó más tarde, con más fichas de casino. Algunas de ellas marcadas. Por supuesto, las sospechas se levantaron, pero nadie hizo nada al respecto, ya que lo vieron reunido con varios de los hombres de Gambone.

—¿Gambone?

—Peter Gambone es uno de los capos de la familia Ferrara. Cada vez tienen menos fuerza en Las Vegas, aunque siguen operando en el sur del estado.

Maldonado sopesó las palabras que escuchaba. No entendía la relación de Laureano con la mafia. Podía poner la mano en el fuego por su amigo, de quien confiaba en que jamás se habría metido en un asunto como ese.

—Supongo que hay un motivo.

—Sí. El tipo que te asaltó en las escaleras de emergencia trabaja con Marco Larisi, que a su vez, es uno de los soldados de la familia Ferrara.

De pronto, el rostro del tipo engominado y traje imposible apareció en su mente.

—No lo entiendo.

—Es probable que Laureano se quedara sin dinero y que lo extorsionaran para que actuara como mula para no implicarse directamente en el lavado de dinero, sobre todo ahora que los federales han puesto las garras en la ciudad.

—Eso no tiene sentido.

—¿Por qué no?

Maldonado se mordió el labio, pero cedió a confesarle la verdad. Era lo menos que podía hacer, si quería avanzar con sus pesquisas.

—Laureano conocía al detective Hatford —aclaró. El otro arqueó la ceja izquierda—. De haberlo perdido todo, nos habría pedido dinero para regresar a España. No me creo que Antonio se metiera en un asunto así, a sabiendas de que Hatford estaba aquí.

—Entonces, solo se me ocurre otra cosa.

—Tú dirás.

—Que estuviera en una misión encubierta.

—¿Qué? —Maldonado se rio con nerviosismo—. Eso sí que es un disparate. Piénsalo bien. ¿A santo de qué? Ya tenía suficientes problemas que resolver en su vida.

—Entonces, ¿por qué no repatrian el cadáver de una vez?

—Quiero pensar que es una maldita cuestión burocrática.

—Este... Confías mucho en tu amigo, por lo que veo...

—Me demostró que podía hacerlo —le respondió y palpó la llave que guardaba en el bolsillo. Aún era pronto para hablarle de ella y sospechó que era mejor guardar el secreto.

—Pero las personas cambian con el tiempo, Javier. No sabemos qué carajo le trajo hasta aquí, ni qué motivaciones tuvo para hacer eso. ¿La verdad? Es que se reunió con esos tipos y que se quedó sin lana. Lo demás es purita ciencia ficción, amigo madrileño...

Terminaron el almuerzo con una sensación de plenitud, pero también de desasosiego. «Marco Larisi, Peter Gambone, familia Ferrara». Si antes del encuentro, Maldonado se encontraba confundido, ahora su cabeza era un océano de dudas.

El testimonio de González lo dejó sin palabras y la idea de que Laureano estuviera relacionado con la mafia empezaba a ganar fuerza en su cabeza. No podía creerlo y tampoco podía entenderlo, por lo que sospechó que Hatford le había ocultado información y que sabía más de lo que él había descubierto por su cuenta. Se sentía perdido en un laberinto complicado en el que no era fácil dar con la salida, a menos que descubriera lo que abría la llave que guardaba con él. Algo en su interior le indicaba que allí encontraría las respuestas, pero antes necesitaba saber a dónde pertenecía.

Debido a los derroteros que había tomado la conversación del almuerzo, no profundizó en su encuentro con Stacy Boom, ni en cómo había terminado interrogando al crupier. La versión del empleado corroboraba lo que González le había contado sobre su amigo, y eso era lo que más le asustaba. Pensándolo bien, se dijo que la mejor manera de acercarse a la verdad sobre el asesinato era tener una conversación con ese tal Marco Larisi. Una corazonada le decía que esos tipos tenían algo que ver con la muerte de su amigo.

Con cada paso que daba, la situación oscurecía todavía más.

¿Le estarían esperando?, se preguntó, pero prefirió no atender a los delirios que emergían en su mente, debido al cansancio, a la falta de respuestas y a la constante presión a la que se sometía en esa ciudad.

«Está en el ambiente, es como si te ahogara lentamente».

Regresar al Venetian era una jugada arriesgada que podía costarle más que dinero, pero sabía que no le pasaría nada mientras mantuviera el encuentro en el interior del casino. A fin de cuentas, las cámaras lo registraban todo y el soldado de ese Gambone no iba a ser tan idiota de hacerle daño a la vista de todos o, al menos, eso creía el detective. Decidió que esa sería su última carta y que lo apostaría todo a una jugada. Después de eso, se prometió que regresaría a Madrid y olvidaría el asunto. De esa manera, tendría la conciencia tranquila de haber hecho todo lo que estaba en su mano.

Se hizo cargo de la cuenta, pues no podía ser de otro modo, después de cuestionar la confianza del hombre que tenía delante. El reloj marcaba la una de la tarde y el sol quemaba sobre el asfalto de la carretera, cuando s

alieron del hotel. Caminaron por la misma calle donde habían parado en la tienda de camisetas y regalos.

—¿Has tomado alguna decisión al respecto?

—Iremos al Venetian esta noche.

—Directamente en la boca del lobo...

—Quiero hablar con ellos y zanjar este asunto. ¿Me acompañarás?

—Sí, claro, ¿por qué no? Estaré jugando al blackjack mientras presencio cómo te rompen los dientes...

«Tan solo te advierto, Maldonado. No queremos que se repita lo de Laureano», recordó para sus adentros con la voz del federal.

—Quiero averiguar en qué andaba metido Laureano, saber la verdad. Nada más que eso. Es lo mínimo que puedo hacer por su familia. Es la única manera de averiguar qué sucedió y cerrar este asunto. Hatford jamás confesará.

—En eso te doy la razón. Pero, antes, necesitaría una siestecita...

—Claro, qué novedad.

Avanzaron unos metros hasta que pasaron por la puerta del 7-Eleven que habían cruzado antes de almorzar. En ese momento, a González se le ocurrió algo y se dirigió al interior.

—¿A dónde vas?

—Quiero comprar unos caramelos mentolados, me gusta tener el aliento fresco.

Maldonado pensó en esperarlo en la entrada mientras fumaba, pero decidió comprar un café para llevar. No podía con el café aguado e insípido que servían en los restaurantes, que era como un cubo de agua sucia y caliente.

Al entrar en el establecimiento, saludaron al dependiente del mostrador, un tipo de unos treinta años, con cara de aburrido, que leía una revista de videojuegos. La tienda estaba vacía, a excepción de una señora que compraba una bolsa de patatas fritas y una garrafa de zumo de naranja de cinco litros. La sección de comestibles era enorme, mucho más grande de lo que el español estaba acostumbrado a ver en Madrid.

Esperó a González mientras este se dirigía a un pasillo en busca de los caramelos. Al ver que tardaba, decidió pedir el café.

—Café, por favor. Doble espresso —indicó, con su inglés de batalla. Finalmente, apareció el compañero con un paquete de caramelos en una mano, una bebida energética en la otra y una bolsa de Cheetos entre los brazos.

Al verlo llegar, el detective lo miró con sorpresa. No esperaba que tuviera apetito tras el almuerzo.

—No me mires así, que pareces mi mamá. Me gusta tener provisiones en la habitación... Yo pagaré esto.

—Tranquilo —le dijo y buscó la billetera—. Déjalo ahí delante.

En ese momento, la puerta se abrió.

Maldonado estaba concentrado en su cartera para sacar los billetes y pagar la cuenta. Sin embargo, la silueta se quedó en la entrada y eso llamó su atención.

Primero, notó la tensión en el cuerpo de su compañero, que estaba delante de él. Al girar la cabeza, vio al matón que lo había perseguido, un par de horas antes, plantado frente a los dos, con las gafas de sol puestas y la parca en su mirada. Un par de segundos bastaron para que el extraño desenfundara su arma y apuntara a González en la cara. Maldonado no tuvo tiempo para reaccionar. Se oyó una explosión y la cabeza del investigador privado se balanceó hacia atrás, arrastrando su cuerpo con él. Un pitido ensordeció al detective. González se desplomó como un busto de arcilla en el suelo. Los dados rojos de la suerte salieron del bolsillo de su pantalón y un charco de sangre comenzó a formarse alrededor de su rostro. El disparo le había atravesado la cara. Maldonado lo miró desde arriba y encontró sus ojos abiertos con la estupefacción de quien observa a la muerte antes de marcharse. El tipo del mostrador temblaba de pavor y se había hecho pis encima. En ese momento, el detective miró al sicario y se quedó paralizado, consciente de que su viaje había llegado a su fin. El hombre apuntó hacia él con un movimiento recto y tiró del gatillo, pero el arma se encasquilló y la bala no salió.

Uno.

Dos.

Ahora.

En un momento de confusión para todos y de lucidez para él, el sabueso actuó con determinación, se agachó y tomó el arma de González. No lo pensó dos veces antes de disparar contra el hombre que tenía delante, luchando por hacer funcionar su pistola. Sin embargo, la jugada no le salió bien y el adversario logró apartarle el brazo y desviar la puntería. Disparó dos veces. El primer impacto dio en el techo y el segundo se acercó al objetivo. Se oyó un grito desgarrador en la tienda cuando observó que la bala le había alcanzado la oreja derecha. El tipo retrocedió y comenzó a gritarle en inglés.

Con el corazón a mil por hora, solo pensaba en la manera de salir de allí.

Tiró el arma al suelo para olvidarse de más problemas y empujó al hombre contra el mostrador, con el fin de impedirle que lo siguiera. Después, cogió los dados de González y se los echó al bolsillo del Barbour.

Cuando logró salir del local, corrió disparado hacia el final de la calle, hasta que divisó la entrada trasera del hotel. Corrió todo lo que pudo, dejándose la vida en ello, pues era lo único que le quedaba, sin pensar en las consecuencias de lo que había pasado en el interior de la tienda. Una vez que llegó dentro del hotel, aminoró la velocidad para no llamar la atención de los guardias de seguridad. Estaba acalorado por la carrera y el pulso se le había disparado. Si no rebajaba los latidos, era probable que le diera un infarto. Cruzó el cartel de Las Vegas que había en la entrada y tomó las escaleras mecánicas que lo llevaban al vestíbulo. La gente lo miraba de reojo y apartaba la vista cuando se fijaba en ellos. Su rostro, pálido, sudoroso y descompuesto, era el reflejo del miedo y la desesperación. Finalmente, llegó a los ascensores y subió hasta su planta. Entró en la habitación y se aseguró de que estuviera vacía. Por último, con las manos temblorosas, buscó la billetera y sacó la tarjeta que Hatford le había dado.

Descolgó el teléfono de la habitación y marcó el número, pero saltó el contestador automático.

—¡Mierda! —gritó, golpeando el aparato contra la mesa.

Estaba lleno de rabia e impotencia, y era incapaz de controlarse.

Colgó y respiró hondo, buscando la manera de calmarse.

«Respira, Javier, respira... Saldrás de esta».

Hacía mucho tiempo que no se encontraba en una situación tan peligrosa y, lo peor de todo, es que era consciente de ello.

Corrió al cuarto de baño y destapó la cisterna del váter. Después, sacó la llave del bolsillo del pantalón, consciente de que allí estaría a salvo, y la escondió bajo el depósito.

Para él, no había otro motivo por el que lo seguían, y debía proteger ese objeto a toda costa.

En ese momento, alguien tocó a la puerta. Esta vez, no esperaba que fuera Hatford, ni González. Cerró la tapa y se secó las manos. Después se acercó a la mirilla, para comprobar quién estaba al otro lado. De pronto, suspiró con alivio. Era Stacy Boom y necesitaba ayuda. Parecía que alguien la había herido.

Cuando abrió, la encontró allí parada, oliendo a su particular fragancia embaucadora, con el rostro magullado y el maquillaje corrido.

La mujer se echó encima de sus brazos y el detective miró a ambos lados del pasillo. Stacy rompió a llorar delante de él.

—Stacy, ¿qué ocurre? ¿Quién te ha hecho esto?

—Lo siento, Javier... No sabía a quién recurrir.

—¿Qué demonios pasa?

Ella levantó la mirada de su pecho y la clavó en él en un gesto de auxilio.

—Tienes que ayudarme.

La mañana no le había dado suficiente, como para que ahora Stacy Boom llorara sentada a los pies de su cama, en busca de amparo.

Ayuda, precisamente, era lo último que podía ofrecerle, pensó al verla, malherida, como un ángel apaleado. No podía atenderla, pero su naturaleza le impedía echarla de la habitación. Sabía que, teniéndola allí, la ponía en peligro, en la misma situación que a él. Por otro lado, no podía distraerse. Stacy era un avispero de problemas.

Se lavó la cara mientras ella sollozaba y recuperaba la respiración. Tomó una aspirina y pensó que en un rato se le iría el dolor de cabeza. No podía pensar con una nube de pensamientos encima, pero tampoco tenía tiempo para esperar a que esta pasara. Debía tomar una decisión rápida. Abandonar el hotel y dirigirse al aeropuerto, para comprar el primer billete de vuelta a Madrid y olvidar el asunto, era una solución. Quizá la más sensata, se dijo, tal y como se habían desarrollado los acontecimientos.

«Esta vez, la intuición no ha sido la mejor de las consejeras».

La otra opción era tentar a la suerte, una vez más, consciente de que esta no estaría de su lado, y cavar más en el agujero donde habían enterrado a Laureano y ahora a González.

Sacó los dados rojos y los dejó junto al televisor, pensando que ya no le darían fortuna.

«Maldita sea, pinche cabrón. ¿Por qué has tenido que ser tú?», lamentó, impotente por no haber logrado salvar a su compañero. Después de todo, González no le había fallado, sin pedirle nada a cambio. Puede que su pasado no hubiese sido el más pulcro, pero, ¿acaso era él un ejemplo de la transparencia y de las buenas maneras?, se preguntó con enfado. El mexicano le había demostrado una ética y unos valores que muy pocos expolicías tenían ya. Aparcó el tema a un lado por unos minutos, antes de derrumbarse moralmente. De fondo, escuchaba a la mujer que lo

acompañaba, que le contaba una versión mezclada de los hechos en espanglish. Los nervios y la agitación le impedían hablar con claridad en el idioma del detective y este no lograba concentrarse en lo que le decía.

Llenó un vaso de agua del grifo del baño y se lo acercó para que bebiera y se tranquilizara.

—A ver si me he enterado bien, Stacy... —le dijo, interrumpiéndola para que se callara—. Unos tipos han intentado abusar de ti porque ayer estuviste hablando conmigo. Eso es lo que me quieres contar.

—Yes. Perdón... Sí.

—¿Ha sido ese crupier quien se ha chivado?

—¿Eh? No, no creo. Lo habría sabido.

—¿Tony, Marco?

—No. Ellos no.

—¿Gente que trabaja para ellos?

—Puede ser.

—Estupendo... Vienes a mí para que te ayude, cuando, en realidad, sabes de sobra que te estás metiendo en más problemas.

—No tengo a quién recurrir, Javier. Estoy sola en esta jodida ciudad. Tú eres un buen hombre.

—Quieres que te ayude, pero no quieres que llamemos a la policía, ni tampoco contarme la verdad.

—No, please. No police.

—Ellos son los que te pueden ayudar. De hecho, son los únicos que pueden hacer algo por ti.

—¿De verdad crees eso?

—No, la verdad es que no... Dentro de lo que cabe, no es tan buena idea —murmuró, al pensar en las explicaciones que tenía que dar y el tiempo que le llevaría. Necesitaba una respuesta rápida para que se fuera y así desaparecer él también—. Mira, Stacy, no has venido en el mejor momento para pedirme un favor... Ha pasado algo que me obliga a desaparecer de este lugar.

—Ellos me han preguntado por ti.

—Ellos, ¿quiénes?

—Los tipos que me han asustado.

—¿Qué les has dicho?

—Me han pegado y han abusado de mí... —La mujer lo miró, con los ojos cristalinos por las lágrimas, y la cara pintada como si fuera un payaso—. Eres un buen hombre, Javier...

—Sí, sí. Eso ya lo has dicho varias veces. Pero, ¿qué les has dicho sobre mí?

—Nada. No les he dicho nada. *Nothing!*

—Bien. —El detective respiró hondo y se acercó a ella. Se fijó en sus rodillas, que estaban en carne viva, e imaginó con rabia la manera en la que la habrían tratado—. Escucha, no sé por quién me tomas, ni quién crees que soy, pero ya te lo he dicho. No puedo ayudarte, ni protegerte. Te puedo dar dinero, si es lo que quieres, pero eso es todo.

Maldonado echó mano a la billetera y comenzó a sacar un puñado de dólares que le puso delante.

Ella los rechazó.

—¡No! ¡No todo es dinero, joder!

—No te alteres, ¿quieres? No es bueno para el corazón. Además, te sube el cortisol.

—*You are not being funny.*

—No, no lo soy. No soy gracioso ni esta situación me divierte. Mira, seré franco contigo. Estoy metido en un lío del carajo y tengo que coger un vuelo de vuelta a España antes de que me arrepienta.

—Pero, ¿y todo lo que hice anoche por ti? ¿Y Charlie?

—¿Perdona? Teníamos un trato y los dos cumplimos con nuestra parte. Me sacaste trescientos dólares por interrogar a ese fumador de canutos que reparte cartas en el casino.

—Tú me has metido en esto. Esto es por tu culpa, por tu amigo...

—Sí, puede ser. Échame la culpa si quieres, pero ya no puedo seguir buscando a Laureano.

—¿Por qué? Yo quiero ayudarte.

—No, no necesito tu ayuda —le dijo, dudando de si lo hacía por dinero o buscaba algo más. Era probable que sí, pensó. Al fin y al cabo, sabía que esa mujer se arrimaba al fuego que más calentaba—. Ya me has ayudado bastante. Ahora te pido que te largues.

Ella lo agarró del brazo y lo tiró hacia la cama. Al acercarse, pudo notar el olor amargo de su aliento. La mujer había estado bebiendo antes de subir a la habitación.

—Ellos me matarán. Ayúdame, sácame de aquí, llévame contigo...

Él se quedó pensativo por unos segundos, pero ni los sugerentes senos que tenía delante, le iban a hacer cambiar de parecer. Maldonado no era el héroe de nadie y hacía mucho tiempo que se había convertido en el villano de su propia historia. Se apartó, lentamente, generando un ambiente más relajado y permitiendo que el éxtasis de la situación se desvaneciera. Era muy fácil caer en los juegos de alguien como Stacy. Entonces, se dirigió a la otra cama, abrió la bolsa de equipaje y comenzó a meter sus cosas en ella.

—No te puedes marchar.

—¿Por qué no? —Él le daba la espalda, mientras seguía con su tarea.

—Marco te encontrará y te matará —le dijo y lo paralizó—. Me matará a mí también. ¡Nos matará a todos! *He'll kill us all!*

Maldonado suspiró y contó hasta tres. Después se dio la vuelta.

—Cálmate, ¿quieres? Y deja de hablar en arameo, que no entiendo nada. Marco no nos hará daño hasta que no consiga lo que busca.

—¿Por qué no se lo das y terminamos con esto?

—No negocio con criminales.

Ella sonrió con desprecio.

—¿Qué pasa conmigo? ¿Cómo crees que voy a regresar a la calle?

—Quizá sea el momento de buscarte otro empleo más seguro, ¿no crees? O de mudarte a otra ciudad.

—No... Me perseguirá. Lo sé, lo conozco.

La frase llamó la atención del detective.

—¿Qué tan bien lo conoces?

Ella se quedó callada.

—Lo suficiente. Conozco todos sus secretos... y él los míos.

De pronto, el detective cambió de actitud y ella lo notó cuando la miró de frente.

—Entonces dime qué quiere.

Ella aguantó la respiración unos segundos.

—No estoy del todo segura... pero tu amigo guardaba algo que les pertenece. Ahora, Marco cree que lo tienes tú y por eso estás aquí.

Las sospechas se cumplieron y él entendió que Laureano había hecho tratos con esa gente y que, probablemente, lo que buscaban, estaba en el interior de la caja que se abría con esa llave.

—Fue la gente de Gambone quien se cargó a Laureano, ¿verdad?

Ella lo miró, desconcertada. El nombre de Peter Gambone transformó su rostro.

—¿De qué estás hablando?

—Mi amigo Antonio Laureano. ¡Responde, joder!

—No... No lo sé... *What the fuck, Javier! I don't know!*

—Mira, chica, será mejor que colabores, si no me quieres hacer enfadar. Cuéntame lo que sabes, o te arrepentirás de haber venido aquí.

—No quiero que te enfades conmigo, por favor, Javier... Quiero que me ayudes. Eres un buen hombre.

—Deja de decir eso, ¡por Dios! Laureano estaba metido en un asunto turbio con Marco Larisi. ¿Crees que soy idiota? Sé que ese tipo trabaja para la familia Ferrara y estoy al corriente de los negocios que manejan en esta ciudad. Así que te lo preguntaré, bien claro, si no quieres arrepentirte de haber cruzado esa puerta...

—Javier...

—Dime, Stacy. ¿Fueron ellos? Sé que lo sabes.

Ella agachó la mirada.

—¿Trabajas para el FBI?

—¿Qué?

—Por favor, Javier. No quiero más problemas en mi vida... Si los federales me descubren, primero, me utilizarán para que sea una informadora, después para que testifique en contra de Marco, de Tony y Peter Gambone, como testigo protegido... y, por último, me chantajearán para que les dé más y más. ¿Sabes lo que eso significa? ¡Que estoy muerta!

—No digas eso. Siempre hay una salida.

—¿Por qué crees que estoy aquí?

—No puedes venir a España, pero puedo hablar con un contacto del FBI para que te proteja, si colaboras conmigo. Él era amigo de Laureano y te prometo que tendrás un trato especial, pero tienes que contarme todo lo que sabes sobre Laureano. Estoy harto de tanto enredo.

Ella se rio y después le sonrió, pero no era una mueca de desprecio, sino de misericordia, debido a la inocencia de las palabras del detective.

—Ay, vaquero. Parece mentira que no sepas distinguir.

—¿El qué?

Ella seguía sonriendo y eso le incomodaba aún más.

—Borra esa mirada... —le dijo él, que empezaba a ponerse nervioso.

—¿Qué diferencia hay entre unos y otros? Al final, en esta vida, debes tomar parte.

El detective cayó en el error sin haberlo visto antes. Se abalanzó sobre la mujer, la cogió de la blusa y se la rompió de un tirón, dejando a la vista el sujetador. Por un momento, pensó que se había excedido, pero los ojos se fijaron en el minúsculo bolso que llevaba encima todo el tiempo. Lo abrió y observó la pantalla encendida del teléfono móvil. Cuando la comprobó, la llamada había terminado. Tiró el terminal al suelo y la miró a los ojos con rabia.

—Serás zorra.

La mujer lo empujó hacia atrás y se separó de él. Sin que tuviera tiempo para reaccionar, dos hombres entraron en la habitación y cerraron la puerta. Antes de que se pudiera girar, lo

agarraron por los brazos para inmovilizarlo. En el poco tiempo que tuvo para defenderse, reconoció el rostro de Tony, el compañero de Marco, y la oreja quemada del otro, al que había disparado una hora antes. El primer puñetazo le llegó a la nuca con tanta fuerza, que casi lo dejó sin sentido.

Stacy se acercó a él, sin ninguna misericordia, y le escupió en la cara. Maldonado apenas podía moverse.

—*You son of a bitch...*

El segundo golpe lo vio venir, pero su cuerpo no lo resistió y cayó inconsciente sobre la moqueta de la habitación.

Cuando recuperó la consciencia, la habitación se encontraba de patas arriba. La televisión estaba encendida, a todo volumen, y reproducía una película en la que aparecía Bruce Willis. Al mismo tiempo, aquellos tres seguían allí. Lo habían sacado todo de su lugar. Desde la moqueta, observó cómo el grandullón sujetaba a Stacy con fuerza, hasta hacerle daño en las muñecas. Hablaban en inglés, por lo que el detective no entendía muy bien lo que decían. Sin embargo, por la manera en la que se movían, parecían estar nerviosos porque no encontraban lo que buscaban. El detective se mantuvo callado e inmóvil mientras pensaba. Por el rabillo del ojo, miró a la puerta de la habitación y calculó que estaba demasiado lejos como para salir sin que le dieran una buena sacudida. Después, se fijó en la bolsa de equipaje, que la habían vaciado sobre la cama y ahora estaba tirada en un rincón. Guardó las pocas fuerzas que le quedaban para no llamar la atención. Sabía que era una cuestión de tiempo que se largaran de allí, lo sospechó al notar la desesperación.

Continuaron discutiendo unos segundos en la habitación hasta que Stacy elevó el tono de voz y Tony le respondió con un bofetón que la silenció. La mujer cayó sobre la cama y sus ojos se encontraron con los del detective.

«Mierda, no lo hagas, mujer...», pensó para sus adentros cuando notó cómo se daba cuenta de que estaba consciente. El corazón le bombeó con tanta fuerza que lo notó en la sien. Si descubrían que estaba despierto, lo más probable es que le dieran otra paliza hasta que hablara. Por alguna razón, se habían olvidado de él por un momento y eso lo mantenía a salvo. En su alma, el detective aún albergaba algo de fe sobre aquella mujer. Ella le aguantó la mirada unos segundos más y luego se pasó la mano por los labios manchados de sangre. Finalmente, se levantó de la cama y guardó silencio.

—*We gotta go* —les dijo Tony a los otros.

Maldonado no podía verlos porque tenía los ojos cerrados y la cara pegada a la moqueta, pero entendió esa última frase que sería su salvación. Antes de que se marcharan, notó la presencia de un hombre que se acercaba y después sintió su colonia. Sin tiempo para reaccionar, el tipo le arrancó el reloj de la muñeca y después le asestó una patada en el estómago, que lo atravesó por dentro. Intentó fingir que seguía inconsciente, guardándose el dolor, pero no logró ocultar el malestar. El esbirro se alejó, apagó la televisión y agarró a Stacy con violencia para llevarla con ellos. La mujer se zarandeó y los tres salieron de la habitación como si nada hubiera sucedido allí dentro. Acto seguido, la puerta se cerró de un golpe y el silencio inundó la estancia.

Maldonado esperó unos segundos sobre la moqueta, hasta cantar victoria. La cabeza le daba vueltas y sentía una necesidad imperiosa de beber agua.

«¿Qué demonios...?», se preguntó al ser consciente de que aquella situación estaba llegando al extremo. Primero, González, ahora él. No habría una tercera oportunidad para resolver aquello.

Poco a poco, se incorporó del suelo y se arrastró hasta la cama.

Apoyó la espalda en un lateral y se quedó sentado sobre la moqueta mientras intentaba recuperarse. Estaba mareado por la paliza y los golpes le habían dejado un mal cuerpo tremendo, pero su mente funcionaba al ritmo de siempre. Necesitaba un plan, encontrar una solución y buscar aliados. No podía hacer frente a la gente de Gambone por su cuenta. Lo había intentado con González y el resultado había sido un desastre. Intentó no pensar en la imagen que tenía del detective con una bala en la cara. Una horrible imagen grabada a fuego en su mente.

«Maldita sea, Laureano. ¿En qué carajo andabas metido?», se preguntó, harto de aquel asunto.

Antes de hacer ese viaje, jamás imaginó que el inspector habría cavado tan hondo, hasta acabar su propia tumba. Por desgracia, era tarde para cambiar las cosas y ahora solamente podía pensar en los pasos futuros.

Caminó con dificultad hasta el baño y se lavó la cara para despejarse. Estaba pálido como el color de la porcelana del lavabo, pero se había visto con peor cara en otras ocasiones. Se aseó con dificultad y se limpió las manchas de sangre para ocultar el mal estado en el que se encontraba. Después, se giró y destapó la taza del váter. A pesar de todo, se alegró por encontrar la llave dorada que había escondido bajo la cisterna. Sumergió la mano en el agua y la sacó de allí para guardarla con él. Si eso era lo que buscaban, tendrían que pasar por encima de él para conseguirla, se dijo. Así que ponderó las dos opciones que manejaba. Tomar ese maldito avión y regresar a Madrid, o resolver aquel asunto, descubrir qué era lo que ocultaba Laureano y vengar el honor de los dos expolicías que habían perdido la vida a causa de esa llave.

Regresó a la estancia y echó un vistazo general. No tenía fuerzas ni ganas de poner orden, pero entendió que el servicio de habitaciones se alarmaría al ver aquel desastre. Con movimientos lentos, recogió las pocas pertenencias que llevaba y encontró la postal que guardaba en su chaqueta, a los pies de una de las camas. La tomó del suelo, se sentó en el borde de la cama y releó lo que Laureano le había escrito a su hijo, pensando que, tal vez, esas fueran sus últimas palabras, antes de morir. Entonces, se percató de un detalle que había pasado por alto hasta entonces.

«Toda la verdad que protege el guardián americano».

—El guardián americano... —murmuró, intentando recordar dónde había leído eso antes. El nombre le resultaba familiar, pero las puertas de su subconsciente no parecían abrirse ni a puntapiés. Intentó relajarse, calmando la mente y tomando respiraciones pausadas. Sabía que era el mejor método para bucear en los recuerdos y dejar que la memoria hiciese su trabajo. Lo sabía porque lo había hecho antes. A medida que tomaba respiraciones más largas, pareció entrar en un estado de relajación absoluta. Cerró los ojos y sintió cómo le pesaban las extremidades, hasta que su mente se sumergió en un trance que lo abstrajo de la realidad.

Entonces, comenzó a verlo todo más claro.

Desde su llegada, hasta el desencuentro del 7-Eleven. Las imágenes regresaron a su cabeza y se vio en el interior del coche de Hatford, de camino a las oficinas del FBI, cuando vio aquel cartel. Podía sentir hasta el olor de la tapicería del vehículo.

«The American Guardian...».

Tomó su teléfono móvil y tecleó el nombre, con la esperanza de dar con una conclusión.

«The American Guardian, Safe Deposit Boxes», leyó en silencio.

A pesar de que sus conocimientos eran limitados, lograba entender que el anuncio hacía referencia a «cajas» de «depósito» «seguras», lo cual, significaba que ofrecían servicios de cajas fuertes. Sintió un palpito y volvió a leer la nota, esta vez, teniendo en cuenta lo que Laureano le explicaba a su hijo.

Acto seguido, buscó el nombre de la compañía en la aplicación de mapas. De pronto, una chincheta roja se marcó al este de Flamingo Road, no muy lejos de allí, a diez minutos en coche.

«Toda la verdad que protege el guardián americano saldrá a la luz, y solo entonces limpiaré el honor de esta familia».

—Diablos, Laureano... tú y tus malditos acertijos.

Un rayo de fuerza lo atrapó y lo revitalizó. La adrenalina comenzó a correr por su cuerpo. Con la postal en la mano y la llave dorada en el bolsillo, agarró su chaqueta y se dispuso a salir, hasta

que frenó en seco en la puerta. Se quedó parado durante unos segundos, consciente de que no podía hacerlo solo. Si salía por esa puerta, era probable que lo estuvieran esperando abajo o que lo estuvieran vigilando. Entonces dio la vuelta y se dirigió al teléfono de la habitación. No tenía tiempo para reflexionar al respecto. Sabía que, si metía al FBI de por medio, todo habría terminado para él y su caso. Lo peor de todo era que la colaboración de Hatford no le aseguraba nada: ni su vida, ni que regresara a España, como había salido de allí. Desgraciadamente, ya no tenía fuerzas para continuar por su cuenta. No quería ser otro recuerdo más en la memoria colectiva, y algo en su interior le impedía dejar atrás lo que había prometido hacer allí. Tras meditarlo durante un minuto, en busca de una alternativa que no parecía existir, sacó la billetera del bolsillo del pantalón y tomó la tarjeta que el detective Hatford le había entregado.

Después, descolgó el aparato y marcó el número que había escrito en la tarjeta.

—Hatford.

—Soy Maldonado —le dijo y el detective se quedó callado. Por alguna razón, parecía que no esperaba escucharlo de nuevo—. Es urgente. Tenemos que vernos.

—¿Ha ocurrido algo con tu vuelo?

—No. Nunca llegué a subir a ese avión.

La línea telefónica no era segura. Maldonado sospechó que la gente de Gambone le habría pinchado el teléfono, por lo que acordó con Hatford que se reunirían en la zona de descarga del hotel. Aunque supieran que estaba con el FBI, pensó que no serían tan idiotas de buscarse un problema innecesario. Después de todo, ellos solamente querían la llave, aunque el detective aún tenía que aclarar lo que escondía.

Con las gafas de sol puestas, atravesó el hotel hasta la puerta que daba a Flamingo Road y buscó el alargado Ford del detective.

El agente salió del coche en cuanto lo vio. Su actitud no era la más amable y no tenía cara de estar de humor ese día, pero Maldonado no estaba allí para hacer amigos. Lo saludó y le indicó que subiera al vehículo. El sabueso accedió y entró por el otro lado.

Lo primero que notó fue el olor de la tapicería del coche, que era una mezcla entre olor a nuevo y un ambientador. Hatford le recordaba a Berlanga, de alguna manera, pues iba vestido de traje y corbata y con un abrigo azul que marcaba la diferencia con la manera de vestir de los clientes del hotel. Era como si estuviera viviendo en otra ciudad, muy alejada de Las Vegas. Después se fijó en la radio y en el posavasos que había en el coche, un detalle que no tenían los vehículos que se comercializaban en España. Era un espacio diseñado para apoyar bebidas como los cafés enormes en vasos de cartón que bebían allí.

Nada más arrancar, Hatford salió de allí y tomó la carretera.

—¿Te han seguido? —le preguntó, rompiendo la formalidad que los había separado hasta el momento—. Contesta.

—No, que yo sepa... —dijo el detective y se puso el cinturón de seguridad.

El sol comenzaba a caer y, pronto, la noche volvería a animar la ciudad entera. No importaba que fuera lunes o sábado. Todos los días eran buenos para pasar la mejor noche de tu vida. Lentamente, como en la secuencia final de una película, se alejaban de la zona de ocio y entraban en una zona más residencial. Para el detective, era de lo más extraño. No había peatones por las aceras, todo estaba apartado, en medio de la nada, con los edificios alejados unos de otros y grandes carreteras de cuatro o cinco carriles que cruzaban por medio. Cuando notó que las gafas le impedían ver con claridad, se las quitó y dejó a la vista su mirada enrojecida.

—*Goddamn...* ¿Qué te ha pasado?

—Tenemos que hablar.

—Por supuesto. No deberías estar aquí. Espero que tengas una explicación para haber desobedecido la orden de subir a ese avión...

—¿Era una orden?

—Te has buscado un problema.

—Dime algo que no sepa ya —contestó y chasqueó la lengua—. ¿Y tu amigo el «schnitzel»? ¿No viene hoy?

—Es de ascendencia polaca, no austriaca. ¿Me vas a contar qué demonios ha ocurrido? Más te vale hablar, Maldonado. Te recuerdo que soy un agente federal.

Maldonado lo miró de reojo y después volteó la mirada al frente.

—Necesito que me lleves a un lugar.

—No pienso llevarte a ninguna parte hasta que no hables.

—La gente de Peter Gambone ha matado a González.

Al oír aquello, Hatford reaccionó de manera errática y frenó en seco en un semáforo que se había puesto en rojo y que casi se salta. El cinturón de seguridad aguantó la embestida y Maldonado comprendió que no esperaba esa noticia. Por el cristal observaron el enorme cartel de un restaurante de carretera familiar llamado «Blueberry Hill», que estaba abierto las 24 horas. Entonces, sin cruzar una palabra, el detective salió de la carretera y se metió en el aparcamiento del restaurante.

Por fin, Maldonado comía en un sitio auténtico, aunque no tenía mucho apetito después de la sacudida que le habían dado. Aquel restaurante con aspecto de «diner» era lo más parecido a un bar español, a diferencia de que no había barra en la que apoyarse, ni gente ruidosa jugando a las máquinas tragaperras, ni una televisión en lo alto del local emitiendo las noticias. A decir verdad, el ambiente del lugar no tenía nada que ver con lo que se respiraba en el Strip de Las Vegas. Los clientes parecían ser trabajadores de la ciudad y no turistas, a pesar de que solo estuviera a diez minutos de todo el caos de la extensa avenida. Casi todo lo que había allí eran familias, empleados de otros comercios, parejas de enamorados o amigos que se reunían a comer. Maldonado se fijó en los platos, que no tenían mala pinta, y los dos hombres tomaron una mesa que había en un rincón. Los asientos eran acolchados, de color rojo, y estaban enfrentados. Sin duda, era como si estuviera en un restaurante VIPS de Madrid, con todos sus detalles, a diferencia de que allí la comida era casera.

Les atendió una simpática señora afroamericana que sonrió al detective español, a pesar de su apariencia y la manera en la que se expresaba al hablar en inglés.

—*Coffee, please*. Cortito —le dijo, haciéndole una señal con los dedos para que no le sirviera un cubo de agua caliente.

—*No problem, sir*. «Courtitou» —respondió la mujer.

El sabueso pidió la sopa del día y se decantó con unos huevos fritos con salchichas, pensando que le vendría bien un poco de colesterol. Hatford se limitó a una ensalada con pollo, mientras observaba desconcertado al hombre que tenía delante.

—Muy simpática la camarera —comentó cuando se marchó—. Espero que le dejes una buena propina.

—Quiero que me lo cuentes todo. Desde el principio hasta ahora.

—¿En qué situación me encuentro?

—Te detendré por desobediencia cuando salgamos de aquí. Has cometido un grave error, detective.

«No, no lo harás, Hatford».

—Eres todo un negociador, pero no puedes hacer eso.

—Sí que puedo. Este es mi país, conozco mi ley, no la tuya. Así que habla.

Maldonado resopló. La comida llegó a la mesa y le entregó una sonrisa incómoda a la mujer. Después, esta se marchó.

—Ya te lo he dicho. González está muerto. Los tipos de Gambone lo han matado. ¿Quieres que te dé más detalles?

—Te advertí sobre él. Podrías haber sido tú. ¿Estás loco?

—Eso parece. Estuve cerca —le dijo y lo miró con sospecha—. Mira, González me estaba echando una mano con el caso de Laureano, nada más.

—Te dije que no era buena compañía. ¿Te contó por qué lo echaron de la policía?

—Mira, deja tus problemas a un lado. No me importa lo que hubiese entre vosotros. Lo conocía lo mismo que a ti, pero él me dio su confianza y se ofreció a ayudarme.

—¿Cómo eres tan inocente?

—Era un investigador privado, como yo. Necesitaba que alguien me echara una mano para encontrar el rastro de Laureano y entender por qué había muerto. ¿Crees que iba a quedarme de brazos cruzados, después del viaje que había hecho para llegar hasta aquí?

—Y hablar conmigo no fue suficiente.

—No. Hablar contigo es un monólogo. Solo me escucho a mí.

—Esto no es Madrid, ni esa comisaría en la que trabajáis. Las Vegas es un lugar peligroso. Hay bandas, hay mafias y hay crimen.

—Dime una cosa, Hatford. ¿Cómo hablas ahora? ¿Como detective del FBI o como alguien que se preocupa por su amigo?

—¿Qué es lo que no entiendes, Maldonado?

—El motivo por el que no me has detenido aún.

—No seas impaciente. Lo haré cuando termine de comer. Ahora explícame qué diablos tienes que ver con Peter Gambone, y quizá tengas suerte y lleguemos a los postres.

—Es una larga historia...

—Que estoy dispuesto a escuchar. Empieza desde el inicio y cuéntame todo lo que me has ocultado hasta ahora.

Maldonado resopló. Rebobinó la cinta mental. Cortó los huevos y tomó un pedazo de salchicha. La comida estaba buena y le hacía sentir mejor, a pesar de que aún sintiera el estómago dolorido por los golpes. La proteína siempre le sentaba bien.

—Encontré una ficha de casino marcada. Era de dos mil dólares y pertenecía al Venetian. La habían encontrado junto al Rolex de Laureano.

Los ojos del detective se fijaron en su muñeca, pero el reloj había desaparecido.

—¿Qué ha pasado con él?

—Me lo han robado, pero, todo a su tiempo.

—¿De dónde sacaste la ficha?

—Las chicas de la limpieza la encontraron entre los objetos personales que había dejado en la habitación... aunque, empiezo a sospechar que la dejó allí a propósito. La primera pista que tenía era que Laureano se había hospedado en el Horseshoe.

—Así es.

Maldonado frunció el ceño, intrigado.

—Como ya os conté, su hijo me encargó que averiguara qué había sucedido con su padre. Al parecer, no fuiste el único que estaba al corriente de mi visita. La misma mañana que encontré el reloj y la ficha, me persiguió un tal Tony, uno de los hombres que trabaja para los Gambone. Supongo que era para darme un aviso o asustarme. Por suerte, la broma no pasó de ahí y le dimos esquinazo.

—¿Tony DiNapoli?

—Puede ser. No le pregunté de dónde era.

—Muy gracioso. —Hatford lo miró extrañado al no comprender que pudiera hacer bromas en esa situación.

—Antes de vuestra visita, tenía planeado continuar en busca del rastro de la ficha. ¿Una ficha marcada? Era un señuelo demasiado obvio como para dejarlo pasar. González me iba a echar una mano con el asunto. Entre los dos, tal vez lograríamos averiguar qué había sucedido para que acabara en el bolsillo de Laureano, sobre todo, cuando era un tipo que detestaba el juego... Pero aparecisteis vosotros en mi habitación y le perdí la pista al detective. Cuando regresé, no sabía cómo encontrarlo. Así que decidí ir al Venetian por mi cuenta.

A medida que hablaba, notaba cómo la historia le sonaba al hombre que tenía delante. Para él, también era un modo de tantear cuánto sabía al respecto y cuánta información le iba a ocultar.

—¿Qué obtuviste?

—Poca cosa. Pagué a una meretriz para que me hiciera compañía y conseguí hablar con un crupier que había visto a Laureano merodeando por allí, hablando con un tal Marco Larisi.

—Ajá. No pierdes el tiempo.

—¿No te suena su nombre?

—Continúa.

Maldonado se quedó callado, cansado de tanta hipocresía.

—¿En serio?

—Sí. Sigue, por favor.

—Estoy siendo transparente contigo. Deja de actuar como un maldito burócrata.

Por un instante, Maldonado olvidó la magnitud del asunto y la responsabilidad del hombre que lo escuchaba. A decir verdad, el otro no le debía nada y él tenía todas las de perder, pero era incapaz de controlar sus impulsos. Por suerte, la amistad que ambos tenían con Laureano sirvió para rebajar el tono de la conversación.

—Termina de comer —dijo y pidió la cuenta—. Pediré un par de cafés para llevar y seguiremos la conversación en otra parte.

—¿Qué? ¿A dónde vamos? Todavía no he acabado. Falta lo mejor...

—No me provoques, detective. Es una orden.

Apoyado en el capó del vehículo, Hatford sujetaba su café para llevar, mientras Maldonado fumaba un cigarrillo para calmar los ánimos. El sol se ocultaba por las montañas, dejando un cielo anaranjado y precioso.

—Marco es uno de los soldados de los Ferarra, que trabaja para Peter Gambone, uno de los capos de la familia —le explicó el agente federal—. La ficha que encontraste pertenecía a una operación en la que Laureano estaba metido para destapar una trama de lavado de dinero.

—¿Qué? No lo entiendo. ¿De qué diablos estás hablando? —replicó Maldonado.

—Lo que no comprendo es qué haces tú aquí.

—Ya te lo he dicho. Me envió la familia.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo no estarlo?

—Seguro de que no mientes, digo.

—¿Desconfías de mí, ahora?

—No, no es eso... Sube al coche, te mostraré algo —le dijo Hatford, entrando en el vehículo. Maldonado apagó el cigarrillo y subió por el otro lado. El agente abrió la guantera y sacó una carpeta con documentos en el interior. Le entregó la documentación al detective y este le echó un vistazo. En ella había transacciones bancarias en inglés y operaciones de compras entre empresas que no conocía. También encontró algunas imágenes en las que aparecía Laureano con Marco Larisi y Stacy Boom. Cuando la vio, le dio un vuelco el corazón—. Esa chica, ¿es la prostituta de la que hablabas?

—Stacy...

—¿Ahora se llama así? Por entonces era Tracy Star... pero su nombre real es Roxanne Gomes. Supongo que tiene mucha imaginación.

—En otra vida, habría sido actriz... En una mejor, claro. ¿Qué hace aquí con ellos? Trabaja para Marco, ¿verdad?

—Hace un año, Laureano me contactó para pedirme ayuda. Hacía treinta años que no sabía de él, así que entendí que era importante y le di una oportunidad.

—Ya lo creo. Se separó de su esposa y regresó al viejo apartamento de Madrid, ¿lo sabías?

—No. Es decir, sí. Lo supe más tarde. Perdimos el contacto durante mucho tiempo. No nos convenía que las agencias supieran de nuestra relación.

—¿De cuánto tiempo hablamos?

—Años noventa, poco después de que dejara mi trabajo en la embajada —aclaró y dio un trago al café mientras ponía una expresión de preocupación—. Corté todos mis enlaces con Europa, incluido el suyo. Me trasladé a San Francisco y después me destinaron al sur de San Diego, para colaborar con la DEA y combatir el cártel. Sin embargo, Laureano me encontró. No me preguntes cómo, pero lo hizo...

Maldonado sonrió al oír aquello.

—No me sorprende.

—Me informó que visitaría el país y no vaciló a la hora de hacerlo. Voló hasta Los Ángeles y viajó desde allí en autobús hasta Las Vegas para no dejar señal... Pero, aquí, todo el mundo deja un rastro. El primero, cuando pidió la autorización para ingresar. En ese momento, supe que estaba de camino y que hablaba en serio.

—¿Qué te contó?

—Lo vi preocupado y pensé que había tenido un episodio, ya sabes, tras dejar el trabajo... Suele pasarles a exmiembros de las agencias. Sientes que aún no ha terminado tu misión y que es pronto para retirarte. Es la adrenalina del trabajo.

—Laureano siempre tuvo la cabeza bien amueblada.

—Lo sé, pero, ¿qué pensarías si alguien aparece de la nada, con un propósito que está fuera de su alcance?

—No sé a qué te refieres. Hasta donde sé, nada estuvo fuera de su alcance.

—Me refiero a cometer una locura como esta. Me confesó que guardaba documentos que confirmaban que los hombres de Gambone tenían una operación de lavado de dinero que iba desde Las Vegas a Madrid. ¿Peter Gambone fuera de Las Vegas? Es de risa. Ese tipo ni siquiera ha cruzado el desierto.

—Y no le creíste.

—No. ¿Cómo voy a creerlo? La mafia italoamericana dejó de operar a finales de los ochenta en Las Vegas y en casi todo el estado de Nevada —le explicó, como si estuviera dándole una lección de historia—. Conozco mi trabajo y lo que sucede en esta zona. La regulación de la ley los echó a casi todos. Los casinos ya no pertenecen a las familias sino a los fondos de inversión. Solo en el sur quedan algunas organizaciones. Sin embargo, eso no quita que tengan negocios lícitos aquí.

—¿Y no hacéis nada al respecto?

—Las cosas no funcionan como la gente cree. La presencia de la mafia marcó un antes y un después y sus contactos son ahora numerosos. Demostrar el fraude, requiere trabajo. Con el auge del cártel y de las diferentes bandas criminales que actúan en la ciudad, dedicándose a los robos y al desfalco bancario, los italianos brindan un buen servicio protegiendo a muchos de los casinos.

—Y estos les permiten las operaciones que llevan a cabo.

—Entre otras cosas. Nada ha cambiado.

—Porque el escorpión es fiel a su naturaleza.

—Eso decía Laureano a menudo.

—¿A qué se dedica Peter Gambone?

—A lo mismo que todos. Trabaja para la familia Ferrara, que posee varias empresas de seguridad y una cadena de restaurantes italianos. Es evidente que lavan dinero y que, parte de ese dinero, va a la organización. Cada eslabón se lleva su tajada.

—Negocios legítimos, sirviendo a clientes reales y generando ingresos aparentemente transparentes.

—Así es... Para lavar el dinero negro que ganaban, la gente de Gambone manipulaba los libros de contabilidad de los restaurantes. ¿Cómo? Muy fácil... Por esos locales pasan miles de clientes cada semana... por lo que solo tenían que inflar el número de ventas. Si un restaurante vendía cien comidas en un día, en los libros se registraba como si hubieran vendido ciento cincuenta. Ahí, el dinero negro se mezclaba con el limpio y el Fisco no ponía objeciones...

—Y ese dinero terminaba en el banco, quedando limpio del todo, y volvía a circular...

—En efecto. Veo que no es la primera vez que escuchas hablar de esto.

—Por suerte o por desgracia, España no se libra tampoco de los pícaros.

—Hasta ahora, parte de ese dinero legal lo invertían en la estructura del lavado, con más restaurantes a lo largo de todo el país. ¿Conoces la cadena Bonnano's? Está por todas partes.

En ese instante, recordó su cita y su porción de pizza con Stacy. No le sorprendió que el restaurante estuviera dentro del Venetian, ni que ella lo llevara allí.

—¿En qué quedaste con Laureano?

—Evidentemente, mostré mi total rechazo a su propuesta. Laureano no estaba siendo del todo claro y se mostraba bastante nervioso. Insistió en que la gente de Gambone estaba invirtiendo parte de ese dinero en España, financiando el fraude y el crimen allí, pero era una acusación muy grave. Por supuesto, quería que abriera una investigación por mi cuenta. ¡Un disparate!

—Ni siquiera te cuestionaste cómo Laureano, siendo quien había sido y contando con los contactos que poseía, conocía esa información y se había dirigido a ti para ello.

—Mira, detective... No quiero que entiendas que no le creía, pero, simplemente, no puedes llegar a mí, ni al FBI, y pedir algo así. De ser cierto, la INTERPOL o la propia Policía Nacional se habría puesto en contacto con nosotros, mucho tiempo atrás. ¿Estoy siendo claro?

Maldonado suspiró. Por un momento, temió que el delirio de justicia de su mentor hubiese sido simplemente eso.

—Él no era uno más. Sabía dónde se metía y estoy convencido de que su interés iba más allá que el de esos mafiosos. Trabajasteis juntos en uno de los periodos más complicados de la historia reciente de nuestro país. Su motivación debía ser muy fuerte para hacer algo así. ¿No lo entiendes? No iba a dejarlo todo por una idea peregrina.

—Por eso vino hasta aquí y me pidió que le ayudara a pasar desapercibido.

—Y no lo hiciste.

—Le ofrecí lo mismo que a ti, que se marchara de vuelta, a cambio de mover algunos hilos y, con un poco de fortuna, abrir una línea de investigación y comprobar qué sucedía. Esta gente lo tiene todo bien atado y maneja diferentes empresas de pantalla para no dejar rastro. Llevan muchos años en el negocio y, a pesar de lo que la gente opina de nosotros, no somos perfectos. No es fácil combatir a una red criminal que conoce todos los agujeros de la ley.

—Ni siquiera lo intentaste, Hatford.

—Rechazó mi propuesta y fue todavía peor. Me pidió dinero y se lo presté. Así que se instaló por una semana en el Horseshoe y comenzó la investigación por su cuenta...

—Ahí conoció a Stacy Boom.

—Cuando quise darme cuenta, lo encontramos tirado en el desierto. Eso fue lo que pasó. Los de balística no localizaron el arma, así que es probable que fuera robada. Laureano se metió con la gente equivocada, por su cabezonería, creyendo que iba a solucionar el problema de otros... y se olvidó de que el problema era suyo. Por eso te advertí que no corrieras la misma suerte.

—Dime una cosa.

—Dispara.

—¿Conocías bien al inspector?

Hatford lo miró con recelo.

—¿Y tú?

—Fue mi mentor. Casi todo lo que sé, lo aprendí de él. Lo bueno y lo malo. Y no cambiaría nada. Fue uno de los mejores.

El otro carraspeó, mostrando una ligera discrepancia sobre la opinión que tenía del expolicía.

—Era un tipo complicado, ¿sabes? Me costaba creer que hablara en serio, sobre todo, al ver cómo se emborrachaba y se gastaba todo lo que tenía en los casinos.

—Se supone que intentaba pasar desapercibido.

—Pues no lo consiguió. Además, toda esa película que se montó sobre los Ferrara... —explicó, desconcertado—. No sé cómo funcionan ahora las cosas por allí, pero aquí necesitas una denuncia, o indicios de que están cometiendo un delito, para que podamos abrir una investigación. Pero no teníamos ni la una ni la otra. Laureano quería apoyo, pero no entendía que no podía presentar cargos contra Gambone ante un fiscal federal, sin una maldita prueba.

—Nunca te confesó por qué lo hacía.

—Jamás se lo pregunté.

—Ya... —respondió y metió la mano en el bolsillo del pantalón vaquero para mostrarle la llave. Cuando los ojos del detective se fijaron en la llave dorada, Maldonado entendió que esperaba una explicación—. Esos tipos iban en busca de esta llave, aunque no la encontraron. Quiero pensar que, por eso mismo me dejaron con vida y, paradójicamente, también mataron a Laureano.

—¿De dónde has sacado esa llave?

—¿La conoces?

—No estoy seguro.

—Llegó a mi oficina, poco después de que recibiera la llamada de Cristóbal, el hijo de Laureano. No le habría dado importancia, si no fuera porque iba acompañada de un número.

Hatford lo comprobó.

—¿Te dice algo?

—El 1123 es el número de la fortuna de Laureano. Era supersticioso.

—Ajá. Todos tenemos nuestras excentricidades.

—No sé lo que significa, pero estoy convencido de que abre algo importante y es la causa que me ha traído hasta aquí. Además, fíjate en esto... —dijo y buscó la postal en el interior del abrigo—. En este mensaje, menciona tres veces «el guardián americano». No sé qué carajo significa, pero he tenido que leerla de nuevo para darme cuenta de que no es una casualidad. El mensaje que le enviaba a su hijo no era un mensaje de fe, sino una advertencia.

—¿Quién es el guardián americano? —preguntó Hatford, cansado de tanto rodeo que no llevaba a ninguna conclusión—. ¿El tío Sam? ¿Nosotros? Es probable que estuviera borracho cuando la escribió... El divorcio no le sentó nada bien.

—Pensaba que tú me lo dirías...

—Siento decepcionarte.

—Detective, si Laureano me envió esta llave desde aquí, significa que pagó con su vida el secreto que guardaba. Hay un depósito de cajas de seguridad con ese nombre. Estoy seguro de que la respuesta está ahí.

El agente lo miró con detenimiento, hasta que le mostró la dirección del lugar que había encontrado en su teléfono.

Maldonado sintió que estaba perdiendo la esperanza en él.

—Ahora lo entiendo. Eres tan terco como él. ¿Es que no ves el final?

—Laureano cerraba todos los casos que llegaban a sus manos. De alguna manera, este se ha convertido en un asunto personal.

—Pues me temo que tendrás que hacer una excepción —le dijo y arrancó el motor del vehículo, antes de cambiar de opinión—. Está bien, tú ganas. Te haré el último favor. Por suerte, eso no queda lejos de aquí.

—Gracias. Una vez que sepamos lo que hay dentro, me marcharé.

—Por supuesto que lo harás... Después de esto, te llevaré al hotel y posteriormente al aeropuerto. Me aseguraré de que regreses a España esta misma noche.

Todo estaba perdido, pensó, al ver que no había vuelta atrás.

No iba a cometer la insensatez de rebelarse ante el agente, ni a darle el placer de detenerlo. Comenzaba a estar harto de encontrarse fuera de casa y, a la vez, sentía el fracaso apretándole el pecho. Se dijo que habría sido mejor si nada de eso hubiera ocurrido, si hubiese vivido en la ignorancia, cuando Hatford le sugirió que subiera al avión y se olvidara del asunto.

A veces, el desconocimiento es la única cura.

Cruzaron Flaming Road y el detective bajó por la avenida del Este, cuando pasaron por delante de un enorme edificio de planta baja que se anunciaba, con las letras amarillas como «The

American Guardian».

En ese instante, Maldonado sintió una corazonada y obligó al detective a que se detuviera allí. Al leer el rótulo, Hatford salió de la carretera y paró a escasos metros de la entrada.

—Ha llegado el momento de saber de qué va todo esto.

—No tan rápido. Espero que no sea uno de tus trucos para deshacerte de mí.

—Ya te lo he dicho. No tengo ganas de causarte un problema.

—No habrá segunda vez. Juro que te arrestaré.

Maldonado lo miró a los ojos con seriedad.

—No tendrás que hacerlo. Si estoy equivocado y esta llave no abre nada, desapareceré de tu vista en cuanto salgamos de aquí.

Hatford lo esperaría fuera para asegurarse de que nadie les sorprendía. Maldonado bajó del coche y se adentró en el almacén de depósitos de seguridad. A medida que se alejaba del agente del FBI, comenzó a sentir los nervios en su cuerpo. Sabía que esa llave podía marcar el final de su aventura o revelarle la verdad. Lo cierto era que había apostado demasiado por una corazonada, pensó, pero el tiempo se había terminado para él y era el momento de averiguar si estaba en lo cierto. Entró en el edificio y se topó con dos guardias de seguridad que custodiaban la entrada. Eran dos tipos grandes, armados y preparados para neutralizar cualquier clase de imprevisto. En el mostrador había una mujer que completaba el registro de un cliente en su ordenador. Leyó una señal que llevaba a los números de las cajas. Dada la importancia que tenía la privacidad y el anonimato en el país, la empresa no requería ningún documento de identidad para acceder a las cajas. Sin embargo, eso no significaba que el edificio estuviera exento de cámaras de seguridad. Caminó hacia el pasillo, siguiendo las señales que le indicaban su destino, y llegó a un enorme almacén de cajas fuertes con las puertas doradas. El lugar estaba casi vacío, a excepción de una pareja que dejaba sus pertenencias al otro lado del corredor. Con la llave en la mano, caminó lentamente mientras buscaba el número de la suerte de Laureano. Finalmente, se detuvo ante la caja 1123 y se quedó en blanco durante un par de segundos.

«Aquí estás», se dijo, consciente de que ese momento podía ser revelador para él y para Hatford. Era, aproximadamente, del tamaño de una caja de zapatos, así que sospechó que no podía albergar nada importante, más allá de documentos y algunos objetos personales. Tan solo esperó que todo ese derramamiento de sangre hubiera merecido la pena.

Introdujo la llave con extremo cuidado. Sin embargo, los dientes encajaron a la perfección y eso le produjo un alivio tremendo. Giró hacia la derecha y sonó el golpetazo de un cerrojo al

liberarse. Por último, tiró de la manija hacia atrás, para comprobar lo que había en el interior.

Los ojos se le iluminaron al encontrar un revólver en una funda, encima de todos los objetos personales. Era un Colt de tamaño pequeño, con el tambor lleno de munición. Miró a ambos lados y se lo guardó. También encontró unas gafas de sol, Rayban, modelo de aviador, un cuchillo y el pasaporte. Lo comprobó y vio la fotografía. En efecto, el último viaje de Laureano había sido a Los Ángeles. Dejó el pasaporte y las gafas a un lado y tomó un pequeño cuaderno de notas, cerrado con una goma, suponiendo que habría algo de interés en él. Entre sus páginas encontró un diario de notas y de actividades. No tardó en reconocer algunos nombres que le resultaron familiares: Marco Larisi, Tony DiNapoli, Peter Gambone, Roxanne...

«Maldita sea, Laureano. Te metiste en un buen pozo de mierda», lamentó al leer los movimientos que había hecho, no muy diferentes a los suyos. Sin embargo, allí había algunas anotaciones de interés en las que mencionaba «deudas peligrosas» y la «necesidad de proteger a la familia a cualquier coste».

Pero, ¿de qué familia hablaba el expolicía?, se preguntó, sin saber si se refería a la suya o a los tipos de Gambone. Entre las páginas, también había una lista de nombres que parecía el registro a una fiesta de invitados, celebrada unas semanas antes.

«Hotel Flamingo, asistentes a la fiesta...», leyó en voz baja y se fijó en los nombres que había anotado, pero había uno que estaba marcado con un círculo: C.L.

Guardó el diario y se decidió a abrir la carpeta. Entendió que contendría los documentos por los que lo habían matado. De lo contrario, nada tendría sentido. Miró nuevamente hacia ambos lados y se aseguró de que nadie estuviera a su alrededor. La pareja que había en el corredor ya se había marchado. Pensó que era probable que Hatford se estuviera desesperando fuera, pero no iba a arriesgarse a salir sin comprobar lo que había en esa documentación.

Abrió las gomas y destapó la tapa de cartón. El primer documento pertenecía a un contrato de una consultoría española con una empresa registrada en Las Vegas. En ese momento, sintió un mal augurio de todo aquello. Leyó el nombre de la consultoría hasta tres veces, para asegurarse de que no estaba sufriendo una alucinación. Después sacó la billetera del bolsillo del pantalón y buscó la tarjeta que Cristóbal Laureano le había entregado.

«Clarity Consulting... Hijo de perra».

Ahora entendió el comentario que Laureano hijo le había hecho sobre el nombre de la empresa. El contrato, que ostensiblemente cubría servicios de asesoramiento financiero, era sospechosamente generoso y carecía de detalles concretos sobre el trabajo realizado. Simplemente, no podía creerlo.

Siguió ojeando la documentación. Antonio Laureano había guardado la fotocopia de un recibo de una transferencia bancaria considerable de una cuenta a nombre de Laureano hijo, a una compañía pantalla conocida por estar vinculada a los negocios de Gambone. Por su aspecto, parecía una fotografía tomada con un teléfono y después impresa. La transacción, disfrazada como una inversión en un proyecto de desarrollo inmobiliario en España, levantaba sospechas por la cantidad y la rápida sucesión de transferencias similares.

El resto de los documentos eran parecidos. Laureano se había encargado de recoger más pruebas que relacionaban la trama de lavado de dinero que la familia Ferrara estaba operando para invertir en España y ampliar los negocios de la organización fuera de los Estados Unidos. En todos ellos, de algún modo u otro, aparecía la empresa de Cristóbal Laureano.

Finalmente, encontró la fotocopia de una invitación a un evento privado en el hotel Flamingo. Resopló, exhausto y acelerado por la enorme decepción que estaba sufriendo. Sin duda, la empresa de consultoría española estaba entre los invitados. No entendió cómo Laureano había recopilado esa información, pero sabía que tenía sus métodos, aunque no fueran del todo legales. Regresó a la lista de invitados del evento y comprobó que C.L. se refería al hijo del exinspector.

Tras una larga lectura, se quedó sin aire y sintió la necesidad de tomar asiento. Ahora, todos los hechos encajaban y los motivos de Laureano no eran para tomarlos a broma. Había descubierto que su hijo estaba envuelto en una trama de corrupción y fraude con la mafia italoamericana.

«El propio enemigo en casa», se dijo, al pensar en lo que Laureano opinaría de su propio hijo, y lamentó el sufrimiento del padre al descubrir que su vástago estaba operando contra los principios que el padre se había encargado de enseñarle a lo largo de su vida.

«Ver para creer...», murmuró con rabia mientras guardaba los documentos en la carpeta. Finalmente, pasó la mano por el interior oscuro de la caja y palpó lo que parecían unas fotografías Polaroid. Las sacó al exterior y sus ojos las observaron con asombro. En ellas aparecía Laureano con Stacy Boom, o como se llamara esa mujer, en una actitud muy acaramelada.

«¿En serio, Antonio? Debía de sentirte muy solo para dejarte acaramelar por una cortesana», sospechó al ver la cara del expolicía y de la mujer. Por su aspecto, parecían algo ebrios, aunque no podía confirmarlo. Se preguntó quién habría tomado las instantáneas y por qué Laureano habría bajado la guardia de esa manera. A esas alturas, ya nada importaba. En el pie de la imagen, alguien había escrito una frase con letra de mujer y un corazón.

«*With Love. R.*».

En efecto, aunque no conocía su caligrafía, el detective dedujo que se trataría de ella.

Reflexionó sobre aquello. La soledad podía ser muy dura y más en un lugar como ese. Tras días de trabajo, bañado en alcohol y luchando contra sus demonios y contra el dilema moral que llevaba dentro, el cariño puede ser el peor de los venenos para evadirse de la realidad. Esa mujer se había acercado a Laureano, al igual que había hecho con él, con la diferencia de que el expolicía parecía feliz en esa imagen. La felicidad no le duró mucho, pensó.

Guardó la fotografía en el interior del abrigo y cerró la caja fuerte para regresar con el agente. Tenía las pruebas que necesitaba para que este, finalmente, apostara por él y decidiera seguir esa pista. A partir de ahí, él se desentendería, pero el trabajo de Laureano no podía quedar suspendido en el aire, después de todo el daño colateral que había provocado.

«Ha llegado la hora de poner fin a estas malditas vacaciones».

Dispuesto a marcharse, sintió que algo lo frenó a abandonar la sala.

En ese momento, su teléfono sonó en el bolsillo de su abrigo.

No entendía por qué, ni la razón de que alguien lo llamara a esas horas y en ese lugar. Sospechó que sería Hatford, desesperado por la larga espera. Al comprobar la pantalla, el número apareció oculto.

Después comprobó que nadie lo observaba y descolgó.

—¿Sí?

—Javier... —Era la voz de Stacy, al otro lado de la línea. Estaba sobresaltada y tenía la respiración entrecortada. Sospechó que la estaban forzando a hablar—. Ayúdame, por favor... ¡No!

De fondo, unas voces la presionaban para que tradujera el mensaje.

—¿Stacy? ¿Eres tú? —le preguntó, confundido. Miró al cielo, consciente de que se estaba buscando un buen lío al escuchar a esa mujer, pero no podía remediarlo.

—Javier... Lo siento, de verdad... —dijo y el detective oyó cómo le daban una bofetada que le cortó el habla. El golpe fue tan seco y fuerte que incluso él pudo sentir el dolor. La mujer quedó aturdida unos segundos, sin responder, y después regresó a la línea y comenzó a llorar—. Por favor, ayúdame...

—Cerdos...

—Quieren que traigas los documentos... que te reúnas con ellos.

—¿Cómo? —preguntó y miró a las cámaras—. ¿Cómo es posible?

—Ellos lo saben todo, Javier... Por Dios, ayúdame. Me van a matar. Eres un buen hombre, como Laureano...

—Stacy, nos matarán a los dos, como hicieron con Antonio.

—No, de verdad... —dijo y rompió a llorar de nuevo. El sollozo le impedía hablar con claridad. La atizaron de nuevo. El sonido del golpe ponía al detective enfermo—. Por favor, reúnete con ellos. Marco quiere hablar contigo... Dice que, si le entregas los documentos de Laureano, nos dejará en paz...

—¿Y si no lo hago?

—Primero, me matará y después irá a por ti...

—Veo que no me deja elección...

—Marco nunca falla a su palabra.

«Menudo hijo de Satanás».

Respiró hondo. Contó hasta tres e intentó aclarar sus ideas, pero la emoción era más fuerte que la razón y la rabia y la impotencia comenzaban a apoderarse de sus pensamientos. No podía creer que tuviera que decidirse en una situación como esa. Había viajado hasta allí para averiguar lo que le había ocurrido a Laureano y se prometió que no se marcharía hasta limpiar su honor. No obstante, lo de Stacy era diferente. Ella era uno de los muchos daños colaterales de aquella situación.

Tras pensarlo durante unos segundos, regresó al teléfono.

—Está bien, dile a ese cretino que accederé a verme con él, pero yo elegiré el lugar del encuentro.

La mujer se quedó sin palabras y alguien la coaccionó para que respondiera. El sabueso pensó con rapidez, intentando elucubrar un plan que lo sacara airoso de la situación. Si regresaba al hotel, Hatford le estaría esperando y, era probable, que los hombres de Gambone le echaran las manos encima. Necesitaba ser más inteligente que ellos, aunque todas las apuestas fueran en su contra. Sopesó que el aparcamiento del aeropuerto sería un buen punto para reunirse. Desde allí, tendría acceso directo al aeropuerto y, una vez dentro de las instalaciones, rodeados de seguridad y de policía, no podrían hacerle nada.

—Te escucho.

—El aparcamiento del aeropuerto —le dijo y ella tradujo el mensaje. Las voces masculinas comenzaron a hablar entre ellas—. Nos veremos allí en una hora.

—Javier.

—No pienso negociar.

—Gracias —le dijo en un sincero español que se quedó pegado a su oído durante unos segundos. Acto seguido, la llamada se cortó y pensó que el tiempo se le agotaba.

«¿En qué diablos estás pensando, Javier?», se reprochó, consciente de que había perdido la oportunidad de salvar su pellejo. Pero no habría podido descansar el resto de su vida con el asesinato de esa mujer a causa de su decisión. En cierto sentido, lo hacía por ella, pero también por él, como una forma de redimir sus pecados del pasado, y se prometió que encontraría la manera de acabar aquello sin derramar una gota de sangre.

Sin tiempo, ni recursos para sortear a Hatford con éxito, salió del pasillo y se acercó al mostrador. La mujer que había allí, lo miró con recelo.

—Necesito un taxi, por favor.

Ella no supo qué decir.

—¿Un taxi?

—Sí. Ahora mismo —señaló y sacó la billetera para ofrecerle una propina. Ella le hizo un gesto para indicarle que no era necesario hacer eso. Quizá, con su presencia, bastó para que ella deseara perderlo de vista. La mujer descolgó el teléfono y marcó un número. Tras intercambiar unas palabras sin entusiasmo, como si fuera un robot, colgó y miró al detective, ladeando la cabeza.

—*Your taxi is coming, sir.*

Pasados unos minutos, se acercó a la puerta de cristal de la entrada y advirtió la llegada de un taxi de color amarillo mostaza, como los que aparecían en las películas ambientadas en Nueva York. Como si no fuera ya bastante vistoso, el coche llevaba un cartel publicitario encima del techo, y él se preguntó si habría un taxi más llamativo en toda Las Vegas. El vehículo se detuvo varios metros detrás del coche de Hatford, que seguía estacionado en el mismo sitio. Salió con sigilo y se metió entre los setos de la entrada para que el detective no lo viera. Con un poco de suerte, el agente estaría dormitando y no se percataría de su huida. Sabía que esa jugada le costaría caro, en caso de que no saliera como esperaba. Como un espía internacional, atravesó el jardín y entró en la parte trasera del vehículo.

Al ver el nombre completo del conductor en la licencia que había en el salpicadero, le habló en español.

—Al aparcamiento del aeropuerto, por favor.

—Sí, claro.

Maldonado se puso las gafas de aviador que había tomado prestadas de su difunto compañero y se recostó en el asiento para que Hatford no lo reconociera al pasar. Por la ventanilla, observó al detective, que estaba amodorrado en el interior del vehículo.

«Tranquilo, Hatford. Te dije que desaparecería de tu vista y voy a cumplir con mi palabra», se dijo hacia sus adentros, esperando que esa fuera la última vez que la vida del detective y la suya se cruzaran.

El viaje fue corto y sin mucho tráfico. En la radio había una emisora de música latina y las luces del Strip se podían apreciar en la distancia. «Una noche más en Las Vegas, una noche más en la que no estaré para contarla», se dijo con cierta preocupación en su cuerpo y el alivio de

terminar con ese asunto de una vez por todas. Le importaba poco lo que ocurriera después de aquello. En ocasiones, había que decidir y las elecciones siempre implicaban un riesgo. En su caso, la decisión estaba tomada. Él no era policía, sino detective, y ese no era su caso. Más bien, tenía las respuestas a las preguntas por las que le habían pagado, aunque el hecho de que Laureano hubiera muerto a causa de los negocios de su hijo, le hervía por dentro. Sabía que el regreso a Madrid no sería fácil. No obstante, siempre había perjuicios y Stacy era el ejemplo de lo que uno se llevaba por delante cuando trataba de desmontar el castillo de naipes. Para bien o para mal, Maldonado lo tenía claro. Para él, era mejor salvar una vida que seguir derramando sangre, sin la certeza de que esos tipos acabaran en la cárcel.

—¿Ha dicho al aparcamiento?

—Sí.

—Entendido. —El taxista manifestó su desconcierto al oír aquello. No era habitual que alguien se dirigiera a esa zona, sobre todo, si no conducía, pero se limitó a obedecer la orden. Al llegar, el sabueso pagó de más y el conductor se dio cuenta del exceso.

—Señor, esto...

—Tómalo como un adelanto. Necesito un pequeño favor de tu parte. —Sacó el diario que se había llevado de la caja fuerte y se lo entregó—. Tan solo te pido que dejes este cuaderno en la oficina del FBI, de parte del detective Maldonado, para el detective Hatford.

Al escucharlo, el taxista cambió de parecer.

—¿El FBI?

—No te pasará nada, confía en mí... Pero es sumamente importante que te dirijas ahora mismo allí. Estarás ayudando al país, como buen residente en América.

—¿Solo el cuaderno?

—Nada más. Lo dejas y desapareces.

—Nada más. Está bien. Creo que puedo hacerlo.

—Gracias. Ahora, ve.

Maldonado se despidió de él y le deseó suerte. La despedida fue de lo más extraña para el conductor, que guardó el diario, tomó el dinero y desapareció en cuestión de segundos del área de estacionamiento.

El aparcamiento de corta estancia del aeropuerto era espacioso y tenía varias plantas, pero no era el más transitado de todos los que había visitado a lo largo de su vida. No pensó en ese detalle antes de reunirse allí, pero supuso que no sería un problema para localizarlo. La presencia de otros coches le dio cierta seguridad de que los hombres de Gambone no montarían ningún

espectáculo. Nervioso y consciente del peligro al que se enfrentaba, encendió un cigarrillo y fumó, detenido frente a una columna circular, mientras esperaba una señal que confirmara la llegada de los otros. La espera le duró lo que el cigarrillo, a pesar de que fumaba con ansias. Los faros de un Lexus negro lo alumbraron de frente, a su llegada. Sospechó que debía tratarse de ellos, cuando vio que entraban en una zona de aparcamiento y le hacían una señal para que acudiera. Apagó el cigarrillo en el suelo y caminó hacia el punto de encuentro, asegurándose de que las cámaras de seguridad recogieran todo lo que estaba a punto de suceder. Entonces, los nervios comenzaron a florecer en sus piernas. Llevaba el arma de Laureano encima, cargada, y esperaba que estuviera lista para funcionar en una situación de peligro. Sin embargo, deseó no tener que llegar a ese límite, pues el problema se convertiría en un asunto muy serio para su futuro. Tenía un plan trazado en su mente. Una vez que entregara los documentos a cambio de la chica, la llevaría hasta el aeropuerto y la metería en un vuelo nacional, lejos de allí, al mismo tiempo que él regresaba a Madrid. Ese sería su regalo de despedida, lo quisiera o no. Al menos, Stacy tendría la oportunidad de comenzar de nuevo. Si más tarde cambiaba de opinión, lo que hiciera después, ya no sería asunto suyo.

Se aproximó al Lexus desde atrás, para evitar que lo embistiera, y esperó a que los pasajeros bajaran del coche. La puerta de atrás se abrió y Stacy salió de un empujón. Del lado del conductor apareció Tony. Luego, el grandullón de las escaleras, y de la parte trasera salió Marco, el hombre que estaba a cargo de ellos. La mirada borrosa y brillante de la mujer se clavó en el rostro del detective. Se lamentó al ver que la habían golpeado, tanto que ni siquiera el maquillaje podía ocultar su dolor. Tenía las medias rotas, las rodillas ensangrentadas y, pese a todo, lograba caminar con esos tacones. Maldonado permaneció en la distancia, consciente de que no la dejarían ir sin más.

Los hombres lo miraron con desprecio, pero él solo tenía ojos para Marco, que era el que daba las órdenes.

—Los documentos.

—Aquí están. —El detective enseñó la carpeta—. Primero, la chica.

—No... Primero, tengo que comprobarlos —le indicó el mafioso.

Marco le hablaba en un inglés simple y conciso para que lo entendiera, pero el sabueso estaba demasiado distraído por lo que sucedía alrededor como para prestar atención a sus palabras.

Algo no iba bien, se dijo el sabueso, al observar que la distancia entre ellos no menguaba. Dio un paso al frente, sin mostrar miedo, y levantó la carpeta para que la viera con sus ojos.

—Stacy. Aquí.

—No, amigo. No...

Maldonado arqueó una ceja y se puso en alerta cuando notó que cambiaban de opinión. No entendía si era un farol o si tramaban algo, pero los dos tipos se dieron la vuelta para regresar al coche. Marco agarró a Stacy y la metió en la parte trasera, y Tony se dirigió al asiento del conductor. El rostro asustado de la mujer le envió una señal, cuando sus ojos miraron más allá de sus hombros.

«¿Qué diablos ocurre...?», se preguntó y recordó que se había olvidado de un hombre en ese grupo.

Antes de que pudiera reaccionar, una mano se le acercó por detrás y le tapó la cara con un paño húmedo. El enorme brazo lo aplastó contra él lo suficiente como para que el paño hiciera efecto y su víctima comenzara a perder el conocimiento. El detective se zarandeó, a modo de resistencia, pero poco podía hacer ante la fuerza de aquel animal y los efectos del líquido que lo dejaban sin sentido. El tipo lo sujetó y lo arrastró hasta un Chevy todoterreno, consciente de que el detective seguía despierto, pero no le importó. Unos segundos más bastaron para que sus fuerzas aflojaran y su resistencia se redujera a la nada. Cuando su cuerpo se volvió pesado y rígido, el grandullón lo empujó hacia el maletero del coche y lo metió en él. La puerta se cerró y todo se volvió oscuro y confuso para el detective, que buceaba entre los sueños y la consciencia. Después, el matón subió al vehículo y siguió al Lexus hacia la salida del aeropuerto.

Recuperó el sentido cuando recibió una fuerte sacudida contra la tierra árida y helada del desierto. La caída fue de lo más dolorosa. A continuación, le dieron varias patadas en el estómago para que despertara. Al abrir los ojos, se percató de la oscuridad que lo rodeaba, como si de un agujero negro en el espacio se tratara. Las luces coloridas del Strip ni siquiera se veían en la distancia. Estaba mareado y el frío gélido de las montañas se colaba en sus huesos. Cuando logró abrir los ojos, intentó reconocer el lugar al que lo habían llevado, aunque fuera su primera vez allí y, pensó que, tal vez, la última. Los dos vehículos estaban enfrentados, con las luces encendidas y en medio de la nada. Intentó moverse, pero le resultaba imposible a causa del aturdimiento. Pestañeó varias veces y tomó una profunda respiración con tal de espabilar. El aire era gélido y la penumbra era tan profunda que ni siquiera se veía la carretera o los faros de los coches que pasaban por ella. Calculó que debían estar en medio del desierto, en medio de la nada, y pensó en lo que Laureano habría sentido cuando lo llevaron allí. Antes de ponerse en pie, echó la mano al interior del abrigo, pero supo que esos matones le habían quitado todo, al comprobar que no llevaba encima ni el Colt, ni los documentos.

A unos metros, oyó un ruido metálico que sacudía la arena. Cuando se fijó en lo que era, vislumbró con dificultad a Tony, de espaldas, cavando un agujero con una pala. Desde el suelo, vio las delgadas y ya no tan bonitas piernas de Stacy, temblorosas de frío y pensó en que, pronto, antes de que amaneciera, dormirían juntos en el mismo agujero, si nada frenaba a esas bestias.

Los faros del Lexus alumbraban el rostro de Marco, que lo observaba de pie, expectante a su reacción. En su mano, estaba el revólver que le había robado.

—Stacy...

—Javier, lo siento... —le dijo y el otro le dio un empujón para que callara.

—Maldito hijo de perra —le respondió Maldonado al soldado de Gambone. Stacy gritó para que no lo hiciera, pero el grandullón le asestó una patada que le hizo retorcerse en el suelo—. Joder... Eso sí que lo has entendido, ¿eh?

—Stop, Enzo —le ordenó el mafioso.

—Ahora entiendo qué llevó a Laureano hasta aquí... —comentó, mientras seguía sobre la tierra —, pero tengo malas noticias para tu amigo... Tarde o temprano, el FBI os descubrirá e irá, uno a uno, a por vosotros...

Marco zarandeo a la chica para que le tradujera lo que decía. Después, lo hizo a la inversa.

—Marco dice que, para entonces, serás un fósil.

—Es la razón por la que Laureano me contactó para que encontrara a su padre, ¿verdad?

La mujer tradujo el mensaje y el otro le respondió en inglés.

—Sabíamos que Laureano tenía una llave, pero su hijo no conocía el número de la caja fuerte. Cuando descubrimos que la había enviado a tu oficina, Antonio te contactó para convencerte de que vinieras...

—Muy astuto. No le hizo falta insistir demasiado...

—En el fondo, esto no es personal —le dijo él, a través de ella—, son solo negocios.

—Vaya. Ni siquiera eres capaz de usar una frase propia... Desgraciadamente, te librarás de mí, pero te aseguro que vas a salir perdiendo en esta ocasión...

—No voy a traducir eso, Javier.

El otro le insistió, pero ella se negaba. Sabía que la respuesta de Marco sería determinante.

—Stacy, dile a tu amigo que el detective Hatford está al corriente de mis pasos... No soy tan ingenuo como Laureano, chica... Puedes conquistar mi corazón, puedes traicionarme, pero no puedes engañarme dos veces...

—¡Traduce! —le insistía el otro.

—Laureano tiene un diario donde guardó informes, documentos, recibos de transferencias y nombres, sobre todo los vuestros... Está todo ahí. Ese diario es vuestro maldito pasaje a prisión... Estaba en esa caja fuerte y ahora está en un taxi, de camino a las oficinas del FBI. Antes de que ese idiota termine de cavar mi agujero, el cuaderno habrá llegado a su destino. Tradúcelo todo, incluyendo lo de idiota.

A pesar de su reticencia, la mujer tradujo cada una de las palabras que Maldonado pronunció, sometida a la presión del mafioso y al cañón de la pistola que este sujetaba. Maldonado sabía que tenía los minutos contados en ese lugar. No había manera de escapar de allí, a menos que obrara

el milagro, algún despistado los encontrara donde quisiera que estuvieran, o una nave extraterrestre aterrizara sobre ellos, en esa llanura, se dijo con sorna.

Mientras Stacy traducía todo lo que había dicho, observó al hombre que se encontraba de espaldas a él, cavando el agujero y exhausto por el trabajo. Pensó en arrebatarse la pala que sostenía, pero los otros dos iban armados y no habría modo de esquivar los balazos, ni de ir muy lejos. Después se fijó en Enzo, el que tenía la oreja quemada por el disparo y que aún le guardaba rencor por lo ocurrido. Supuso que él sería quien pediría el primer turno para torturarlo. Debido a la superioridad física, lo descartó al instante. Por último, se fijó en Tony y en cómo su rostro enfurecía a medida que escuchaba lo que la mujer le decía.

—¡Mierda! —exclamó y levantó el seguro del revólver.

«La chica tenía razón. Debías haberte mordido la lengua», se dijo, aunque no le dio importancia, pues si debía morir, era el momento, antes de seguir padeciendo el horrible frío del desierto.

Maldonado se fijó en la rodilla del matón que tenía delante y calculó la manera de abatirlo. Abalanzarse sobre él no sería suficiente, pensó, y se preguntó cómo reaccionaría a un mordisco en la pierna. En ese preciso instante, algo pasó entre Stacy y Marco, que el detective no entendió bien. Tras la traducción, ella comenzó a discrepar de él. El mafioso la zarandó para que callara y después la golpeó con el arma en el rostro. La mujer cayó de rodillas, con la nariz rota y ensangrentada, y sus ojos se encontraron con los de Maldonado, que le hizo una señal para que no siguiera discutiendo. Pero ella sonrió y él entendió aquel gesto. Había visto esa sonrisa otras veces, la había visto en los valientes que deciden arriesgarlo todo, a pesar de tener la consciencia de que no hay nada que ganar. Stacy había decidido quemar las naves y el último billete de ida que le quedaba, y siguió reprochándole al mafioso en voz alta, gesticulando como si fuera una amante enfadada. Pero, la pobre, parecía haber olvidado con quién trataba, y la brutalidad que lo había convertido en quién era. Por desgracia, Marco no tardó en responderle. Antes de seguir escuchándola, levantó el Colt que sujetaba y le disparó dos veces a bocajarro, sacudiéndola hacia atrás.

La mujer cayó al suelo y su rostro quedó al otro lado del que se encontraba el detective, por lo que no pudo observar la expresión del último adiós.

Entre la confusión y la sorpresa del final fatal para Stacy, Maldonado entendió que no tendría otra ocasión como esa para tentar a la fortuna. A esas alturas, ya nada podía hacer por salvarla, así que decidió salvarse a sí mismo. Se abalanzó sobre la pierna de Enzo, el hombre que tenía delante, y le golpeó la parte trasera de la rodilla para derribarlo. El esbirro de Gambone no

anticipó el ataque y, sin esperarlo, Maldonado se enroscó a su rodilla como una víbora antes de inyectarle su veneno. Los dos forcejearon por un instante, pero el Colt de Marco seguía caliente.

Cuando vio que este apuntaba hacia ellos, utilizó al mafioso como escudo, antes de que disparara.

—¡Marco, no! —gritó el esbirro, que no dudó en sacar su arma para apuntar a su jefe, aunque sin demasiada gracia, y recibió dos disparos en el torso.

Maldonado sintió cómo las balas perforaban el cuerpo del tipo, sin llegar a atravesarlo. Este se volvió más pesado y no le quedó más remedio que soltarlo. Antes de dejarlo en el suelo, le arrebató la pistola y abrió fuego contra los otros dos, a modo de respuesta. Marco se escondió tras el Lexus para protegerse de los proyectiles, pero Tony, que estaba alejado, unos metros en la oscuridad, no pudo alcanzar un punto en el que protegerse.

Cuando intentó abrir fuego contra el detective, este lo abatió de un disparo y el cuerpo de Tony cayó sobre el agujero que había cavado. Rápido, Maldonado se deshizo del cadáver del matón, no sin antes recuperar el Rolex que le había quitado.

«Esto me pertenece», se dijo y lo guardó en el interior del abrigo. Acto seguido, buscó a Marco en la penumbra, pero le resultaba difícil ver más allá del rastro generado por los faros de los coches. El mafioso había desaparecido de su campo de visión y, ahora, él se convertía en una diana perfecta, en medio de los dos vehículos.

Corrió hacia el Chevy y se colocó en la parte trasera, con el fin de protegerse de una emboscada. A pesar del frío, la adrenalina había disparado los mecanismos de supervivencia de su cuerpo y se sentía más despierto que nunca. Su cabeza no podía procesar la información de lo que había ocurrido, pues solo buscaba la manera de seguir con vida. Desde su posición, podía ver las extremidades de Stacy, en el suelo, y lamentó que hubiera tenido que sacrificar su vida para salvar la suya. A medida que pasaban los segundos, la oscuridad penetraba más en aquel lugar, generando una sensación de asfixia. No podía negociar con aquel tipo, pues no tenían manera de comunicarse, aunque lo cierto era que ambos debían desaparecer de allí antes de que amaneciera. Sospechó que Marco haría lo posible por escapar, si es que no lo había hecho ya. Así que se asomó por el lateral del coche, en busca de una señal, y esperó unos segundos en silencio, hasta que vio una sombra moverse hacia el vehículo.

De pronto, un disparo alcanzó el Chevy y el detective retrocedió.

—Mierda... —lamentó al oír el motor del otro coche. El disparo había sido disuasorio para darse a la fuga.

El Lexus se puso en marcha, pero no tenía sentido perseguirlo por el desierto. Maldonado salió de la parte trasera del todoterreno y apuntó al coche, cuando Marco lo vio de frente. El mafioso aceleró hacia él, con el fin de arrollarlo. Con el corazón a mil por hora, extendió la mano y apuntó hacia una de las ruedas. Acertara o no, todo habría terminado, una vez que tirara del gatillo, se dijo.

Marco pisó el acelerador y se lanzó contra él. Maldonado levantó el seguro del Colt, desvió el tiro hacia abajo y descargó el tambor contra la rueda. A diferencia de lo que el otro esperaba, las balas fueron directas al neumático. Se oyó una doble explosión que se disipó en el desierto, Maldonado se echó al suelo y el matón perdió la dirección del volante. El coche derrapó hacia el agujero, fuera de control, hasta que terminó volcando por completo.

En medio del silencio, el detective esperó varios segundos, expectante a que algo se moviera del interior del vehículo, antes de avanzar. Con extrema precaución, se acercó, lentamente, hacia la ventana del conductor, sin bajar el arma de esta. Entonces, bajo la claridad que apenas llegaba de los otros vehículos, vislumbró a Marco, con el rostro magullado por el accidente y la expresión aturdida. Sus ojos se encontraron en el abismo de la noche, con el cielo lleno de estrellas y en una conversación silenciosa que estaba gobernada por el poder del cañón del revólver.

—Tú mataste a Laureano, desgraciado... —le dijo, apuntándole a la cara—. Debería hacer lo mismo contigo.

—No personal, solo business...

Lo tenía delante de él y ahora había llegado el momento de vengar el honor de su amigo. Si vacilaba, o se lo pensaba demasiado, sabía que no tendría otra oportunidad para ello. De alguna manera, podía sentir el fantasma de Laureano sobrevolando aquel desierto y eso le bastó para tomar la decisión final.

—Por suerte para los dos, esto sí que es algo personal para mí. —Se acercó a él y le golpeó en la cara con tanta fuerza que lo dejó casi inconsciente. Después, lo arrastró hacia fuera del vehículo y, sin dejar de apuntarle, le quitó el teléfono móvil del bolsillo del abrigo. Por último, buscó en su billetera la tarjeta del hombre que podía poner fin a aquello y marcó su número.

Lunes.

Día 3.

En la zona VIP del aeropuerto de Los Ángeles y sentado frente a una barra desde la que se veían los aviones y las torres de control, el detective daba sorbos a un whisky con hielo, minutos antes de despedirse del país del Tío Sam. Se sentía decaído e incompleto, a pesar de sujetar un billete en clase de negocios a su nombre. Puede que el regreso fuera más cómodo que la ida, pero no por ello sería menos tormentoso. Por desgracia, había sido un viaje más largo de lo que había imaginado en un principio, como una resaca interminable en un día húmedo de lluvias y viento. Una larga travesía que le había costado más que todo el dinero que el hijo de Laureano hubiera podido pagarle.

En ese momento, oyó una voz que anunciaba algo ininteligible, y salió de los pensamientos que nublaban su cabeza. Comprobó el Rolex que llevaba en la muñeca y se percató de que había dejado de funcionar. Después se fijó en la pantalla de su teléfono para asegurarse de que no llegaba tarde al embarque del avión.

«Hacer lo correcto no significa que sea lo más oportuno», pensó, al sospechar que el teléfono estaría vigilado por alguna clase de tecnología informática que el FBI había instalado en él y que no llegaba a entender. No obstante, no era algo que le preocupara.

La llamada a Hatford, desde el desierto, tuvo su precio, como era de imaginar de un agente del FBI. No se había hecho demasiadas ilusiones y, no esperar nada a cambio, lo salvó de la decepción.

En su cabeza, aún seguían presentes los cuarenta y tres minutos transcurridos desde que realizó la llamada hasta que Hatford y su compañero aparecieron en mitad del desierto. Lo que ninguno

de los americanos esperaba era encontrarlo de esa guisa. Primero, se encargaron de sacarlos a Marco y a él de allí para trasladarlos a las oficinas de los federales. Después, llegaron los interrogatorios.

A pesar de todo su esfuerzo por sacarles la verdad, el detective estaba dispuesto a ceder, con tal de zanjar aquel tema.

La detención de Marco Larisi supuso un antes y un después en la línea de investigación que Hatford comandaba. Ahora, tenían un caso que investigar y la documentación que Maldonado había aportado serviría de ariete para derribar a la organización de Peter Gambone y así golpear a la familia Ferrara. Por supuesto, aquel caso no iba a eliminar el crimen ni el fraude que rodeaba la ciudad de Las Vegas, pero, al menos, serviría de avanzadilla para que la alarma social respondiera firme al respecto.

En cuanto a él, tenía todas las de perder en aquel país, después de haber cometido una serie de felonías y crímenes de los que no podía defenderse. Así que Hatford solo le pidió un último favor y una firma personal en un documento clasificado, antes de marcharse. A cambio, el agente correría un tupido velo sobre su visita al país y lo acontecido con Laureano. A efectos oficiales, el expolicía habría sido asesinado a causa de un robo, en plena noche, mientras vagaba desorientado, alejado del Strip, y ese habría sido el fin de su viaje de placer. Si algo podía hacer el FBI, era eso.

Maldonado aceptó guardar silencio y mantener esa versión de los hechos, a cambio de su libertad y de un pequeño favor, con la única condición de que repatriaran el cadáver de Laureano lo antes posible, para que sus familiares no sufrieran más de lo necesario. El agente norteamericano no puso ninguna objeción a su petición, pues, para él, la repatriación solo era un trámite burocrático que podía solucionarse con facilidad.

—Tendrás lo que pides, pero haz esa llamada —le decía el agente, en el interior del cubículo de las instalaciones federales, empujando el terminal hacia él, el mismo que ahora tenía en la mano.

«Al final, tenías razón, Laureano... El escorpión es fiel a su naturaleza», reflexionó, refiriéndose a Hatford por lo que había hecho, pero también a él con su decisión final.

A pesar de sentirse utilizado por el norteamericano, prefirió hacer de tripas, corazón, pues aquella era la consecuencia a la decisión que había tomado. Se dijo que podría haberle volado los sesos a Marco Larisi, para así vengar la muerte de su amigo, y después desaparecer del país. Para entonces, los federales tendrían pruebas suficientes para acusar a la organización y, cuando se hubieran dado cuenta, Maldonado habría prometido su palabra de desaparecer y el asesinato de

aquellos hombres, tan solo habría formado parte de uno de los muchos ajustes de cuentas que llevaban a sus espaldas.

Pero esa no era su naturaleza, se repitió.

Si no había entrado en el Cuerpo, mucho tiempo atrás, para tomar la justicia por su mano, tampoco lo iba a hacer como detective.

Le prometió a Cristóbal Laureano que encontraría a su padre y había cumplido con su palabra, con todas las consecuencias. Allá donde estuviera, tan solo esperó que su amigo estuviera orgulloso de él.

La voz anunció la salida de un vuelo con destino a Madrid y supo que era el suyo, al reconocer el nombre de su ciudad.

Con la mirada puesta en el hielo que se derretía lentamente en el interior del vaso, dio el último sorbo y no pudo evitar pensar en Stacy, en González, en Laureano... y en todas las vidas, como la suya, que buscaban un sentido, mientras se deshacían lentamente, sin darse cuenta, en un vaso como ese. Después, dejó el recipiente sobre la barra, agarró su equipaje y caminó hacia la puerta de embarque.

Aterrizó en Madrid, tras un vuelo largo, aunque sin incidentes, y despertó confundido, tras un profundo sueño que no requirió más que la ayuda de una copa de vino y un menú envasado al vacío. Por un instante, creyó que los últimos tres días habían sido parte de una horrible pesadilla, hasta que reconoció a Hatford, a su compañero, a una mujer y a otro hombre más, ocupando los asientos de su alrededor, vestidos con traje, aparentando ir de incógnito, y con el semblante de pocos amigos. En efecto, aquello le bastó para darse cuenta de que no había sido un sueño. Los saludó con una mirada y agarró su bolsa de equipaje, preparado para salir del avión y ejecutar su último movimiento, aunque no estaba orgulloso de lo que iba a hacer.

El autobús lo llevó hasta la terminal y desde allí tomó la lanzadera que lo dejó en la zona de equipajes. A medida que se acercaba a la salida, comenzó a sentir que se le aceleraba el corazón. Las miradas de los policías y de los agentes de la Guardia Civil se clavaban en él, aunque no podía discernir entre su obsesión y lo que realmente sucedía. Encendió el teléfono y comprobó el registro de llamadas. Los mensajes sin leer se le acumulaban, pero, en ese momento, solo prestaba atención a un contacto.

—Mierda... —lamentó al llegar a la salida, donde la gente esperaba a los viajeros que acababan de aterrizar. Echó un vistazo a ambos lados del aeropuerto, pero no lo localizaba. En ese momento, el teléfono sonó. Comprobó la pantalla y reconoció el número.

—¿Dónde estás? Estoy en la zona de llegadas y no te veo.

—Perdona, he cogido un atasco y se me ha complicado un poco el día.

—Ese no era el trato —respondió—. Me la he jugado para traer estos documentos a España.

—Lo sé, lo sé... y prometí compensarte.

El detective echó un vistazo a su alrededor, pero no había rastro de los americanos.

—Vaya, ¿va todo bien? —preguntó, aparentando normalidad—. Te noto un poco nervioso.

—Ha sido un día largo de trabajo.

—Escucha, estoy cansado y necesito un respiro. Me gustaría zanjar este asunto hoy. ¿Por qué no nos vemos en mi despacho?

—No, en tu despacho no.

—¿Prefieres que vaya a tu oficina?

—No, ni hablar. Demasiados ojos... ¿Recuerdas el viejo apartamento de mi padre? Donde vivíamos, antes de mudarnos...

—Sí —dijo, chasqueando la lengua—. ¿Qué le pasa?

—Sal del aeropuerto y toma un taxi. Te espero allí. Es un lugar seguro para ambos.

—Está bien, tú mandas. —Colgó y vació los pulmones. Algo le indicaba que aquella cita no terminaría bien.

Durante el viaje, no cesó de especular sobre lo que Laureano estaría maquinando para su encuentro. Desafortunadamente, su estrategia se vendría abajo tan pronto como lo viese llegar. Maldonado anhelaba una confesión, y a cambio, el consultor aspiraba a borrar cualquier vestigio que pudiera haber quedado de su padre. Lamentablemente, ambos perseguían un objetivo inalcanzable y, juntos, se encaminaban directamente hacia un fracaso rotundo. Se apeó del taxi en la calle de Enrique Larreta, con el sol de frente y las torres inclinadas de la Plaza de Castilla a un lado. Era un día espléndido en la ciudad y solo deseaba que para él también lo fuese. Los recuerdos de su primer periodo en la policía comenzaron a envolverlo como una nube oscura. Habían transcurrido muchos años desde la última vez que se dirigía al edificio que ahora tenía ante sus ojos: un bloque de viviendas de la época del desarrollismo, distinguido por su ladrillo rojo y los toldos verdes. Ese paisaje representaba el símbolo de una era ya remota, no solo para el detective, sino también para una ciudad en la que el distrito adyacente a la estación de trenes aún era accesible para las clases trabajadoras.

Suspiró al aproximarse al portal y buscar el botón del apartamento entre los numerosos pisos indicados en la puerta. Fue como un acto reflejo para él, un gesto que creía haber olvidado para siempre. No obstante, no llegó a presionar el botón cuando divisó el apellido del exinspector, anotado sobre un papel. En ese instante, extrajo el teléfono del bolsillo de su pantalón y redactó un mensaje a Laureano. Acto seguido, la puerta se abrió y Maldonado la empujó para entrar. En un destello de lucidez, volteó la vista hacia la calle, albergando la esperanza de que los hombres de Hatford lo hubieran seguido hasta allí, pero los estadounidenses eran parte del pasado y, probablemente, se encontrarían golpeándose la cabeza en el aeropuerto junto a la Guardia Civil, tratando de descubrir su paradero. El plan no se desarrollaba como esperaban, aunque él estaba

habitado a improvisar. Un helicóptero surcaba el cielo de Madrid, dirigiéndose hacia el sur de la ciudad. Manteniendo una esperanza remota en el éxito de su misión, sacó el encendedor que llevaba en el abrigo y lo colocó entre la puerta y el cierre, impidiendo que se cerrase completamente. Luego, recitó una oración conocida y se deslizó en el vestíbulo tan frío y húmedo como las alcantarillas que se extendían bajo la ciudad.

El ascensor lo llevó a la quinta planta y, al salir de él, de inmediato reconoció el aroma a antigüedad y a rancio. Era el olor distintivo de las viviendas que llevaban años sin reformas, como si la grasa de las cocinas se hubiese impregnado en las paredes de gotelé de forma perpetua. Lo primero que notó fue la oscuridad que dominaba el pasillo y que la luz comunitaria estaba averiada. Era probable que ya no residiera nadie allí, a juzgar por el color de los felpudos que protegían las entradas a los domicilios y el deterioro de las puertas. Caminó hacia las escaleras y miró en ambas direcciones para asegurarse de que nadie lo aguardaba. Tras lo sucedido en Las Vegas, había aprendido a no fiarse ni de su propia sombra. Finalmente, una vez calmado, se dirigió al domicilio donde Laureano le esperaba.

Para su sorpresa, el timbre no funcionaba, así que optó por llamar a la puerta con los nudillos, momento en el cual esta se abrió hacia dentro.

«Qué extraño es esto...», pensó, al darse cuenta de que estaba abierta, y la empujó para entrar en la vivienda. De pronto, un haz de luz invadió el pasillo, iluminando sus pies y desvelando parte de la entrada. Cerró con cautela y percibió el aroma de la fragancia de Laureano, idéntica a la que había usado toda su vida. Por un instante, era como si aún siguiera vivo, en el interior del inmueble.

—¿Cristóbal? —indagó con la esperanza de obtener una respuesta, pero nadie contestó. En ese instante, se puso en alerta y sus ojos buscaron algún objeto con el que defenderse, pero sin encontrar nada útil. Avanzó unos pasos por el pasillo y se acercó a la pared para ampliar su campo de visión hacia el salón, cuando la voz del consultor le respondió:

—En la cocina... Estoy preparando café.

De alguna manera, sus palabras apaciguaron al detective, que se hallaba en guardia para confrontarlo. No obstante, intuyó que estaba sobreactuando, comportándose como un paranoico. Lo más probable era que Laureano no estuviera al tanto de las repercusiones de la situación y que, por muy agresivo que se mostrase, jamás llegaría a la crueldad de los secuaces de Gambone. Exhaló, aliviado y algo más sereno, y avanzó por el pasillo hacia la cocina, hasta que, al final del corredor, percibió de reojo algo que se movía.

—Cristóbal, ¿dónde diablos estás? —preguntó, sorprendido al comprobar que no había nadie junto a los fogones.

El sonido de la cafetera lo desconcertó y, de repente, un movimiento ágil captó su atención hacia otro lado. Sin oportunidad de defenderse, un golpe con una bola de hierro en la nuca lo desestabilizó, aunque, afortunadamente, no perdió la consciencia. Maldonado se estrelló contra un mueble, derribando al suelo todos los marcos de fotos familiares y arrastrando consigo una antigua lámpara de cerámica. En esta ocasión, su adversario necesitaría algo más sólido para noquearlo. Al recuperarse y verificar el origen del ataque, encontró al hijo de Laureano, ataviado con un traje, empuñando un bastón con una mano y una antigua STAR con la otra. Se trataba de la vieja pistola de su padre, la que había conservado tras retirarse de la Policía, y ahora le apuntaba directamente al pecho.

—No te muevas, detective... —le indicó, con los ojos enrojecidos y una expresión que presagiaba el peor de los desenlaces—. Será mejor que mantengamos la serenidad, antes de que esta historia concluya de manera lamentable.

—Sinceramente, creo que ya lo ha hecho.

Maldonado estaba sentado en una silla, en el interior de la antigua cocina, mientras Laureano ajustaba sus guantes de piel, sin cesar de apuntarle con el arma de su padre.

—Esto no va a salir bien —le dijo el detective, observándolo con desconfianza—. La policía me busca.

—Lo sé, por eso no tenemos mucho tiempo... —respondió, apretando la mandíbula, meditando sus siguientes palabras—. A menos que prefieras ayudarme, en lugar de morir en un incendio.

—No me hagas reír. ¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Un escape de gas?

—¿Dónde está la documentación que me prometiste?

—Está en Madrid, pero no te diré dónde. —Se marcaba un farol con él, aunque dudaba del conocimiento adicional que el otro poseía—. ¿Piensas que soy tan estúpido como para venir aquí sin protegerme? Maldita sea. Parece mentira que seas hijo de un policía...

—No, sé que no lo eres. ¿Y tú? ¿Crees que yo sí lo soy?

—No he dicho eso.

El disgusto evidente en el rostro de Laureano era más que palpable. Por la manera en que miraba al detective, este sabía que no creía ni una palabra de lo que decía.

—Esto no debería haber ocurrido así. Esto no debería estar pasando, maldita sea...

—Admite que la has cagado completamente, Laureano. Este error será tu final.

—No, si destruyo la única prueba que puede corroborar todo.

—¿Qué? Sigue soñando...

—Me refiero a ti, Maldonado —le dijo, apuntándole, con determinación—. Eres el único testigo que queda vivo. Si te elimino, todo lo demás tendrá que ser demostrado.

—Escucha, no vas a dispararme. —Intentó moverse de la silla, pero el otro se acercó para intimidarlo con el arma—. No es necesario que lo hagas.

El detective no podía creer lo que oía, pero entendía que la avaricia y el afán de lucro podían enloquecer a cualquiera. Mientras dialogaba con él, buscaba algo con lo que defenderse, pero lo único a su alcance era un plato vacío de cerámica sobre la encimera.

—¿Por qué no me llamaste cuando descubriste la verdad? —preguntó el consultor, intrigado—. Podríamos haber llegado a un acuerdo.

—¿A qué acuerdo? Mataste a tu padre e intentaste acabar conmigo. No me hagas reír... No hay dinero que compense tal traición.

—A diferencia de ti, a él no le solicité que se inmiscuyera en mis asuntos.

—Tu padre solo buscaba protegerte.

—Habría arruinado mi vida y destrozado a nuestra familia. ¿Dónde quedaríamos tras mi condena?

—Eres un ser despreciable. Te embarcaste en un escándalo público de lavado de dinero con una organización criminal. ¿Qué esperabas?

—Ahora no eres quién para juzgarme.

—Tu padre arriesgó su vida por ti y esos sujetos lo asesinaron sin piedad... dejándolo en el desierto como a un perro atropellado. ¿No sientes remordimiento?

Laureano se irguió, hinchando el pecho como respuesta. Las palabras del detective lo enfurecían.

—Mi padre me llamó desde el hotel, amenazándome con entregarme a la policía, si no lo hacía yo y conseguía un buen abogado. De lo contrario, él mismo me encerraría.

—Y tú ordenaste su asesinato...

—¿Qué clase de padre hace eso a un hijo? ¡Ni siquiera se molestó en preguntar por mis asuntos! ¿Era consciente del dolor que me causaría? ¡Iba a arruinarme la vida!

—Te la arruinaste tú solo en cuanto empezaste a hacer negocios con la mafia... Pero no pasaron ni veinticuatro horas antes de que ordenaras su ejecución, maldito desalmado... ¡Condenaste a tu propio padre!

—Esos hombres, los de Gambone, habrían matado a mi familia, uno por uno, y luego a mí, sacándome la piel a tiras... No me dejaron otra opción.

—Eres una rata cobarde.

—¡Cállate!

—Dime una cosa, ¿por qué me elegiste a mí? —preguntó, pero la respuesta llegó a su mente, de forma intuitiva—. No me lo digas. Sabías lo de la caja fuerte...

—Si realmente conocías a mi padre, sabrás que era un buen policía, pero también alguien que no sabía guardar un secreto —explicó—. Antes de matarlo, los amenazó con revelar información que poseía y que entregaría a las autoridades, si algo le sucedía... Marco Larisi no tolera los chantajes y su reacción fue inmediata.

—No hace falta que lo asegures...

—Desafortunadamente, no encontraron la llave en su habitación, aunque sí un recibo de una empresa de mensajería.

—Eso te condujo a mí...

—Mi padre no tenía muchos amigos después de su carrera en el Cuerpo. A ti te consideraba uno de ellos. Al hablar contigo, no dudé de que serías la persona a la que recurriría.

—Por eso me convocaste, desgraciado... Pensabas que se había puesto en contacto conmigo para informarme sobre la llave —dijo, recordando el encuentro en Lhardy—. Ahora entiendo lo de la postal. Ni siquiera fue él quien la escribió, ¿verdad? Era una mentira que inventaste a tu gusto. Me tomaste el pelo y te creí... Conocías la ubicación del depósito. Lo sabías todo.

Laureano elevó las cejas, sin nada más que añadir.

—Hice lo que pude para convencerte.

«Porque eso es lo que hacéis en política, ¿verdad?».

—Ni siquiera eres consciente del daño que has causado por una suma de dinero...

El hombre suspiró y se quedó pensativo unos instantes, buscando una justificación más convincente. Por su parte, el detective solo buscaba ganar tiempo, esperando un milagro, un descuido de Laureano o la pronta llegada de Hatford.

Desafortunadamente, su única esperanza residía en la suerte de los dados rojos que llevaba en el bolsillo del pantalón.

—No, no lo soy... —dijo, sudando, mientras se limpiaba el rostro con la mano. En sus ojos, Maldonado vio desesperación y cansancio. Sabía que había personas que manejaban mal el estrés, volviéndose erráticas. Su mirada continuaba evaluando la situación. Si se prolongaba demasiado, era probable que terminase disparándole para luego simular un escape de gas. Después de todo lo acontecido en los últimos días, decidió arriesgarse, lanzar los dados y confiar en la fortuna.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó, mientras miraba de reojo el plato que tenía cerca—. Tu padre tenía razón.

—¿Sobre qué?

—El escorpión es fiel a su naturaleza —dijo y se estiró para agarrar el plato y lanzárselo como si fuese un disco volador, antes de que Laureano pudiera disparar. Laureano se cubrió por instinto y el disco se estrelló contra la pared, rompiéndose. Cuando el detective se lanzó sobre él para desarmarlo, Laureano le propinó un golpe en el rostro y lo empujó. Maldonado cayó hacia atrás, quedando en el suelo, acorralado y con el cañón del arma frente a él. Los dados de González habían caído del bolsillo de su abrigo y ahora yacían ante la punta del zapato de Laureano, mostrando un doble seis.

—No es un buen día para tu buena suerte, detective —le dijo Laureano, con la misma indiferencia con que Marco había disparado a Stacy. Sin embargo, esta vez, el gatillo no se accionó y, de forma inesperada, un grupo de hombres armados, integrado por la Guardia Civil y el FBI, irrumpió en la vivienda, sorprendiéndolos completamente y obligándolos a tumbarse en el suelo.

El cargador estaba vacío y Laureano nunca había tenido intenciones de disparar. Era lo suficientemente inteligente como para saber que una bala habría sentenciado su muerte. Sin embargo, a pesar de sus intentos por esquivar la cárcel a toda costa, el consultor enfrentaría un largo periodo tras las rejas.

Semanas después, durante la celebración del juicio por su implicación en esa red criminal, se reveló que su participación era apenas la punta de un iceberg mucho más grande, que llegaba a involucrar incluso a altos cargos de los ministerios.

En cuanto al detective, tuvo la fortuna de que Hatford no variara su decisión y cumpliera lo que había prometido antes de su regreso de Estados Unidos.

«Borrón y cuenta nueva», reflexionó mientras fumaba y observaba cómo trasladaban a Laureano en un furgón blindado. A lo lejos, vio al detective Hatford intercambiando unas palabras con el inspector Berlanga, que era el único que dominaba el inglés con soltura. Los dos agentes parecían debatir sobre un asunto que, aparentemente, ya no incumbía al sabueso. Esa noche, él dormiría tranquilo después de volver a casa, llevando consigo el honor de su amigo. Finalmente, Berlanga se despidió y el detective Hatford hizo una señal a Maldonado, desde la distancia, antes de marcharse con su equipo hacia un destino que el español prefería ignorar.

—Borra esa sonrisa de tu rostro —le espetó Maldonado al inspector, al verlo acercarse con un gesto de triunfo y las manos en los bolsillos del abrigo—. No puedo revelarte nada. Ya sabes, es confidencial y esos sujetos no se toman las cosas a la ligera.

—Tranquilo, no hace falta que lo hagas —replicó, y juntos se dirigieron hacia el coche—. No sé cómo has logrado librarte de un problema tan grave, pero Hatford me lo ha explicado todo.

—¿Todo?

—Todo lo que necesitaba saber. ¿Hay algo que no me ha dicho?

—Supongo que no.

—Ya.

—Sácame de aquí, por favor.

—¿Qué tal llevas el jet-lag? —preguntó, y Maldonado no supo si hablaba en serio o bromeaba.

—No he tenido tiempo de notarlo.

—Supongo que eso significa que prefieres ir a tu casa a descansar, en vez de tomar una cerveza con un amigo...

—Has acertado y me encantaría tomar algo, pero, en serio, estoy agotado, Miguel.

El inspector se detuvo ante él y lo miró con seriedad. Maldonado sacó un cigarrillo y se lo colocó en los labios, pero Berlanga se lo quitó antes de que pudiera encenderlo.

—Ese reloj que llevas... es el de Laureano.

El detective había olvidado ese detalle.

—Así es.

—Sabías que lo habían matado, ¿verdad? Por eso fuiste.

—Tan solo lo intuía. Lo descubrí allí.

—Fue él, ¿no? —preguntó, intentando leer su expresión—. Me refiero a quien lo mató.

El investigador frunció el ceño, pero optó por mantenerse en silencio.

—Ya te he dicho que no puedo decirte nada.

—No necesitas decírmelo para saber que fue su hijo quien lo hizo.

—Su pérdida ha sido un golpe duro para todos.

—Espero que ese miserable se pudra en la cárcel. Se lo merece.

—Creía que tenías tus reservas respecto a Laureano.

—Y las tengo, pero hay ciertas líneas que nunca deberían cruzarse.

—Así es.

Berlanga sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Me alegra tenerte de vuelta.

—Y a mí volver a casa. ¿Te estás poniendo sentimental, Miguel? No tengo el cuerpo para confesiones.

—En absoluto. No pienso darte ese placer... —dijo y ambos rieron—. Por cierto, ¿has avisado a Marla de que estás en Madrid? Lleva días intentando localizarte...

—Vaya, apenas llego y ya empiezas a tocarme la moral... ¿Nos podemos ir ya de aquí? Nunca me ha gustado este distrito. No me preguntes por qué.

—Sí, claro... Espero que algún día me cuentes qué has visto allí —dijo subiendo al coche. El detective lo siguió por el otro lado—. Muero de curiosidad.

—No ha sido para tanto, si te digo la verdad —respondió y pensó en González y después en Stacy Boom, con un cierto poso de amargura y decepción en sus recuerdos—. Tenía demasiadas expectativas... y, como suele ocurrir, acabé decepcionado.

Algunos días más tarde.

Después de un merecido descanso, se dio cuenta de que la ciudad no había percibido su ausencia; el bullicio matutino fluía con la misma intensidad por las principales vías urbanas. Su teléfono móvil estaba saturado, imposible de recibir un mensaje más. Ante la pereza de atenderlos, decidió deshacerse del terminal arrojándolo a un contenedor, buscando así borrar el último vestigio de su estancia en América. Sin embargo, albergaba la sospecha de que Hatford pudiera seguirlo vigilando desde la lejanía, aunque, en realidad, ese grupo nunca había tenido límites para alcanzar sus objetivos, reflexionó.

Caminaba por la Gran Vía, con una alegría que raramente mostraba en público, sonriendo a los trabajadores de la limpieza con quienes se cruzaba y saludando a los habituales de los bares que frecuentaba. El aroma a café recién hecho y a churros fritos lo embriagaba, haciéndole sentirse por fin en casa. Después de disfrutar de un pincho de tortilla y un café solo, se dirigió hacia San Bernardo para subir a su oficina, no sin antes comprar en su cafetería preferida unos cafés para llevar y un pequeño bocadillo de jamón y queso, para la secretaria.

Al llegar a la oficina, abrió la puerta y activó el doble cerrojo, una señal que le indicaba que Marla aún no había llegado.

«Qué sensación más extraña...», pensó al entrar. Habían pasado unas semanas, pero las sentía como si fueran meses.

Encendió las luces, colgó su abrigo y dejó la bolsa con el almuerzo en el escritorio de la secretaria. Entonces, notó un leve sonido proveniente de su despacho. Al abrir la puerta, descubrió la ventana abierta, probablemente por un olvido suyo, y se sintió aliviado de que la lluvia hubiese esperado a su retorno, para no causar una inundación. Cerró la ventana y su

atención se centró en el escritorio desordenado y el cenicero lleno de colillas. Al decidir limpiarlo, abrió uno de los cajones y encontró la nota que había dejado a la secretaria para el caso de que no volviera con vida. Un sentimiento inquietante lo invadió, y antes de que comenzara a sudarle las manos, rompió el sobre en pedazos y los arrojó a la papelería, junto con las colillas y el resto de desechos.

En ese momento, la puerta de la oficina se abrió.

—¿Javier?

Maldonado ocultó la papelería y salió a recibirla. Era un reencuentro extraño para ambos, posiblemente la primera vez que habían estado tanto tiempo sin verse.

—Marla —dijo, conteniendo la emoción de verla. Sus miradas se cruzaron durante unos segundos, creando un tenso y prolongado silencio que ninguno de los dos se atrevió a romper.

—¡Javier! —exclamó ella, finalmente—. ¿Se puede saber dónde te has metido todo este tiempo? He intentado contactarte... Te juro que pensaba que te había pasado algo horrible.

—Lo sé... y lo siento —se disculpó, sin mucha destreza—. Berlanga me lo ha comentado.

—¿Berlanga?

—He estado de viaje, Marla. No quería causarte preocupación.

—¿En serio? ¿Para qué tienes un teléfono?

—Lo he perdido... Ese es otro asunto...

La respuesta no fue de lo más convincente, pero ella prefirió no conocer los detalles.

—Bueno, ¿me vas a decir a dónde has viajado? Entiendo que no se te ha ocurrido pensar en cómo estaba.

—A los Estados Unidos. —Ella lo observó, sorprendida, y luego dirigió su mirada hacia su escritorio—. Sé que estabas bien. ¿A qué viene esa cara?

—¿Y no me has traído nada?

—¿Eh?

—Eres increíble, Javier... —le reprochó, con un tono burlón—. Ya veo lo mucho que me has echado en falta...

Ese comentario actuó como un alivio, disipando la tensión inicial entre ambos. Entonces, él comprendió lo que ella estaba haciendo. Simplemente, le proporcionaba el espacio y el momento adecuados para que él se sintiera en confianza y compartiera la verdad. Sin embargo, lo que Marla ignoraba era que tal vez ese instante nunca se presentaría. No porque él no quisiera, sino porque nunca se encontraba listo para ello.

—En fin, el portero tenía algo para ti.

—¿Para mí? Dime que no es una multa...

Ella abrió su bolso y le dio un pequeño paquete certificado, procedente del estado de Nevada.

—Las Vegas, ¿eh? Ahora me dirás que fuiste por trabajo... —Maldonado le arrebató el paquete y comprobó la dirección, que pertenecía a un apartado de correos de la ciudad del juego. De pronto, tuvo un mal presentimiento sobre aquello y se preguntó si Peter Gambone o la familia Ferrara lo habrían localizado—. ¿No lo piensas abrir?

—Sí...

Del interior, salió un escorpión disecado, envasado en una pieza de cristal.

«Recuerdo del desierto de Nevada», leyó, confundido, y después encontró una nota, escrita a mano.

—Espero que sigas siendo fiel a tu naturaleza, detective —murmuró y, a continuación, encontró la firma del detective Hatford.

—¿Qué significa eso?

«Que todo está bien, Marla», pensó para sus adentros, aliviado al saber que no era una amenaza de la mafia.

Antes de que pudiera ofrecer alguna explicación, el teléfono de la oficina sonó y la secretaria lo observó unos instantes antes de decidirse a contestar.

—Es para ti, ¿lo transfiero a tu despacho?

—¿Quién es?

—Una mujer.

—¿Qué quiere?

—Que le ayudes.

—Esto no es Cáritas.

—Afirma que su esposo ha desaparecido.

—Eso empieza a sonar mejor. Pásamela. Veré de qué se trata.

—De acuerdo.

Cruzó el umbral hacia su despacho y tomó asiento frente al escritorio.

Sin planearlo, se hallaba nuevamente sumergido en su rutina, en su hogar, enfrentándose a sus propios dilemas, dejando atrás otras existencias, otros contextos y un abanico de hechos y posibilidades que, como reza el dicho, quedarían en Las Vegas. En cuestión de segundos, se había olvidado de todo, para centrarse en el problema de aquella mujer. Al fin y al cabo, el detective, como el escorpión, no podía negarse a los instintos de su naturaleza.

— • —



La envidia puede matar...

Esta apasionante novela negra está disponible GRATIS por tiempo limitado.

Gabriel Caballero está en apuros: un asesino anda suelto en la Costa Blanca.

La rectora de la Universidad de Alicante ha muerto de un extraño modo. Las evidencias apuntan a un homicidio y a su mejor amigo. Tras negar lo que parece evidente, Caballero tendrá que averiguar la verdad para demostrar su inocencia: **su vida y carrera periodística dependen de ello.**

¿Logrará resolver el crimen antes de que sea tarde?

Suscríbete de manera gratuita a mi lista de lectores exclusiva y consigue esta novela hoy.

DESCARGA GRATIS CABALLERO

Sobre el autor



Pablo Poveda (Elche, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como las series Caballero, Maldonado, Rojo o Don. Vivió en Polonia durante cuatro años, después seis en Madrid y actualmente reside en el Levante español, donde escribe todas las mañanas. Cree en el jazz, el rock, la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Autor destacado 2022 en Amazon España.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com

Página web: elescritorfantasma.com

Facebook: facebook.com/elescritorfant

Grupo Privado de lectores: elescritorfantasma.com/grupofb



Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

Caballero

La Isla del Silencio

La Maldición del Cangrejo

La Noche del Fuego

Los Crímenes del Misteri

Medianoche en Lisboa

El Doble

La Idea del Millón

La Dama del Museo

Los Cuatro Sellos

El Último Adiós

Muerte en el Mediterráneo

El arte del engaño

La playa de los muertos

El último baile

Un secreto bajo tierra

Pack Trilogía 1-3 (Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo)

Pack Trilogía 4-6 (La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa)

Pack Trilogía 7-9 (El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo)

Pack Trilogía 10-12 (Los Cuatro Sellos, El Último Adiós, Muerte en el Mediterráneo)

Serie Don

Odio

Don

Miedo

Furia

Silencio

Rescate

Invisible

Origen

Pack Trilogía 1-3 (Odio, Don, Miedo)

Pack Trilogía 4-6 (Furia, Silencio, Rescate)

Pack SERIE COMPLETA (8 libros)

Serie Dana Laine

Falsa Identidad

Asalto Internacional

Matar o Morir

Fuego Cruzado

Pack Trilogía 1-3 (Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir)

Serie Rojo

Rojo

Traición

Venganza

Desparecido

Secuestrada

El trabajo del Diablo

El juego del Diablo

El laberinto del Diablo

Pack Rojo 1-3 (Rojo, Traición, Venganza)

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

Una Mentira Letal

Una Apuesta Mortal

Un Crimen Brillante

El Caso del Tarot

Una Amistad Peligrosa

El asesinato del casino

El crimen de Atocha

Muerte en Las Vegas

Pack novelas 1-3

Trilogía El Profesor

El Profesor

El Aprendiz

El Maestro

Pack Trilogía Completa El Profesor (El Profesor, El Aprendiz, El Maestro)

Serie Lepoldo Bonavista

El misterio de la familia Fonseca

El misterio de la máscara de porcelana

Otros:

El secreto de la señora Avignon

¿Quién mató a Laura Coves?

Perseguido

Motel Malibu

Sangre de Pepperoni

La Chica de las canciones

El Círculo